

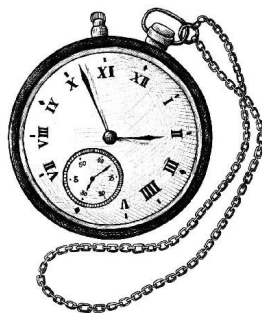
MARÍA JEUNET

LO
QUE
ESCONDE
UN
PENIQUE

The image is a book cover. It features a woman with long, dark hair, seen from the back, looking out over a vast, blue ocean under a pale, overcast sky. She is wearing a white, intricately patterned lace top. The text is overlaid on the right side of the image, with the author's name at the top and the title in large, white, serif capital letters below it.

LO QUE ESCONDE UN PENIQUE

María Jeunet



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

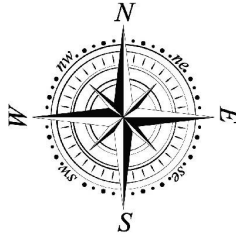
[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[CRÉDITOS](#)

Para mi amigo Duke,
que nos dejó cuando L. y S. se conocieron.

«La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida.»

Fernando Pessoa.



Todo aquel que haya pisado la tierra sobre la falla de San Andrés sabrá que se trata de un lugar extraño, en donde el aire parece cargado con partículas que le ponen a uno los pelos de punta. Nadie, ni siquiera los científicos más sesudos y avezados, son capaces de explicar los motivos de esa carga especial. Y para colmo se trata de un enclave con uno de los mayores índices de sucesos inexplicables de todo el planeta; luces brillantes de procedencia indeterminada, agudos sonidos que parecen salir desde las entrañas terrestres, pérdida de minutos y, sin lugar a dudas, el fenómeno más preocupante: las desapariciones de personas.

Esta es la historia de uno de esos desvanecimientos corpóreos al que jamás se le encontró explicación.

Capítulo 1

Biblioteca pública de Stone Hills, San Francisco, 18 de abril de 2010.

Tras varios forcejeos para abrir la puerta principal del edificio, el pesado manojito de llaves se le cayó al suelo. El viento nocturno llevó hasta sus pies un remolino de hojas jóvenes que no aguantaron la primera gran tormenta de la primavera. Sarah recogió las llaves con las manos temblando y las llevó a su pecho. Trató de serenarse y respiró profundo. Alzó la vista por encima del alero del tejado y vio pasar una estrella fugaz. El cielo se teñía ya de malva y coral. Deseó con todas sus fuerzas que *todo* hubiera salido bien. Sostuvo la llave maestra con decisión, miró por enésima vez a derecha y a izquierda, y la giró dentro de la cerradura. Empujó la puerta maciza de acacia con su cuerpo y se coló rápidamente al interior de la biblioteca.

Era la segunda vez, en menos de una semana, que accedía a horas intempestivas a su lugar de trabajo.

Dejó atrás el mostrador de recepción, que le pareció más sombrío y solitario que nunca en sus cuatro años en el cargo de bibliotecaria; corrió por el pasillo principal, vacío y despejado en ese instante, pero en el que durante el día habitaban las gentes del barrio; y tras una agotadora carrera llegó a la puerta que daba acceso al almacén del sótano. Al tirar del pomo de la puerta, una brisa fresca cargada con partículas de olor antiguas golpeó su rostro. Se lanzó escaleras abajo y cinco minutos después de haberse colado en el edificio, ya estaba buscando con frenesí algo que sabía imposible.

El sótano tenía la capacidad de erizar la piel a cualquiera: era un lugar siempre húmedo pese a los intentos por evitarlo. Iluminado por cuatro lámparas fluorescentes de los años setenta, sus casi noventa metros cuadrados, habitados por estanterías de metal que habían perdido su brillo, estaba casi siempre en penumbra. Allí abajo se guardaban todo tipo de objetos en los que hubiera páginas impresas. Tan pronto uno encontraba viejos catálogos del museo de arte moderno del barrio de Stone Hills, como las cartas manuscritas

de un pintor neoyorquino que terminó sus días en San Francisco. Había enciclopedias de escaso valor académico, tomos de colecciones de novelas baratas que nadie nunca se atrevió a desechar, libros repetidos y casi siempre con las pastas o el lomo roto y, lo más valioso: en el fondo de la sala, justo junto a la vieja caldera que funcionaba a pleno rendimiento a pesar de sus más de cien años de vida, siete archivadores de madera de roble que acumulaban los periódicos locales. Los habían ido ordenando pacientemente bibliotecaria tras bibliotecaria en aquel oscuro rincón. Nunca se sabía quién necesitaría consultarlos. Y fue precisamente a ese lugar al que se dirigió Sarah tras encender las luces del sótano.

Los minutos transcurrían entre pliegos y más pliegos. El temblor de las manos de Sarah se había extendido al resto de su cuerpo, hasta tal punto que de no haber tomado asiento en la mesa más cercana, sus rodillas se habrían doblado como espaguetis blandos. Había extraído del interior del archivador número tres, ocho cajas rebosantes de hojas de papel amarillento y maloliente. Iba pasándolas una tras otra con avidez: su objetivo era encontrar los periódicos de San Francisco de abril de 1906.

Cuando los de febrero terminaban sintió un ruido sordo sobre su cabeza que la obligó a dirigir su mirada al techo. ¿Había cerrado la puerta de entrada? *Sí*, se dijo para no descentrar su atención.

Pero no, en realidad no lo hizo porque entró con la única meta de localizar algo que iba contra toda lógica. *Quizá sea el viento, sí, exacto, ha sido el viento el que acaba de empujar la puerta en el piso superior.*

Se enfrascó de nuevo en la búsqueda: sus oídos se cerraron y su visión se aguzó. Su corazón estalló cuando comenzó a leer en el *San Francisco Chronicle* las primeras noticias acerca del terremoto ocurrido el 18 de abril de 1906. “Terremoto y fuego: San Francisco en ruinas”, “Ni esperanza ni seguridad para los edificios afectados”, “La ciudad en llamas”... Continuó leyendo titulares, estaba a un paso de encontrarlo... Y de pronto, otra vez esos ruidos, ¿quizá ahora más cerca? No había tiempo para dejarse atemorizar. Deslizó sus dedos raudos entre las páginas, avanzó varios días: 19, 20 y en el 21 de abril de 1906 y al fin encontró lo que buscaba:

JOVEN HEREDERO SIGUE DESAPARECIDO

Las autoridades de Mercury Valley confirman que el joven Lucas Jenkins,

heredero del imperio familiar Jenkins Corporation, desapareció durante el día 18 de abril, coincidiendo con el devastador terremoto que ha asolado la ciudad y alrededores de San Francisco.

Fuentes cercanas a esta redacción aseguran que en el momento de la desaparición, el joven Lucas se encontraba en compañía de su hermana, Isabell Jenkins de veintiún años de edad. Ésta fue llevada al hospital del condado y se encuentra en perfectas condiciones de salud. Aunque no es eso lo que comentan los vecinos de Mercury Valley.

A pesar de que los mayores esfuerzos se han enfocado en el cese del fuego que está devastando la ciudad, varias docenas de habitantes de Mercury se han volcado en la búsqueda del joven Lucas: han organizado patrullas de vecinos con perros que día y noche atraviesan los campos, la bahía y la cercana playa de Narrow en busca del heredero.

Mientras Sarah avanzaba línea a línea en la lectura de aquella noticia (sin importancia histórica para cualquier lector pero de vital relevancia para ella), contenía su angustia con ímprobos esfuerzos dentro de la piel. Pero sentía que ésta era un papel fino que cada segundo se humedecía más y más, y que, si cambiaba tan solo una mano de posición, el papel cedería y las lágrimas se derramarían por el suelo del sótano.

Una serie de golpes suaves pero cercanos la sobresaltaron. Sorbió por la nariz y se dio la vuelta en dirección a la escalera, no había duda de que alguien bajaba por ella. Trató de calmarse, colocó las manos frías sobre sus mejillas ardientes e intentó pensar en una excusa que pudiera explicar qué hacía allí a esas horas. Pero cuando la persona que se presentó frente a ella cruzó su mirada con la de Sarah, su cuerpo se resquebrajó y las lágrimas brotaron sin cesar acompañadas de un grito desgarrado que rompió la noche.

Capítulo 2

Mercury Valley, San Francisco, 1898.

Algunas mañanas de verano la niebla de la bahía se colaba en el interior de Oak Mansion. Lo hacía justo al contrario a como un recuerdo desaparece de la mente: penetraba lenta y segura desde las rendijas de las ventanas, revoloteaba junto al suelo de mármol de los pasillos, ascendía por los huecos de las escaleras poblados con los retratos de los antepasados de la familia Jenkins y terminaba replegándose en el interior de los dormitorios. Y allí permanecía, aunque invisible, durante toda la jornada hasta la noche.

Rosita Cruz abrió las ventanas sur del cuarto de los niños. Tenía por entonces treinta y dos años y su tarea en la casa era la de cuidar a los pequeños. Había llegado a California desde su Cuba natal a los cuatro, pero aún así tenía cierto acento, una musicalidad dulce, que delataba su origen. Y por supuesto estaba su redondez y aquella piel dorada incluso por Navidad.

Corrió las pesadas cortinas y despejó la salida a los balcones mientras tarareaba una vieja melodía de La Habana.

—Tienes que enseñarme esa canción, Rosita —dijo el pequeño Lucas tapándose la cabeza con las sábanas de lino para evitar la luz del sol.

—Cuando quieras, mi amor. Si te hoy te levantas temprano y haces tus tareas podrías acompañarme al mercado y te la enseño en el camino.

La mujer siguió canturreando mientras el niño se estiraba. Esa mañana Rosita se sentía optimista después de muchos días oscuros, pues todo indicaba que el fin de la guerra en Cuba era cuestión de días.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Isabell ya erguida en su cama gemela mirando sin pestañear la niebla que les acechaba.

—Si tu papá te deja, por supuesto, cariño —le respondió Rosita al tiempo que le acicalaba el pelo—. Dios mío, pequeña, hay que ver cuánto te crece el cabello. Se ve que toda tú estás creciendo rápido. Yo creo que esas piernas están media pulgada más largas que anoche —dijo echándose hacia atrás mientras la observaba con detenimiento.

Y eso justamente era algo que entristecía en lo más hondo a Isabell. Crecer. Crecer antes que su hermano, porque ella era la mayor. Crecer y dejar de ser una niña. Crecer y tener que pensar en casarse. Si tan solo tenía trece años, ¡por favor! Sacudió la cabeza y mandó lejos esos pensamientos grises.

La vida estival en la casa grande tenía un ritmo distinto al del invierno y otoño. Los niños podían levantarse más tarde, no tenían que vestirse con aquellos tejidos gruesos adornados en cada pieza, desayunaban gachas cubanas en la cocina con Rosita, charlaban con el resto de empleados de la casa por los pasillos, el gran salón y las cuadras, e incluso a veces, cuando su padre había salido de viaje, se libraban de sus clases veraniegas de música y de italiano.

A media mañana los hermanos ya habían recorrido la casa e importunado a sus habitantes de un rincón a otro. El calor sofocante de agosto, que en el valle Mercury parecía ser más intenso que en el resto de California, hacía que sus trajes de algodón blanco se pegaran a sus espaldas. De haber podido, se habrían dado un chapuzón en la piscina, pero una plaga de algas púrpuras había colonizado sus aguas dejándolas inservibles durante una buena temporada. Aburridos, acalorados y algo embrutecidos, se acercaron al garaje, una estructura de cuatro paredes y un tejado a dos aguas en la que dormían los vehículos de la familia. Allí encontraron a Yun-yu, el chofer, tendido de espaldas bajo la nueva adquisición de su padre: un Packard de doce cilindros con volante de dirección. La carrocería verde pálido y dorada resplandecía, y el cuero de los asientos lucía suave y resistente por igual. Los hermanos observaron el vehículo casi con apetito.

—¿Me dejarás dar una vuelta con él? —preguntó Isabell antes siquiera de saludar.

—Buenos días, señorita Isabell. Me temo que su padre dejó muy claro que hoy el vehículo descansará. Ayer llegó demasiado caliente y salía humo de sitios por los que no debería. Así que será mejor dejarlo descansar.

—Ya lo veremos —replicó Isabell malhumorada saliendo del garaje. Lucas la siguió al trote.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con una mezcla de emoción y temor. Conocía demasiado bien a su hermana.

—Ya lo verás.

Isabell lo apresó de la mano y se escondieron tras unas adelfas de flores rosas plantadas frente al garaje. Lucas, a pesar de ser el menor, era dos

palmas más alto que su hermana. Parecía mayor de la edad que tenía pues, aunque esbelto, era fornido. Ambos compartían esos ojos vivarachos negros y el cabello oscuro. Pero mientras que el de Isabell era largo, fino y liso, el de Lucas era rebelde y encrespado. Allí esperaron pacientemente hasta que Yun-yu dio por terminada su labor y salió secándose las manos y la frente con un viejo trapo de esparto.

—Vamos. Corre, Lucas, es nuestra oportunidad.

Sin tiempo a preguntar, el pequeño siguió a su hermana agazapado hasta la entrada del garaje. Una vez allí vio cómo Isabell subía al asiento del piloto del vehículo y accionaba el motor.

—¡Sube, tonto, no te quedes ahí!

Lucas dio un salto y se situó junto a su hermana. En su estómago revoloteaba una bandada de pájaros excitados ante la promesa de aventuras. Se agarró con las dos manos al salpicadero de madera y apretó la espalda contra el asiento.

El coche comenzó a marchar emitiendo ruidos de dolor, pero Isabell no le daba tregua, sino que apretaba más fuerte el pedal. Giró el volante en dirección al jardín y gritó:

—¡Adiós, Yun-yu, tú te lo pierdes!

Durante los ocho minutos que duró el paseo rieron y gritaron más fuerte que en todos los días de verano que llevaban en Oak Mansion. Hicieron volar el coche por encima de zanjas profundas, chapotearon sobre los charcos que dejó la última tormenta en los caminos, el cabello de Isabell recogido en una trenza se impregnó de barro y destruyeron cinco parterres de flores y arbustos exóticos que Richard, el jardinero, cuidaba amorosamente desde hacía más de veinte años. Pero cuando llegaron al límite de la propiedad, sus rostros se toparon con el peor de los destinos: su padre regresaba a la casa grande en otro de sus vehículos. Su rictus, ya severo incluso en los días de fiesta, adquirió un color amarillado que delataba el profundo enfado que estaba estallando en su interior. Vestía uno de sus trajes de lana color negro, abotonado hasta la nuez, lo que le confería el aspecto de un enterrador del siglo pasado. Cuando detuvo su coche frente a ellos, Yun-yu llegó al fin corriendo, colorado todo él como una sandía, para reprender a los niños. Al cruzar la mirada con el padre se dirigió cabizbajo hacia el Packard, hizo un gesto con la mano a Isabell y ésta y su hermano se apearon sin mediar palabra.

—¿A qué estáis esperando? —ladró el padre mientras golpeaba con la mano el asiento contiguo y el sombrero se desencajaba de la cabeza—. ¡Vamos, subid aquí de una vez!

Durante el camino de regreso a la casa los tres permanecieron en silencio. Lucas asustado, tembloroso y con la camisa sucia, e Isabell con los brazos cruzados mirando altivamente al infinito, con las mejillas y el cabello salpicado de barro seco.

—Sois la vergüenza de la familia. Peor que animales, es lo que sois.

A esas dos afirmaciones les siguieron una veintena más similares, cuyos objetivos, claro está, eran moralizar, motivar y por supuesto aumentar confianza en sí mismos de los niños. Estaban en la biblioteca de la casa, el lugar preferido del pequeño Lucas. Era una sala de planta circular tapizada por estanterías a medida de madera de arce. Frente a las puertas de acceso había tres ventanales con balcón desde los que se visualizaba la piscina de aguas púrpuras. El padre prohibió sentarse a los niños en el gran sofá frente a la chimenea, por lo que tuvieron que aguantar el monólogo educativo de pie, uno junto al otro y cogidos de la mano. Situación favorable para que los ojos del retrato del abuelo Jenkins observaran desde ese instante eterno la bronca que se formó.

—Lucas, ¿no te das cuenta de quién eres? No puedes estar por ahí perdiendo el tiempo. Ni puedes arriesgarte a que te ocurra una desgracia. Tú eres nuestro heredero, por el amor de Dios. ¿Es que no lo sabes todavía?

Y tanto que lo sabía: era como si su segundo nombre fuese, Lucas *el-heredero* Jenkins. El día que nació celebraron una fiesta a la que acudieron más de ochocientos invitados de todo el país. Principalmente clientes de las fábricas de su padre a los que se les juró y perjuró que ya no tendrían nada que temer, pues con ese pequeño pero fuerte varón en la familia Jenkins la supervivencia de las fábricas estaba asegurada. Habría trigo para las exportaciones a Europa, habría sebo de ballena para los buques y, habría, sin lugar a dudas, suministros para los barcos de pesca. Lucas había vivido sus doce años de vida a la sombra fría y triste de ese título que no quería y que cada día le parecía más inabarcable y cercano.

—¿Y tú, Isabell? ¿Quieres romperte esa cara bonita que tienes? ¿No sabes que así ningún hombre te querrá?

La pequeña era un hervidero de adrenalina y estrógenos. Durante los últimos meses habían colonizado todo su organismo y se resistían a marcharse. Palpitaban cada día con más fuerza. Se sentía más fuerte, más capaz y con una energía interior capaz de mover las montañas. Y, si la charla no había sido suficiente, para terminar de calentar las cosas, su padre sacaba —por no sabía qué vez porque ya había perdido la cuenta— el tema de su necesario e

inminente compromiso nupcial. Funcionó como un detonador para sus gritos y aspavientos.

—Pero, ¿acaso crees, alguien cree —dijo alzando la voz y pateando el suelo — que yo quiero casarme? ¡Es lo último que deseo! Yo quiero viajar, quiero estudiar. Ser médico o arquitecto —gritó. Su padre se echó a reír y ella le miró con sus ojos negros tan fijos que parecieron haberse convertido en obsidiana—. Quiero dirigir tu empresa —zanjó con seriedad. Porque lo ansiaba de corazón.

Su padre ahogó en el acto las carcajadas y la observó con tristeza. Supo que lo deseaba realmente y se le partió el alma. Siendo una niña de pocos años ya había notado en ella la fiereza interior y la astucia que tienen los grandes hombres de negocios. Rezaba a Dios cada noche para que esa chispa saltara del corazón de Isabell al de Lucas, al que sentía cada día más sensible y vulnerable. Se lamentaba en silencio siempre que los veía juntos porque las cosas no hubieran sido distintas.

—¿Pero qué estás diciendo, hija mía? Ese no es mundo para mujeres. Tú debes casarte con un buen hombre, tener hijos y cuidar de tu famil...

—¡Jamás! No me casaré jamás. ¡No pienso crecer! ¡Quiero ser libre!

—Isab... —dijo su hermano entre sollozos.

—Estoy harta de este mundo en el que las mujeres somos como plantas — dijo señalando los pelargonios que adornaban los balcones de la biblioteca y obviando a su hermano—. ¿Es que no servimos para nada más que estar a vuestro lado? ¿De verdad crees que me voy a conformar como hizo mamá?

—Isabell —insistió Lucas con la voz quebrada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo mirándole. En ese instante se dio cuenta de que su padre también la observaba atónito. Ambos tenían los ojos fijos en la falda blanca de algodón que ella vestía. Dirigió su mirada hacia el lugar que ellos miraban y descubrió una mancha de sangre rojísima y brillante, como una preciosa amapola de primavera, que crecía segundo a segundo a la altura de sus ingles. Levantó la vista y los miró perpleja, comenzó a temblar.

—¿Lo ves mi pequeña? Ya eres una mujer, debes pensar en casarte — sentenció su padre avergonzado.

Isabell salió corriendo de la biblioteca y encontró en Rosita, que la esperaba en silencio tras la puerta, un abrazo protector.

Capítulo 3

Mercury Valley, San Francisco, 3 de abril de 1906.

Quince días antes del gran terremoto.

A sus veintiún años, Isabell Jenkins era la mujer casadera con mayor potencial de todo el oeste americano. Esa mañana paseaba por el mercado central agarrada del brazo de Rosita. Caminaba con una fuerza y desparpajo que nadie sabía de dónde había sacado: su padre, aunque feroz negociante, era un hombre espigado de una delgadez alarmante y su madre, a la que muy pocos conocían personalmente, pasaba más tiempo recostada en su cama que los propios almohadones de plumón de cisne que sostenían su frágil cabeza desde hacia años. Isabell también era el partido más peliagudo. No solo porque rechazaba todas y cada una de las propuestas de matrimonio que había recibido desde que cumplió los catorce años. Sino porque era una mujer realmente difícil de complacer. Se decía de ella que nadie la había visto sonreír jamás. Que era fría y dura como las losas de las tumbas y que era incapaz de mirar a ningún hombre. Se chismorreaba entre risitas que quizá le gustaran las mujeres, pero todos los que sacaban el tema acababan conviniendo que uno podía hacer dentro de su dormitorio lo que le diera la gana. Mientras, claro está, no arrastrara a la familia a la perdición.

No había de qué preocuparse, pues: todavía era joven, bonita a su manera y su familia era rica. De hecho era la más rica de las familias de aquella época. Y además estaba su hermano: un joven desgarbado, de modales refinados y risa fácil que sería el encargado de llevar las riendas de la economía de la familia Jenkins. A decir verdad él, con su espíritu de poeta depresivo, tendría que hacerse cargo de las quinientas veinte familias a las que la Jenkins Corporation daba sustento semana tras semana. El imperio familiar había sido forjado hacía casi sesenta años por el abuelo Jenkins, que llegó a California en el 49 cargado solo con su juventud, una botella de whisky irlandés, una pala, un pico y una vieja sartén con el fondo agujereado para buscar pepitas de oro en los cauces del río Vista. La fortuna estuvo de su lado varios meses en

los que encontró más piedras doradas que ninguno de sus compañeros. Y como su madre, una dura mujer con la mano larga, le había amueblado la cabeza como debe ser, en lugar de gastar las ganancias en negocios de poca monta o en burdeles y bares, comenzó a comprar tierras de un valle cercano en las que cultivó trigo. En seis años ya trabajaban para él más de treinta familias que se asentaron en una colina de la zona bautizada como Mercury y formaron una aldea próspera.

Cada temporada los quehaceres y las ganancias aumentaban. El abuelo Jenkins diversificó el patrimonio familiar y constituyó un periódico, una cadena de telares que iban de norte a sur del estado y comenzó a comerciar con los pescadores de la región. Con cuarenta años era uno de los hombres más ricos de Norteamérica, y los jornaleros viajaban desde cualquier lugar del país con la promesa de una vida próspera en Mercury Valley.

Las dos mujeres caminaban entre puesto y puesto del mercado central, abarrotado a esas horas, en busca de levadura fresca. Cuando al amanecer Isabell descubrió a su hermano echo un ovillo en un rincón de su dormitorio —una vez más—, decidió que la manera más sencilla de devolverle la sonrisa sería haciéndole una bandeja de galletas con pasas con las que tanto disfrutaba.

—Querida, no corras, no puedo seguir tu ritmo —rogó Rosita zafándose de varios tenderos que le ofrecían género barato.

—Ay, venga, pero no que te quedes atrás. Se está haciendo tarde.

—Pero, ¿cómo que tarde? ¿Qué prisa tienes, muchacha?

—Ay, Dios, Rosita, tengo que explicártelo todo. Hoy tenemos invitados, ¿recuerdas?

—Claro, *mija* —se detuvo y la contempló perpleja unos instantes—. Pero yo creía que tú no ibas a asistir al banquete.

—Por supuesto que no. Estará ese baboso de Philipp-A.-*Caca*. No puedo ni verlo de espaldas, ¡es horrendo!

—Pero si es un hombre apuesto, querida. No sé por qué no le haces caso. Y su apellido es *Cark*, no *caca* —dijo ocultando con la mano una breve carcajada.

—¿Porque me lleva doce años? ¿Porque desde que tengo quince me mira como si fuera un trozo de jamón con salsa? No puedo soportarlo. Y padre lo sabe, pero le da lo mismo. Así que no, no asistiré —zanjó. Se detuvo frente a un puesto que exponía unas jarras de leche y nata de lo más apetecibles y

pidió la levadura—. Mi idea es cocinar las galletas y salir a galopar con Lucas hasta el nacimiento del arroyo. O tal vez vayamos a la playa de Narrow.

Rosita la agarró del brazo firmemente y con urgencia le dijo:

—Ay, no, *mijita*, eso sí que no. Ya sabes que hace pocos días hubo un desprendimiento de rocas del desfiladero y no es seguro. *Mija*, prométeme que no iréis allí. Por favor, por lo que más quieras.

Isabell pagó la levadura y volvió la mirada hacia su adorada Rosita.

—Lo que más quiero eres tú —le dijo con dulzura—. Descuida, iremos al bosque, al arroyo, quédate tranquila.

Hornearon las galletas con pasas mientras el resto de empleadas preparaba la fiesta que tendría lugar horas más tarde. El viejo Yun-yu, cada día más encogido y con unas finas rendijas por ojos, entró en la cocina justo cuando sacaban la bandeja del horno y le confirmó a Isabell que los caballos estaban listos. Ella subió por las escaleras de servicio corriendo igual que cuando tenía diez años y se precipitó al interior del dormitorio de su hermano. Lo encontró tendido sobre el escritorio, con docenas de hojas de papel arremolinadas en torno a sus pies y los dedos tintados de azul.

—Es imposible, Bell, jamás escribiré algo digno de ser publicado —se lamentó.

—Vamos, ¿ya estás con eso otra vez? Venga, ponte las botas de montar y vámonos, tengo una sorpresa.

Cogió al joven por las axilas y lo levantó. Aunque rozaba el uno noventa de altura, ella era fuerte y alta también. Y él parecía tan blando por fuera como lo era por dentro. La adolescencia no le había traído al chico más que sentimientos de vacío, de tristeza y de incomprensión. Si de niño había sido altamente sensible y manejable, de adulto parecía un espíritu de otra época encerrado entre aquellos muros que le conducían a un destino fatal. Su padre trataba en vano de domarlo, dirigía sus pasos hacia el control de los negocios de la familia, pero veía todos sus esfuerzos estrellados contra el suelo día tras día.

Años atrás Isabell tuvo una idea para salvarlo, para salvarlos a ambos: ella se vestiría de él, y él de ella. *Intercambiamos nuestros cuerpos*, Lucas, le dijo entre risas. Acompañaron la idea con una botella de champán francés que un cliente de la Jenkins Corporation solía regalar a la familia cada otoño. Fue una broma absurda que se les fue de las manos, porque llegaron a meterse tanto en sus papeles que se presentaron en el despacho del padre mientras

trataba asuntos legales actuando como el contrario. El padre, asustado al verlos entrar e iracundo al darse cuenta de cómo sus socios se reían de sus hijos, los mandó salir de la sala entre risas que disimulaban su malestar. Nada más llegaron a los dormitorios, se quitó el cinturón de piel de buey que mantenía sus pantalones negros en su lugar y comenzó a descargarlo una y otra vez sobre los hermanos. Solo paró cuando Rosita a voz en grito le dijo que iba a tropezarse con sus perneras, que se habían enredado entre sus piernas huesudas y le rogó que tapase su trasero desnudo.

Capítulo 4

Mercury Valley, San Francisco, 4 de abril de 1906.
Catorce días antes del gran terremoto.

Un silencio pastoso poblaba el comedor esa mañana. Solo lo rasgaba el crujir de la cáscara del huevo pasado por agua que el padre rompía con una cuchara finísima de plata. Los dos hijos, sentados uno junto al otro a su izquierda, hacía rato que aguardaban a que el padre comenzase a hablar. Cuando hacía media hora habían entrado en la cocina para desayunar con Rosita, ésta les encomendó a no sé qué santo y les dijo que se prepararan:

—Vuestro padre está casi verde del enojo que arrastra desde ayer. Si lo hubierais visto. Qué gritos, qué pataleta cuando se fue el señor Cark, toda su ira cayó sobre mí, otra vez, para variar. Y mira que *se los dije, ¿o no, mijos?*

Cabizbajos acudieron al requerimiento del padre y tomaron asiento. Seguro que un gato de oído fino habría podido escuchar el corazón de ambos, pues éstos aporreaban con fuerza dentro de sus pechos.

El padre rebañó el huevo y dejó la cucharita con delicadeza sobre la bandeja a juego. Con parsimonia secó sus finos labios y abrió el grifo. Una vez más.

—Lucas, me has decepcionado. Te pedí expresamente que me acompañaras en la comida de ayer. Sabes, los dos los sabéis —dijo posando su dura mirada en los ojos de Isabell—, que Philipp Cark es el inversor idóneo para los tiempos que se avecinan. El mundo está cambiando rápido, hijos míos. Y debemos adaptarnos. De lo contrario no solo nosotros perderemos nuestra posición, lo harán todas las familias que dependen de nuestros negocios.

En ese momento se levantó y alzó su mano señalando con ella la colina de Mercury Valley, en donde las familias de la empresa vivían, lloraban y reían. Lucas sintió ese gesto como una patada en los pulmones.

—Y tú, Isabell, ¿es que... ? Quiero decir... Es que ¿no sientes pena de Philipp? Lleva cortejándote años, querida —dijo mientras se ajustaba el chaleco al cuerpo—. Y no puedes ni darle ni los buenos días.

Los hermanos se tomaron de la mano bajo la mesa y respiraron profundo: era el momento crucial. El día anterior durante el paseo a caballo tuvieron la que consideraron *LA CHARLA* de sus vidas.

Habían cabalgado cerca de una hora cuando se adentraron en el bosque hasta el nacimiento del arroyo. El lugar era un pequeño remanso plagado de bajos arbustos silvestres con coloridas flores. Había una formación rocosa por la se filtraban unos hilillos de agua transparente. Si uno los seguía veía cómo metro a metro el cauce aumentaba hasta formar primero un pequeño arroyo de apenas medio metro de ancho, hasta el final que contaba con varios metros de envergadura.

Ataron a los caballos bajo la sombra de un grupo de arces, se descalzaron y tomaron asiento chapoteando con los pies desnudos en el agua fresca.

Entre galleta y galleta Isabell tiró del hilo a su hermano para que se desahogara con ella. Y lo que le contó no era nada nuevo: él se veía incapaz de asumir las responsabilidades que su padre le estaba embutiendo. Soñaba con una vida literaria desde que tenía uso de razón.

—Pues deberías decírselo, Lucas. Pero debes ser claro con padre. Porque hasta ahora te has dejado manejar como si siguieras siendo un niño. Plántate de una vez y dile que no quieres cargar con ese peso. Y ofrécele una alternativa —le recomendó con los ojos chispeantes.

—Sí, por supuesto. Le diré que aspiro a ser escritor —dijo con sorna.

—No. Hablo en serio. Dile que delegas en mí tus obligaciones.

Así las cosas, horas después, armados de valor y cogidos de la mano, Lucas comenzó a hablar ante su padre esa mañana en el comedor de la casa grande como no lo había hecho jamás.

—Padre, si me da su permiso, me gustaría exponerle una oferta que no podrá declinar —comenzó el joven.

Isabell había escrito para él durante la noche un discurso sagaz y directo, tal como le gustaban los negocios a su padre, y Lucas se lo había aprendido desde la primera línea a la última. Ella lamentó la falta de entusiasmo de él, pero aún así se sintió orgullosa de su hermano.

—... y por todo ello, padre, le propongo una alternativa seria, responsable y eficaz: lego a mi hermana Isabell Jenkins todas mis obligaciones para con la corporación. Si acepta mi propuesta me gustaría recibir su aprobación para matricularme en la Universidad de...

El padre interrumpió la charla estrellando su mano sobre la mesa. Los cubiertos se agitaron y las copas de agua salpicaron el delicado mantel. Lucas

enmudeció de inmediato y el corazón de Isabell se detuvo un par de segundos. Cuando el padre alzó la vista la fijó exclusivamente en los ojos de la chica. Señaló su rostro con un huesudo dedo índice y dijo en fríos susurros:

—Tú te casarás. No hay más que hablar. He concertado una reunión formal con Philipp A. Cark en su velero para dentro de tres semanas. Y tú —dijo moviendo la cabeza hacia su hijo pero evitando mirarle—, sal de mi vista y no vuelvas a hablarme así.

Lucas ya se estaba retirando cuando Isabell tomó la palabra. Con templanza y dulzura dijo:

—Padre, por favor, escuche mis ideas. En estos años he visto cómo funcionan las fábricas de tejido, y también sé cómo moverme entre los pescadores. Y tengo cientos, miles de ideas para el futuro. ¿Sabe que estoy trabajando en el proyecto de una nueva fábrica en los alrededores de Mercury Valley? En ella podrían trabajar todas las mujeres que desean ser —libres, quiso decir, pero no lo pronunció—... independientes.

—Eres una ilusa. Si dijese que eres una inconsciente y una payasa quizá hasta me quedaría corto, hija mía. ¡Cuántas veces tendré que decirte que olvides todas esas tonterías!

—Padre, si las dijera yo no parecerían desacertadas —apuntó Lucas alzando la voz por primera vez en su vida.

—Pero es tu hermana quien las pronuncia. Y eso no puede ser. Las mujeres no pueden formar parte de los negocios. Todo saldría mal. Son atolondradas, débiles y se dejan llevar por el corazón. Y esa es la gran suerte de que sean ellas las que permanezcan en casa y nos den a nuestros hijos.

Isabell movía la pierna derecha arriba y abajo con un ritmo frenético. Tan intenso que repercutía al resto de su cuerpo. Le costaba respirar, le dolía la cabeza y sentía que la frustración le arañaba las entrañas con saña. Y estalló.

—¡Te odio! ¡Te odio a ti —gritó echando la silla hacia atrás de un golpe— y a todos los hombres que son como tú! Mírame bien, padre, mírame bien: no voy a casarme jamás.

Un escalofrío cargado de furia recorrió la espalda de Isabell. Cogió un afilado cuchillo de plata de la mesa y ambos hombres echaron a temblar. La hoja, tan fina que parecía de papel, vibraba lanzando destellos entre los dedos de la joven que nerviosa, la agitaba de un lado a otro. Se vio reflejada en el metal unos segundos y con la mano izquierda tomó su pelo trenzado por el final, acercó el cuchillo al nacimiento de la trenza y de un tajo sesgó el cabello. Arrojó el cadáver de pelo sobre el rostro de su padre y salió

corriendo del comedor en dirección al exterior.

Isabell corrió con el pelo suelto a la altura de los hombros por todo el jardín de Oak Mansion. Llegó hasta el final del mismo, trepó por la verja de hierro que protegía la entrada principal y marchó sin aliento dejando atrás las tierras y el bosque que separaban el terreno familiar de la playa de Narrow.

Como sus piernas no podían dar más de sí mismas, caminó y caminó a lo largo de la línea de playa mojándose la falda y los zapatos. A cada paso se aproximaba más y más a los acantilados de piedras inmensas, grisáceas y desgastadas que miraban amenazantes al horizonte del Pacífico. Sudaba profusamente, su respiración no se calmaba, las lágrimas se fundían con su saliva. Cayó de rodillas junto al agua, que la acariciaba y se marchaba rápido como queriendo no importunarla. Agarró y apretó montones de arena con sus manos y arrojó al viento de la bahía de San Francisco su frustración en forma de gritos.

Algunos empleados de la casa dieron el aviso nada más la vieron salir en dirección a la playa de Narrow. Las autoridades habían prohibido el acceso a la zona debido a los constantes derrumbes que estaban sufriendo los acantilados, así que cuando el resto de la casa tuvo conocimiento del destino de Isabell, organizaron una pequeña partida de cinco hombres para ir en su busca. El padre la encabezaba.

Minutos después de haberse tendido sobre la arena, Isabell los oyó. Gritaban su nombre a poco más de un kilómetro, así que aún tenía tiempo para escapar. ¿Pero dónde? El bosque quedaba demasiado lejos, la verían yendo hacia allí y en cuestión de minutos la llevarían de vuelta a casa. Miró al frente: el mar quedaba descartado porque aunque sabía nadar, la corriente era traicionera y nunca sabía hasta dónde podría llevarla. Miró entonces a su derecha: el acantilado. Sí, sabía que era peligroso, varias personas habían resultado heridas por los desprendimientos de rocas en las últimas semanas, pero no encontró alternativa mejor. Así que dirigió sus pasos lo más rápido que su cuerpo le permitió hacia las cuevas marinas de Narrow.

Capítulo 5

Mercury Valley, San Francisco, 4 de abril de 1906.
Catorce días antes del gran terremoto.

Las olas chocaban contra las rocas ennegrecidas y afiladas en algún lugar bajo sus pies. Arrastraba sus zapatos y su vestido de lino azul empapado por el agua del Pacífico. Cada paso que la adentraba en aquel laberinto natural de piedras y humedad, le proporcionaba más oscuridad y el rugir continuo del mar acariciando sus oídos. Durante unos instantes no supo si sus ojos permanecían abiertos o no, pues la negrura era tal que no vislumbraba ni un mínimo punto de luz. Solo sentía el ir y venir de las olas que cada vez la tocaban más arriba: primero solo los tobillos, después las corvas de las pantorrillas y ahora las rótulas temblorosas. Avanzaba a tientas con las manos extendidas para no golpearse la cabeza o el cuerpo desde hacía minutos. Podría haber estado caminado en círculos y no darse cuenta; todo era oscuridad, frío y el estallido continuo del océano en sus oídos. Pero de pronto algo cambió en el ambiente.

Un aroma metálico lo impregnó todo.

Acto seguido llegó el silencio. Un silencio amenazante, irreal, que le encogió las tripas y le erizó el vello con más potencia que el anterior sonido de la caverna. Percibió que ya no escuchaba las olas rompiendo contra ella y las rocas. De un instante para otro, todo fue ausencia.

Una inquietante sentencia se instaló en su vientre: el mundo acababa de pararse. Y mientras miles de ideas sin sentido entraban y salían de su mente para tratar de dar una explicación a aquella alarmante sensación, fue consciente de que flotaba en el aire. Porque sabía que ya no pisaba la tierra firme, pero que no flotaba bajo en agua, ¡podía respirar! Mechones de su cabello se elevaban por encima de la cabeza. Su falda ondulaba sin peso alguno en torno a sus piernas. Y todo su cuerpo pareció perder de golpe hasta el último gramo.

Así se mantuvo por varios segundos. ¿Dos? ¿Quizá veinte? ¿Tal vez varios

minutos? No sabría decirlo. El tiempo, la luz, el sonido, el peso, la existencia misma se detuvieron en aquella cueva de Narrow.

Apretó los párpados y sintió entonces que sus pulmones se vaciaban de aire. Un dolor seco y agudo se instaló en ellos. Al momento cayó al suelo de golpe, que en ese instante no tenía ni una gota de agua, e inspiró con todas sus fuerzas varias veces.

Al cabo de unos minutos en los que recobró el sentir de sus extremidades y el ritmo de su respiración, poco a poco comenzó a reconocer los sonidos de la cueva. Lentamente se puso en pie y, derrotada por aquella terrible experiencia, retornó hacia la salida.

Según se aproximaba al acceso de la cueva sentía voces que no parecían las mismas que iban en su busca. Cuando se había adentrado en el acantilado habría jurado que eran varios hombres los que la seguían. Y sin embargo ahora distinguía sin lugar a dudas voces de mujeres, ladridos de perros y hasta niños. Estaba segura a pesar de que su cuerpo entero seguía aturdido de que algo había cambiado. Una vez siendo muy pequeña había enfermado. Unas fiebres muy altas la mantuvieron en cama varias semanas y su madre, para sorpresa de todos los habitantes de Oak Mansion, le proporcionó cuidados primorosos día y noche. Isabell recordaba la mayor parte de aquellos días como un vaivén continuo de su mente que permanecía adormilada por culpa de las fiebres.

Mientras caminaba hacia la salida de la cueva tuvo el nítido recuerdo de aquella corta época. Sentía el cuerpo igual: pesadísimo y dolorido, y a la vez no lo sentía suyo, era como si su consciencia estuviera situada un metro por encima de ella misma y lo observase todo desde el exterior.

Los sonidos le llegaban como amortiguados por un montón de mantas de lana. Mientras daba un paso tras otro para salir a la claridad percibió en el ambiente un aroma dulzón y grasiento. Los rayos solares se colaban por la entrada a la cueva y rozaron sus zapatos. Colocó su mano sobre la frente para evitar la luz del sol en el rostro, pero no pudo impedir que ésta la cegara durante unos segundos. Cuando sus retinas se acostumbraron, lo que vio frente a ella la hizo tambalearse hasta caer de culo en la arena.

Docenas, tal vez una centena de personas, estaban diseminadas por la línea de playa hasta donde su vista alcanzaba a distinguir. Eran personas anónimas con trajes de baño de lo más extravagante. Jamás había visto unos colores tan estridentes, ni unos bañadores tan pequeños y ajustados. ¡Pero si hasta había varias mujeres con los pechos descubiertos! Cuatro hombres jóvenes y

fibrados toqueteaban una extraña, enorme y ligera pelota que se pasaban de unos a otros por encima de una cuerda. Cuando la pelota caía al suelo unos reían y otros refunfuñaban. Varios perros jugaban con unos platos voladores que no eran capaces de romper. ¿Y qué era eso que tenían esos niños? Una caja negra y plateada por la que salía ¿música? Una familia asaba carne en un pequeño hogar que parecía de metal, el padre echaba un líquido que al instante ardía haciendo reír a los más pequeños. Una anciana paseaba con una correa de color verde chillón un extraño animalillo, alargado, de pelo corto y cabeza alargada. ¡Un hurón! ¿Un hurón tratado como un perro de compañía? Lo reconoció porque un amigo de su padre solía ir a cazar con ellos en Europa. Un fornido hombre maduro pasó junto a ella y le guiñó un ojo. Estaba cubierto de tinta de colores por todo el cuerpo, en los brazos tenía un jardín de rosas, en la espalda el dibujo de un león y en una de las pantorrillas lucía el dibujo de varias cadenas y un reloj de arena roto. Le sonrió y le mostró una fila de dientes color plata.

Un fuerte pitido hizo que Isabell cubriera sus oídos con las manos. Dirigió su mirada hacia la izquierda y comprobó que en donde antes se alzaban los pinos y los arces que iniciaban el bosque de camino a casa, ahora había una explanada repleta de cacharros enormes, brillantes y ruidosos en los que la gente se metía y de los que salía. El recuerdo fugaz de los vehículos de su padre le cruzó la mente. Algunos iban y otros venían, cargados de enseres voluminosos que jamás había visto: pelotas brillantes, enormes sombrillas, cada niño portaba una especie de colchón hinchable y algunos adultos movían de aquí para allá esos hogares de metal en los que las personas asaban comida. El trasiego era demasiado abundante y excéntrico para ser real. En su vida había visto como máximo una docena de vehículos juntos en una de las reuniones de negocios con su padre en la ciudad. Y allí, si es que esos engendros extraños eran vehículos, habría doscientos, tal vez trescientos. ¿Cómo era posible aquello? ¿Dónde estaba su bosque? El bosque que la llevaría de vuelta a casa... ¿Qué hacían todas aquellas mujeres vestidas así? ¿Por qué aquel hombre tenía dientes de metal y la piel cubierta de dibujos? ¿Por qué había tanto ruido? Miró de un lado a otro con los oídos todavía cubiertos por las manos temblorosas. Su mente no soportó más estímulos y se desconectó. La espalda de Isabell Jenkins cayó hacia atrás y quedó tendida sobre la arena caliente de la playa de Narrow.

Solo que no estaba en 1906.

Era abril de 2010.

Capítulo 6

San Francisco, 4 de abril 2010.

Cuando Isabell Jenkins despertó ya no estaba en la playa. Estaba tumbada sobre una cama alta y firme desde la que le llegaban los aromas de la enfermedad: alcohol, lejía y jarabes. Antes de abrir los párpados, lo supo: se había vuelto loca y su padre la había internado en un sanatorio mental. Se lo había vaticinado tantas veces que al final había acabado llevando razón. Sin embargo percibió que no estaba atada a la cama con férreas correas de cuero como en esos relatos lúgubres que su hermano le contaba cuando eran niños. Abrió los ojos y se incorporó. La habitación era amplia, tenía dos camas vacías además de la suya, separadas entre sí por cortinas blancas que ahora estaban recogidas, y las paredes estaban pintadas en un amarillo pálido que le recordó la arena del mar. Un presentimiento fatal se instaló tras sus ojos. Los cientos de sensaciones que había vivido en la playa explotaron de pronto en su estómago haciendo que sintiera una contundente arcada. Mientras la contenía tragando la poca saliva que su boca seca era capaz de fabricar, buscó con la mirada algún elemento familiar pero no localizó nada. En ese momento la puerta se abrió y ella se tumbó de nuevo. Cerró los ojos y escuchó con atención.

—Ingresó hace un par de horas y todavía no ha despertado. Las pruebas de alcohol en sangre han sido negativas y no presenta signos de violencia sexual. De hecho, aunque parezca increíble, la doctora cree que la chica es virgen — dijo una mujer con voz gruesa.

—¿Alguna identificación?

La mujer dijo que no mientras tocaba la frente de Isabell con la mano. Ella siguió sin inmutarse y rezando para que no notase cómo su corazón bombeaba sangre como si hubiera perdido la cordura. La mujer siguió hablando empleando algunos términos que Isabell no entendió. Al cabo de unos instantes el hombre volvió a hablar.

—¿Móvil? ¿Tarjetas? ¿Nada?

—Nada, agente, ya se lo he dicho. Algunos bañistas la vieron caer de espaldas en la playa, acudieron a su lado para reanimarla, pero al ver que no despertaba llamaron a emergencias, la ambulancia la trajo hasta aquí y aún no ha despertado. Lo único que nos ha llamado la atención es que traía puesto un disfraz. Como de época, ya sabe, con una de esas faldas largas y mangas abullonadas. Hasta llevaba puesto un corsé.

—¿Drogas?

—No, al menos no las habituales. Faltan los resultados de la analítica pero aún tardarán unas horas, el laboratorio no da para más. Así que habrá que esperar a que despierte. No creo que tarde mucho, dado su buen estado de salud. ¿Tiene tiempo para un café? —preguntó la mujer mientras salían de la habitación.

Cuando Isabell notó que estaba sola se incorporó de nuevo y salió de la cama con sigilo. Buscó su ropa y la encontró en una bolsa de tela dentro de un pequeño armario. Mientras se vestía tocó con la mano sin darse cuenta el mando de la televisión y ésta se encendió. Isabell dio un respingo, se le cayó un zapato al suelo mientras se cubría los ojos con las manos. Poco a poco los descubrió y enfocó la vista sobre aquel aparato extraño. Parecía una ventana pequeña, con un marco negro y un cristal, pero tras la que no había espacio para que aquellas personas cupieran. Dentro de la caja había dos hombres vestidos con feos trajes amarillos tratando de cazar a una mosca. ¿El mundo se había vuelto loco o era ella la que había perdido la cabeza? Sintió unos pasos al otro lado de la puerta y su corazón se encabritó. Si quería salir de ese lugar debía hacerlo cuanto antes porque de lo contrario volvería a desmayarse. Terminó de vestirse y, tras varios minutos de espera, abrió la puerta despacio. Asomó la cabeza al pasillo. Era amplio y estaba iluminado por unas lámparas muy finas que parecían flotar sobre su cabeza. Una enfermera salió de la habitación contigua e Isabell se replegó a la suya con el corazón a mil. Echó la vista atrás y vio un periódico. Lo tomó y cubriéndose el rostro en parte con él, caminó a lo largo del pasillo siguiendo las indicaciones que la llevaban a la escalera. Bajó a toda prisa alzándose el largo del vestido para no pisarlo. Trataba de respirar profundo para despejar la cabeza pero no conseguía más que darle alas al temblor de sus rodillas. Cuando llegó a la planta baja se encontró dentro de una especie de avenida que atravesaba el hospital de lado a lado. La salida quedaba exactamente al lado opuesto al que ella se encontraba. Así que respiró hondo, agarró con fuerza el periódico doblado, como si tuviese alma de amuleto mágico, y avanzó por aquel mundo extraño.

Cruzó varias zonas de espera pobladas por personas que vestían ropas livianas, aquellos pantalones que los mineros usaban para trabajar, y unas camisas de manga corta que le parecieron horribles. Algunas mujeres vestían vestidos cortísimos y dejaban a la vista casi todo el pecho. La mayoría de personas ni reparó en ella porque tenían la atención fija en unos pequeños cachivaches, planos y alargados desde los que salían imágenes y sonidos. Un hombre se tropezó con ella al tomar uno de esos chismes y llevárselo a la oreja mientras pegaba gritos a alguien imaginario. Para no caer tuvo que sostenerse contra un mostrador tras el que había una joven aporreando una tabla con bultos de similar tamaño. Le recordó a la máquina de escribir de su padre.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó la mujer sin alzar la vista de aquella cosa.

—No, gracias, es muy amable. Adiós —acertó a decir Isabell antes de alcanzar la salida.

El hospital al que la habían trasladado estaba en pleno Union Square, el epicentro de la ciudad de San Francisco. Al cruzar las puertas de apertura automática que la dejaron boquiabierta, saltó a un mundo irreconocible, repleto de esos vehículos extraños que había visto junto a la playa, de personas que iban y venían a toda prisa, hablando solas en más ocasiones de las que pudo contar. Isabell solía acompañar a su padre, muy a su pesar, y a su hermano Lucas precisamente a un banco situado en esa gran explanada. En esas reuniones habían cerrado algunos de los tratos más potentes para el negocio familiar. Trató de localizar el edificio pero le fue imposible. Recordaba que no tendría más de dos o tres plantas, y allí solo había altísimas moles decoradas con metal y cristal. Recordó también que allí, en esa misma plaza, mientras paseaba una tarde de septiembre siendo todavía una niña junto a Rosita, su padre la había abordado para presentarle a un tal Philipp A. Cark. Recordaba el viaje de vuelta a la casa grande como una sucesión de elogios a ese hombre con cara rata que la había mirado como si fuera un pedazo de oro.

Meneó la cabeza para apartar aquella fea sensación y su mente aterrizó de nuevo en esa realidad. Echó a caminar sin rumbo y boquiabierta por aquellas calles cuyas aceras eran como espejos tras el paso de una breve tormenta de primavera. A ratos el temor cedía espacio al asombro y a la admiración.

Las tiendas que encontraba a su paso marcaban en sus productos precios imposibles, había bolsos y zapatos con adornos estrambóticos que la hacían reír. Vestidos que la escandalizaban y artilugios que ni en mil vidas habría

acertado para qué servían. Había galerías de arte con cuadros salpicados de pintura, o más bien manchados sin ton ni son, que se vendían por miles de dólares. No reconoció la mayoría de alimentos que trataron de venderle en puestos callejeros que además estaban dentro de esos vehículos raros. Un adolescente la llamó entre burlas *Sisí Emperatriz*. Un perro minúsculo le mordió los bajos del vestido y tiró de ellos hasta desgarrarlos. Se llevó un jirón en la boca y el dueño ni se inmutó.

Caminó absorta en los detalles de ese mundo nuevo al que había ido a parar hasta que llegó a un parque junto a una iglesia tremendamente enorme. La estructura del templo se levantaba gracias a unos grandes bloques de piedra gris. Dos torres gemelas flanqueaban un precioso rosetón de cristales de colores situado en el centro. Le recordó a las imágenes de Notre Dame de París que su hermano atesoraba entre los libros de su habitación. Tomó asiento en un banco cercano y dejó sobre sus piernas el periódico que aún la acompañaba. Se apretó las sienes con las manos masajeándolas hasta que sus brazos perdieron fuerza. Pasados unos instantes cogió el periódico y lo escudriñó en busca de alguna explicación.

Leía un titular tras otro sin entender nada: huelga de trabajadores, matrimonio homosexual, congreso de telecomunicaciones. Era como cuando Yun-yu le hablaba en chino. Arrojó el periódico a sus pies y la desesperanza recorrió todo su organismo en cuestión de segundos. Cuando estaba empezando a ceder terreno a la idea de que había perdido la chaveta, reparó en el detalle fundamental: ¿cuándo estaba fechado ese periódico? Lo observó dejando escapar un quejido: 6 de abril de 2010.

Alzó la vista y contempló el edificio que tenía frente a sí mientras su mente era bombardeada por cientos de preguntas.

Un cartel indicaba “Grace Cathedral”. A ese lugar la había llevado Rosita alguna vez, solo que entonces solía ser una iglesia mucho más modesta. Sí, no había duda de que era el mismo lugar. Repasó los detalles que recordaba y corroboró que coincidían el trazado de las calles, la orientación de la iglesia y algunos edificios que ahora se veían terriblemente antiguos. No era el caso del que estaba a su espalda, la espléndida Flood Mansion, que se mantenía aún más hermosa de lo que ella la recordaba.

Volvió su vista al periódico, cuyas páginas el viento pasaba sin parar y encontró un breve artículo sobre las cuevas de la playa de Narrow, lo tomó de nuevo y leyó:

*PROHIBIDO EL ACCESO
A LAS CUEVAS DE NARROW HASTA NUEVO AVISO*

Hacía más de seis años que no había un percance relacionado con las cuevas de la playa de Narrow, pero ayer las autoridades confirmaron que hay un escape de gas tóxico y han procedido al cierre temporal del lugar. Un técnico del ayuntamiento confirmó que varias semanas atrás se habían producido en su interior algunos desprendimientos, por lo tanto no descartan la relación entre ambos sucesos.

Espacio muy querido por los usuarios de la playa, siempre ha estado rodeado de un halo de misterio. Para evitar posibles daños personales se ha fijado una patrulla de cuatro agentes que custodiarán la entrada para evitar males mayores.

Los minutos pasaron sin que Isabell reparara en ello, ni en la sed ni en el agotamiento que ganaba cancha, y el sol del atardecer comenzó a derramarse sobre las piedras de la catedral. Varios hombres mal vestidos y borrachos le dedicaron unas palabras nada arrulladoras y decidió que era hora de marcharse de allí. ¿Y qué podía hacer? ¿A dónde debía dirigir sus pasos? No conocía a nadie, ni siquiera sabía orientarse dentro de aquella mole de ciudad. Mercury Valley quedaba demasiado lejos de allí y no sabía cómo volver a la playa de Narrow. Y aunque volviera, ¿y si la apresaban los agentes y la encerraban en la cárcel, o peor, pasaba a formar parte de los habitantes de un sanatorio mental por el resto de su vida? Caminó sin rumbo por las cuestas empinadas que empezaban a iluminarse gracias a unas farolas maravillosamente potentes. Y llegó hasta un lugar tranquilo en donde sus gentes charlaban con sosiego en las aceras. Había familias paseando al atardecer y algunas mujeres practicaban ejercicio en grupo en mitad de un parque.

Más agotada de lo que jamás había estado, dio varias vueltas sobre sí misma y a lo lejos vislumbró la silueta de un edificio alto y extenso, de ladrillos rojizos y grises que le recordó a Oak Mansion. Una potente brújula interior la encaminó hacia él. Cuando estuvo frente a la puerta vio la leyenda de la placa dorada que coronaba la entrada: *Biblioteca Municipal de Stone Hills*. Y escrito a mano sobre un papel pegado por debajo: *Estás a tiempo, aún está abierta :)*

Leer ese pequeño mensaje le dio un ápice de esperanza. Si lograba colarse y

escondese en algún rincón sin que los bibliotecarios la descubrieran, no tendría que pasar la noche al raso y además podría dedicar parte del tiempo a encontrar la ruta de regreso a Mercury Valley. Aunque para ella había sido solo unas horas, lo cierto es que para el resto de la humanidad habían transcurrido ciento cuatro años desde que huyó de la casa grande. Tal vez Oak Mansion aún permaneciera habitable y, mejor aún: quizás podría encontrar a los descendientes de su familia y de algún modo explicarles su historia.

Capítulo 7

Biblioteca de Stone Hills, San Francisco, 4 de abril de 2010.

A Sarah Fresno ningún nuevo visitante le pasaba desapercibido. Este techo, que la protegía del resto del mundo, había sido testigo de cómo había perfilado su personalidad con el paso de los años —y de los libros— hasta convertirse en una mujer sabia, justa y serena. Cuando vio reflejada la silueta de Isabell Jenkins entrando en la biblioteca en la pantalla de su viejo pero dócil ordenador de sobremesa, supo que esa chica necesitaba ayuda. Así que no movió un dedo, porque intuyó que era de las personas a las que hay que dejar espacio. De esas que requieren cierto tiempo para coger confianza y que después agradecen hasta el menor gesto amable. Así que Sarah Fresno terminó de hacer recuento de los libros entregados en el día, lo cotejó con la ficha manual que seguía empleando a pesar de que el ayuntamiento le había concedido fondos para un iPad y terminó apilándolos sobre el viejo carrito de ruedas que llevaba de un rincón a otro, día tras día, para transportar sus pequeños tesoros hasta sus guaridas.

Se despidió de algunos vecinos asiduos a los pasillos de novela histórica, recitó algunos versos en la sección de poesía con su amigo Jonas, el profesor de literatura retirado, y despidió a las chicas del club de lectura hasta la siguiente semana.

Durante ese periplo no perdió de vista a la joven del extraño traje azul. A primera vista cualquiera habría pensando que la fiesta de disfraces a la que debió haber acudido no acabó demasiado bien. Pero había en sus modales, en su forma de moverse, algo a lo que Sarah no podía ponerle un nombre, que la inquietó.

Cuando terminó de colocar el último tomo se cercioró de que la joven se había ocultado bajo una de las mesas de los ordenadores de consulta del catálogo local. Sarah silbó una canción infantil y cogió su bolso. Hizo tiempo mirando el móvil para ver si la chica se decidía a salir de su torpe escondrijo, pero al ver que no movía ficha, apagó las luces una a una. Salió de la sala

central y cerró la puerta.

Al oír el portazo, Isabell volvió a respirar. Hasta ese momento había retenido hasta el último trocito de aire que acogió en sus pulmones para no delatar su posición. Con cuidado para no golpearse en la cabeza, salió de debajo de la mesa bajo la que se había escondido y estiró su dolorido cuerpo.

—Vaya, parece que me dejé a una invitada —dijo una voz amable desde su espalda—, lo siento mucho. ¿Estás bien?

Isabell se giró despacio, cabizbaja porque ya no le quedaban fuerzas. Solo ansiaba echarse a dormir y que los sueños borrasen de una vez por todas aquella pesadilla horrible por la que caminaba en las últimas horas. Alzó la vista y encontró una sonrisa tranquila acompañada de un rostro redondo y rechoncho que la miraba sin cuestionarle nada más que lo que había preguntado. Le recordó a Rosita, y eso terminó por desarmarla.

—Estoy muy cansada. Muchísimo —respondió con sinceridad.

La intuición de Sarah fue acertada. La chica, que tendría su edad aunque vestida así y con esos modales parecía mayor, se encontraba en apuros. No era la primera vez que tanto ella como su abuela Gin ayudaban a algún desconocido. Una mala racha podía pasarla cualquiera y a veces bastaba un poco de amabilidad y unas palabras cariñosas para demostrarle al otro que las cosas podían enderezarse. Así que una vez más, se dejó llevar por su instinto.

—¿Tienes a dónde ir?

Isabell negó y a punto estuvo de echarse a llorar. Cruzó los brazos en torno a su largo cuerpo, como para tratar de retener las emociones que la sobrepasaban, y sorbió por la nariz.

—¿Alguien te ha hecho daño?

De nuevo, Isabell negó con la cabeza. Su labio comenzó a temblar.

—Si quieres, puedes quedarte esta noche en mi casa. Tengo un par habitaciones disponibles, estoy buscando a los inquilinos ideales. Sí, lo sé, tarea imposible hoy en día, pero por suerte no tengo prisa.

—Pero, no puedo pagarte, no tengo dinero —las lágrimas ya corrían sin pudor por sus mejillas.

—Oh, no te preocupes. No quería decir que tú tuvieras que pagarme. Quería decir que tengo dos habitaciones libres. Y el cuarto de baño, aunque es más bien del siglo pasado, tiene una ducha estupenda. Tengo la cena lista, si te gustan los espaguetis con albóndigas estás de suerte.

La joven siguió hipando incapaz de hablar.

—Mañana será otro día —dijo Sarah para intentar calmarla.

—Mi nombre es Isabell Jenkins —respondió al fin alargando su mano por encima de la mesa— y te estaría eternamente agradecida si me dejases pasar esta noche en tu casa. Prometo que te lo compensaré. No sé cómo todavía, pero si me ayudas, te lo compensaré con gusto.

Sarah la miró con esa sonrisa que tenía en los ojos y agarró la mano que le tendía. Se presentó y juntas caminaron hasta el apartamento de la bibliotecaria con los últimos rayos de sol tocando sus espaldas.

Capítulo 8

Barrio de Stone Hills, San Francisco, 4 de abril de 2010.

Stone Hills era un barrio con historia. Su trazado de calles irregulares plagadas de castaños de indias en flor así lo delataba. Situado en una de las colinas más altas de San Francisco, sus vistas a la bahía cada año atraían a más turistas que viajaban hasta allí para sacar la fotografía perfecta con el Golden Gate de fondo. Años atrás había acogido en la parte baja la lonja de pescados y la consecuencia actual es que allí todavía podían tomarse los mariscos más exquisitos de toda California. La biblioteca municipal era el centro neurálgico para los vecinos de Stone Hills, allí se reunían para tratar cualquier asunto y sobre todo para compartir un pedazo de sus vidas. La vieja señora Fuller, la anterior bibliotecaria, había habilitado una sala de reuniones relajada; en la que uno podía leer pero también charlar en voz baja con su compañero de mesa sin que los demás le mirasen mal o acabasen reprendiéndole. Y Sarah no es que hubiera mantenido la tradición, sino que la había enriquecido con nuevas actividades y propuestas. Hasta se encargaba de organizar excursiones literarias por todo el estado. Su apartamento quedaba tan solo a cinco manzanas de allí, y a dos del de su abuela. Gin, que todavía seguía trabajando como maestra para adultos, no vio con buenos ojos la idea de que su nietecita querida se independizara nada más cumplir los diecinueve, pero no tuvo alternativa. Así que le buscó el apartamento más cercano a su propia casa para seguir teniéndola cerca.

Isabell no abrió la boca durante el trayecto, fue Sarah la que parloteó de asuntos irrelevantes para cualquiera que hubiera prestado atención. Pero ella sabía muy bien hacia dónde dirigía la conversación. Por las parcas respuestas que Isabell le ofreció, dedujo que la chica era de la ciudad, que debía ser de esas a las que les gustaba vestir con ropa de época, pues cuando le indicó que podía dejarle unos vaqueros y una camiseta sintió que Isabell se removía como si pensase que eso era peor que ir desnuda. O incluso peor que llevar la

ropa de un cadáver acribillado a balazos. También se cercioró de que hacía demasiado tiempo que no probaba bocado. Así que nada más traspasaron la vieja puerta de entrada al apartamento se coló en su pequeña cocina y comenzó a movilizar cacharros.

Isabell observaba atónita el apartamento: no entendía las proporciones de aquel lugar. Para empezar, la cocina de Oak Mansion era bastante más grande que todo el piso de Sarah. ¿Cómo podía ser que sus fogones ocupasen tan poco espacio? ¿Y dónde estaba el hogar? Y aquella ventana, ¿por qué daba contra la fachada de otro edificio? Descubrió en el salón, junto al mirador de triple hoja, un pequeño rincón plagado de libros. Se amontonaban en el suelo junto a una butaca similar a la que su padre tenía en el estudio. Solo que la de Sarah estaba tapizada de un color fucsia que casi hacía llorar a los ojos. Docenas de plantas, desde minúsculos cactus hasta otras de hojas gigantes que jamás había visto, poblaban el lugar dándole un aspecto selvático.

—¿Serías tan amable de darme un vaso de agua? —preguntó al cabo de varios minutos curioseando.

—Cógelo tú, por favor, no quiero que se me queme la salsa. Y si quieres luego puedes darte una ducha, tengo una toalla nueva. Con la etiqueta puesta todavía.

Sarah observó cómo Isabell bebió tres vasos de agua de golpe, se mojó las manos y las llevó a la nuca. Tocó su pelo y pareció sorprendida.

—La peluquera que te hizo eso no se esmeró mucho. Si quieres puedo arreglártelo.

—Gracias, Sarah Fresno. Eres la persona más amable con la que me he topado en mucho tiempo. Me gustaría mucho darme ese baño, no tardaré.

Isabell se escabulló al interior del minúsculo aseo y cuando observó su imagen en el espejo apenas se reconoció. Su pelo corto y alborotado, esos ojos cargados de temor y cansancio, y la piel seca pegada a los huesos. Meneó la cabeza, puso en marcha el grifo de aquella extraña bañera que casi no sobrepasaba en altura a sus propios tobillos y se desnudó.

Al cabo de varios minutos dejando que el chorro de agua caliente recorriera su cuerpo huesudo, Sarah entró en el baño sin inmutarse por la desnudez de la joven.

—Aquí te dejo la toalla. Y también algo de ropa limpia, por si quisieras cambiarte. La cena está en la mesa.

De vuelta al salón Sarah estaba más tranquila, había confirmado que la chica no tenía golpes, ni heridas. Parecía ilesa, aunque mentalmente era una

tormenta. Puso los platos en la mesa baja, encendió la televisión, un viejo aparato rescatado de una tienda de segunda mano hacía unos meses, y esperó mientras veía el telediario de la noche.

Isabell salió del baño vestida con la ropa limpia: un vestido vaporoso de poliéster estampado en flores naranjas y unas zapatillas de tenis blancas que le iban un poco justas. Tomó asiento junto a Sarah y se quedó absorta mirando la televisión. Los anuncios publicitarios se sucedían uno tras otro bombardeando la mente virgen de Isabell, que los miraba alucinada a ratos, escandalizada a otros. Sarah tomó su plato de espaguetis e invitó con un gesto a que Isabell hiciese lo mismo. Cenaron en silencio.

Cuando estaban terminando, Obama ocupó la pantalla. Estaba inaugurando un pabellón de deportes en un barrio afectado por la pobreza y daba un discurso sobre la importancia de la educación. Isabell leyó bajo su rostro: *B. Obama, Presidente de los Estados Unidos de América.*

—Oh, Dios mío —acertó a decir antes de que el plato se estrellara contra el suelo.

—¿Estás bien?—dijo Sarah mientras la observaba a ella y después a Obama. Y luego otra vez mirando alucinada a la joven—, pero, ¿dónde has estado todo este tiempo? —dijo entre risas aunque lo preguntaba totalmente en serio.

Isabell no podía cerrar la boca del asombro. ¡Un hombre negro era el presidente del país! Las personas hablaban con sus conocidos a distancia por aparatitos especiales, todo el mundo podía estudiar (¡incluso a distancia!), podían comprar comida a cualquier hora del día y tenían casas pequeñas pero confortables. Existían paños especiales para esos días del mes que se podían comprar en las tiendas y que no había que reutilizar después. Existían remedios para los resfriados. Los hospitales eran para todas las personas. Las mujeres podían vivir solas.

—¿Sabes quién es este hombre? —preguntó Sarah devolviéndola al presente.

—El presidente, ¿verdad? —respondió en un hilo de voz Isabell.

—Aha. Hace poco más de un año que fue elegido. Es abogado, daba clases en la Universidad de...

—¿Un negro profesor?

Sarah no supo si reír o incomodarse. Pero el pasmo ganó terreno.

—¿De dónde has salido tú, Isabell Jenkins?

—He... yo... en realidad yo he estado lejos durante una temporada. Eh...

Mi madre enfermó y tuvimos que vivir en las montañas por su afección. Y allí perdimos el contacto con... —dijo señalando al televisor.

—Ya veo. ¿Quieres que te ponga al día sobre algún tema más?

Isabell meneó la cabeza con suavidad y dijo:

—Cuéntamelo todo. Todo, por favor.

Pasaron la noche hablando la una y escuchando con atención la otra. Tomaron nachos con salsa, vino del valle de Napa y galletas Oreo hasta terminar tan repletas que les dolía la tripa la respirar. Escucharon la música más popular de los últimos años, vieron vídeos de gatitos en Youtube, e Isabell aprendió cómo funcionaba Facebook.

—Hace un rato me decías que tu madre está enferma, ¿está mejor? —preguntó Sarah con cautela. Ese dato había sido lo único veraz que vislumbró de entre las mentiras que Isabell iba dejando caer como excusas, como golpes que trataban de despejar balones. ¿Sería posible que alguien hoy en día perdiese el contacto con el presente tantísimo como para sorprenderse hasta por una canción que había recorrido el mundo entero? O como para no reconocer al primer presidente negro de los Estados Unidos... Sarah contenía sus ganas de soltar preguntas cual metralleta porque sabía que si lo hacía, lo más probable es que Isabell saliera huyendo por la puerta en menos de dos segundos. Así que entre galleta y galleta, entre sorbo y sorbo, había pensado que la mejor estrategia era tratar de sonsacarle la única información que parecía haber contenido una pizca de verdad.

Como respuesta, Isabell retorció la tela del vestido con sus dedos. Alzó la vista un instante, pero la bajó de inmediato.

—Si no es un tema del que quieras hablar podemos dejarlo estar —se apresuró a decir Sarah para tranquilizarla.

—Sigue enferma —respondió Isabell mirándola a los ojos—. Lleva enferma desde que mi hermano y yo éramos niños.

Así que hay un hermano, pensó Sarah. Bien, estamos avanzando.

—Durante nuestra niñez apenas la veíamos un día a la semana, los miércoles. Y solo unos minutos en los que nos permitían ir a verla a su dormitorio. Una vez le pregunté a Rosita, nuestra niñera, por qué ese día y no otro. Me dijo que tanto Lucas como yo habíamos nacido un miércoles y que quizá para nuestra madre fuese un día especial. Desde entonces fue mi día favorito de la semana —dijo con tristeza—. Después crecimos y empezamos a hacernos preguntas. ¿Por qué nunca salía de su habitación? ¿Qué guardaba en las cajas junto a su cama? A veces notábamos que había estado escribiendo, le

veíamos los dedos manchados de tinta, pero jamás supimos que tuviese correspondencia con nadie. Lucas cree que escribía poesías. Está convencido que su afición, o más bien obsesión por la escritura, puede venirle de nuestra madre. Aunque nunca lo sabremos... A veces preguntábamos al personal de la casa por el pasado de nuestra madre, pero todo eran cuentos...

—Y cuando empeoró ¿os fuisteis a la montaña?

—Sí, así es —respondió Isabell sin mucho convencimiento. Permaneció callada unos segundos, como si por su mente pasaran docenas de recuerdos y sentimientos. Su rostro se ensombreció aún más.

—¿Tu hermano es escritor? —preguntó fascinada Sarah tratando de cambiar el tema.

Isabell entonces se irguió en el asiento, carraspeó y frunció el ceño.

—Se está haciendo tarde, ¿no te parece? —dijo con la voz algo apagada.

Sarah asintió con una sonrisa en los labios. Entendió que Isabell había cerrado la tapa de las confidencias. Antes de mostrarle la habitación en la que la joven dormiría esa noche, se levantó de un salto del sofá y buscó algo dentro de los bolsillos de su pantalón. Extrajo varias monedas. Las observó con detenimiento, separó una de ellas y el resto las echó dentro de un bote de cristal que había sobre la barra de la cocina.

—Aquí tienes algo de dinero por si lo necesitas, ¿vale? —le dijo mostrándole el tarro a Isabell—, pero este penique es especial. Este es para ti, no lo gastes. Mira.

Tomó asiento junto a ella y extendió su mano. Era un penique nuevo, dorado y tan brillante que lanzaba destellos sin parar, había sido acuñado en 2010, hacía quizás unas pocas semanas.

—Tengo la sensación de que este va a ser tu año. Guárdalo y te dará suerte, Isabell.

Lo depositó en la mano de la joven y la cerró en torno al penique.

—Y ahora, vamos, Jenkins, acompáñame a tu dormitorio —dijo Sarah ayudando a levantarse a su nueva amiga—, mañana más y mejor, te lo prometo.

Isabell se arrastró por el pasillo con la ayuda de Sarah y cayó en picado sobre la cama que le mostró. Antes de que su espalda se recostara sobre el colchón ya estaba soñando.

Capítulo 9

Barrio de Stone Hills, San Francisco, 5 de abril de 2010.

Mientras Isabell soñaba que unos lobos hambrientos, con los colmillos teñidos de escarlata, la perseguían hasta un desfiladero bajo el que las olas de un mar embravecido rompían ferozmente contra las rocas, Sarah terminaba de ordenar el apartamento. Se acostó con la mente repleta de preguntas sin resolver: esa Jenkins era un palo duro de roer, apenas le había contado nada personal y cuando lo hizo su labio inferior temblaba a tal ritmo que no había que ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que inventaba sobre la marcha todo cuando narraba. Tan solo aquella historia de la madre enferma. La madre que la había arrastrado a una casa perdida en el bosque en la que habían permanecido no sé sabe cuánto tiempo... Y había también un hermano escritor. Tardó en conciliar el sueño pero tuvo tiempo de pensar en la novela de Wells que había leído hace años al morir su madre. Aquella de viajes en el tiempo. Y también pensó en Alicia. Quizá Isabell fuera su Alicia perdida.

Apenas dos horas después de haberse acostado, Isabell despertó agitada recordando con detalle todo cuanto había aprendido esa noche. Sentada con la espalda apoyada en el cabecero convino para sí misma que aquel mundo la maravillaba y la aterraba por igual. Pero la fascinación era tan intensa, tan emocionante y tan necesaria, que por unos instantes decidió quedarse allí para siempre. Sarah la acogería un tiempo hasta que encontrara la manera de ganar dinero y pagar su manutención. Pero...

Tras fantasear con la idea de una nueva vida en ese futuro apasionante, apareció en su mente el rostro de su hermano Lucas. Y el de su Rosita querida. Y hasta el de su padre, no podía negarlo. Y, para su sorpresa también el su madre, que aunque era en su vida una figura sin alma, sabía que no podía abandonarla. Siempre albergó la esperanza de que las cosas con ella podrían mejorar.

¿Pero cómo podría regresar a 1906? Se puso en pie y deambuló por la

habitación alrededor de la cama. Sus pasos cada vez eran más rápidos, y al cabo de unos minutos sintió que la cabeza le daba vueltas. Tomó asiento en el alfeizar del ventanal y observó la calle. Las aceras habían vuelto a humedecerse, quizá hubiese llovido durante la cena. Reflejaban la luz de las farolas, los árboles con sus ramas bailarinas, las fachadas de los edificios. Era como ver dos mundos a la vez, el real y su imagen reflejada. Pero, ¿quién decidía cuál era cuál?

Volver a su vida. La idea le martilleaba el cráneo.

Tal vez la lógica dentro de aquel sinsentido sería regresar por el lugar que había llevado hasta 2010. Debía volver a la playa de Narrow y debía hacerlo cuanto antes. Si esperaba al alba, se abarrotaría de turistas y bañistas. Además los agentes no la dejarían pasar porque vigilarían en lugar sin perder detalle. Pero quizá ahora, durante la noche, tuviera una oportunidad. Debía intentar regresar a su mundo.

Con sigilo salió del dormitorio, a oscuras recogió su ropa del aseo y se mudó, porque no podía aparecer en su casa portando aquel vestido extraño. Dejó dobladas las prendas que Sarah le había entregado sobre el sofá y caminó hasta los libros del salón. Su padre tenía en la biblioteca grandes volúmenes con planos de las ciudades, quizá Sarah también tuviera algo parecido. Tras varios intentos infructuosos localizó un folleto turístico doblado. Lo extendió con cuidado de no hacer ruido y tras unos minutos repasando el mapa con los dedos, localizó la playa de Narrow. Unos centímetros más allá de ella leyó: *Mercury Valley*, lo rozó con la punta de los dedos.

Pero, ¿cómo podía llegar hasta Narrow? Había algunas rayas discontinuas que recorrían el plano de lado a lado. Buscó en la leyenda y comprobó que se trataba de líneas de tranvía. Localizó una parada cercana a la biblioteca municipal y su corazón comenzó a galopar: trazó en su mente el plan perfecto.

Estaba a punto de marcharse, ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta, cuando un sentimiento de añoranza la detuvo. La emoción la embargó hasta humedecer sus ojos. Cayó en la cuenta de que jamás volvería a aquel apartamento. Las luces de las farolas se colaban por las ventanas e iluminaban de naranja el contorno de los muebles. Jamás volvería a ver la televisión, ni a buscar imágenes en Facebook, ¿o era en Youtube? Jamás volvería a ver a Sarah y eso le rompía el corazón. Porque aunque había pasado con ella tan solo unas horas, la intensidad de todo lo que había sentido, la amabilidad de aquella extraña, todo cuanto le había enseñado, era tan inmenso lo que se

arremolinaba en su pecho que supo que aquella chica siempre ocuparía un lugar especial en su alma. Buscó un papel limpio, algo con que escribir y dejó una nota sobre la barra de la cocina. Observó el tarro con monedas y recordó el penique especial que Sarah le había regalado, no podía dejarlo allí. Así que lo rescató del bolsillo del vestido de flores naranjas y después cogió unas pocas monedas del tarro de cristal. Dentro de la tapa, pegado con cinta transparente, Sarah había dejado un mensaje: *cambia estas monedas por algo que te haga sentir orgullosa de ti misma.*

La niebla de la bahía se extendía por las calles de Stone Hills como una salsa espesa sobre el asado. Era tan tupida que costaba ver algo más allá de unos metros. Aún con eso, Isabell logró llegar hasta la biblioteca y desde allí le costó muy poco encontrar la parada del tranvía, tan solo tuvo que seguir las vías plateadas del suelo durante unos minutos. Pasó un cuarto de hora sentada en la marquesina, en el que pensó entraría en ataque de pánico, hasta que el engendro metálico llegó sin casi hacer ruido. Subió el par de peldaños arrastrando su vestido por aquella caja de la época victoriana, pagó lo que el conductor le pidió y tomó asiento en las últimas filas. La ciudad dormida, pero repleta de luces titilantes, se mostró frente a sus ojos. La extensión era incalculable, la altura de algunos edificios la dejó anonadada y el bullicio de ciertos barrios la asombró. Los aromas de la ciudad eran tan distintos a los que recordaba: antes olía a pescado fresco y podrido, a aceite quemado, al sudor de los trabajadores. Era tal su incredulidad que cuando el conductor avisó de la parada de Narrow por poco olvidó apearse.

Saltó a la playa desde el parking, vacío a esas horas intempestivas, y caminó sin apartar la vista del acantilado. Estaba a unos cuatrocientos metros cuando reparó en los dos agentes que charlaban caminando cerca de la entrada a la cueva. Se agazapó tras un cubo de basura y esperó a que caminaran en dirección opuesta. Cuando los hombres marcharon dejándola atrás, ella corrió agachada entre las tumbonas ordenadas hasta situarse lo más cerca que pudo del acceso. Los hombres regresaron: reían con fuerza y chismorreaban a ratos. Isabell esperó impaciente a que cambiaran la dirección una vez más, y cuando estuvieron lo suficientemente lejos corrió tan rápido como le permitieron sus ajados zapatos y se adentró en la oscuridad de las cuevas.

Avanzó a trompicones durante varios minutos, con los brazos extendidos para evitar los golpes cuando las rocas del techo eran más bajas, o cuando la dirección del camino cambiaba sin previo aviso. Se arrastró en la oscuridad

hasta llegar a un recodo en el que apoyó la espalda. Cerró los ojos y procuró ser dueña de sí. ¿Funcionaría aquello? ¿Tendría que hacer algo especial para regresar a su mundo? Pasaron los minutos y todo permaneció igual. Por más que deseaba, imploraba y rogaba regresar a 1906, nada ocurría. Resbaló su espalda por las rocas húmedas y acabó sentándose en el suelo abrazando sus piernas flexionadas. Apoyó la cabeza entre las rodillas y el sueño la venció.

Cuando despertó, ¿cuánto tiempo había transcurrido?, su pelo flotaba alrededor de su rostro, tenía los brazos levantados por encima de la cabeza y el silencio lo impregnaba todo. Aunque trataba de encontrar un punto de luz, la oscuridad era plena. Al cabo de un tiempo indefinido, de nuevo esa sensación de vacío interior, el dolor chirriante dentro de su pecho, la cabeza dándole vueltas, la sensación de vértigo la invadió y al fin, el golpe contra el suelo que terminó con aquel fenómeno. Aún sin poder respirar se enderezó y comenzó a dar pasos vacilantes que uno tras otro se cargaron de energía hasta que llegó a la boca de la cueva.

Ya no estaban los agentes, ni las hamacas y en el lugar del parking vacío, encontró los pinos y los arces que conformaban el bosque cercano a su casa. La brisa de la mañana los mecía con parsimonia. El sol comenzaba a salir y la niebla se replegaba al interior del océano. Gritó de alegría y corrió, y corrió rumbo a Oak Mansion.

Capítulo 10

Mercury Valley, San Francisco, 5 de abril de 1906.
Trece días antes del gran terremoto.

Isabell Jenkins era la tercera mujer en la historia que cruzaba el umbral del tiempo. Las dos anteriores lo habían hecho también en los alrededores de la falla de San Andrés, un lugar cargado de energía en donde la tierra asentaba sus partes para ponerse más cómoda. Pero había en torno a ese lugar algo más que aún nadie había sido capaz de describir con objetividad. Faltaría mucho tiempo, varios siglos de hecho, para que alguien lo hiciera con acierto.

Trece días antes del gran terremoto que asoló la ciudad de San Francisco en 1906, la joven Isabell corría campo a través rumbo a su casa. Lo hacía con los brazos abiertos, como tratando de impregnarse con aquel aire puro y templado que la rozaba en cada zancada.

Aliviada, así se sentía después de aquella aventura irreal. Después de todo, quizá no hubiera sido más que un sueño. Sea como fuere el sentimiento de liberación que le provocó volver a pisar los terrenos de Oak Mansion, despejaron de su ser toda la angustia que había ido acumulando en las horas anteriores. Solo pensaba en abrazar a Lucas, en besarle las mejillas y las orejas, en refugiarse en la pequeña Rosita, no había nadie en el mundo que la abrazara mejor. Y de veras que echó de menos a su padre, a pesar de su rudeza y cabezonería, pues aún conservaba vívidos los primeros recuerdos de la niñez. Se prometió que cada día dedicaría unos minutos para conocer mejor a su madre, una mujer misteriosa que sin duda guardaba para sí misma mucho más de lo que todos podían ver con un simple vistazo. Y con la alegría del regreso y la motivación por las nubes transmitiéndose a través de sus venas hasta cada recodo de su organismo, llegó a convencerse de que su destino no era tan malo. Al fin y al cabo tenía una familia, gozaban de una inmejorable posición social, daban trabajo digno a cientos de personas. ¿Y qué si ella debía casarse? Tener niños no sería tan malo. Ella los educaría en igualdad. Y su hermano seguro que... en este punto las cosas chirriaban un poco, pero

estaba segura de que con el tiempo y con la ayuda necesaria sería un jefe justo y capaz. Ella le tendería todo su apoyo en caso de necesitarlo, así que sí: mientras cruzaba las verjas de entrada al jardín de Oak Mansion se convenció de que su vida allí no era tan terrible como había pensado el día anterior.

Varios empleados la vieron llegar y dieron el aviso por toda la finca: la búsqueda debía cesar. La joven había aparecido sana y salva y la historia de su fuga pasaría a formar parte de una más de sus chiquillerías.

—¡Hola! —gritó Isabell nada más cruzar las altas puertas de acceso a la casa.

Las dos cocineras pasaron delante de ella sin apenas dirigirle la mirada. Caminaban rápido y algo agachadas, como ocultándose.

—¡Mija, has regresado! —exclamó Rosita mientras bajaba atropelladamente las escaleras con los brazos extendidos para abrazarla.

—Rosita, gracias, gracias a Dios que estáis todos bien.

La mujer la miraba de hito en hito, tocó su pelo corto y le adecentó el vestido, aunque poco se podía hacer ya por él.

—Pero, mi amor, ¿dónde estuviste?

Isabell no llegó a contestar porque sintieron un fuerte portazo proveniente del interior de la casa, seguido de unos pasos nerviosos que se acercaban a ellas. Su padre, demacrado y sin afeitarse, apareció frente a Isabell. La observó unos segundos con un gesto indescifrable y sin previo aviso le golpeó la mejilla con la mano vuelta. Tan fuerte que Isabell perdió el equilibrio y cayó sobre los peldaños de la escalera. Se llevó ambas manos al rostro enrojecido y alzó la vista.

—Sube a tu dormitorio y no salgas de allí hasta que yo te lo ordene —dijo el padre dándole la espalda.

Mientras Isabell subía las escaleras con las mejillas arrasadas por las lágrimas, en ese preciso instante, pero ciento cuatro años después, en un apartamento de Stone Hills, Sarah Fresno encontraba una nota manuscrita en su cocina.

Decía así:

Estimada Sarah, prometo compensarte por las horas que me has cedido de tu tiempo. Sé que es pronto para afirmar algo así, pero siento que jamás tendré una amiga tan valiosa y bondadosa con tú.

Por favor, discúlpame por irme así, pero tengo un asunto que resolver. Y te prometo, te doy mi palabra más leal, de que te lo compensaré.

*Gracias de todo corazón,
tu amiga, Bell Jenkins.*

Rosita siguió a Isabell, pero no con la suficiente rapidez. Cuando alcanzó su dormitorio encontró la puerta cerrada por dentro. Rogó con paciencia y dulzura a Isabell que le permitiese entrar, pero ésta, por respuesta, calló. No fue impedimento para que Rosita le hablara:

—Cariño si hubieras visto la que se montó cuando vimos que no estabas, jamás había visto a tu papá así de nervioso. Llamó a la policía, a los bomberos, movilizó a todos a los hombres de Mercury Valley. Montó grupos que pasaron toda la noche en tu busca. Caminaron por el bosque, recorrieron los cultivos, lanzaron botellas con aceite encendido a los pozos, les dieron a los perros prendas tuyas, las mujeres rezamos... *Mija*, te lo digo de corazón, no sabes lo que nos has hecho pasar... Nos pusimos en lo peor —dijo entre sollozos.

Al fin, Isabell abrió la puerta y la dejó pasar. Se fundieron un abrazo y juntas lloraron de alivio y de pena.

—Pero, dime, *mijita*, ¿dónde pasaste esas horas? ¿Dónde te escondiste?

Isabell sopesó decirle la verdad. En menos de un segundo visualizó el resultado: Rosita la tomaría por loca, o peor: pensaría que le mentía y se enfadaría con ella. Así que pensó en demostrárselo. Podría llevarla durante la noche hasta las cuevas y dejar que aquel fenómeno ocurriera de nuevo, huir juntas de ese mundo de hombres. Pero... ¿cómo iba a llevar a Rosita a aquel otro tiempo ahora que esperaba un bebé? El pequeño había tardado en llegar, pero había ocurrido. Ella tenía su propia vida allí, próspera y feliz e Isabell no era nadie para desarraigarla. Así que optó por lo más sencillo: mentir.

—Me escondí en las cuadras, Rosita —dijo mientras le acariciaba las mejillas—. He pasado allí todo este tiempo. Hay un espacio entre el tejado y el desván que nadie conoce y allí me oculté.

La mujer la observó como tratando de dilucidar si sería verdad o no. Pensó en que su labio inferior casi no había temblado al narrar aquello, así que lo dio por bueno. Acto seguido la ayudó a desnudarse, le preparó la bañera y antes de separarse le arregló el pelo igualándole el largo.

—Isabellita, mi niña, sé que la vida a veces puede ser más fea de lo que soñamos cuando somos niñas, pero —le decía mientras cepillaba su cabello— las cosas suelen terminar bastante mejor de lo que parece en los bajos momentos. Acuérdate de lo que dice mi San Ignacio: en tiempos de

desolación, no hacer mudanzas. ¿Entiendes lo que significa, *mija*?

Isabell asintió, le dio un abrazo a Rosita y entró en la bañera repleta de burbujas con aroma de lavanda.

Dormitó unos minutos dentro del agua tibia y al espabilarse reflexionó durante largo rato. Tanto tiempo que el agua se enfrió y ella comenzó a tiritar.

¿1906 era de verdad su mundo? ¿No sentía un grandioso impulso, irrefrenable, que le aseguraba que en 2010 tendría más oportunidades? Lejos de un padre frío de mente minúscula. Golpeó con sus puños furiosos el agua llevándola fuera de la bañera. Lejos de un mundo en el que las mujeres solo eran marionetas. Pateó con los pies el fondo de cerámica derramando más líquido sobre el suelo.

Ella tenía tantas ideas de negocios que se agolpaban en su mente como un ejército a la espera de la orden, gozaba de un ímpetu que le haría conseguir todo cuanto se propusiera y era, desde luego, una trabajadora incansable. ¿Sería posible regresar al futuro y no volver jamás a pisar este mundo triste y gris?

El corazón se le desbocó ante la certeza de cuál debía ser su destino.

Capítulo 11

Mercury Valley, San Francisco, 5 de abril de 1906.
Trece días antes del gran terremoto.

Los empleados de Oak Mansion a pesar del altercado mantuvieron su rutina habitual: sirvieron la comida, un té a media tarde y la cena al anochecer. Nadie subió a decirle a Isabell que se uniese al resto de su familia. La joven se valía solo de sus oídos para intuir la actividad de la casa. Sintió el tintineo de los platos y los cubiertos, el timbre del horno al terminar de hornear las pastas de té que tanto gustaban a su padre, y la campana que indicaba a la familia que la cena estaba lista para ser servida. El desasosiego plantado en el estómago de Isabell desde que sufrió el episodio con su padre en la escalera le barrió todo atisbo de apetito. Solo tenía cabeza para dar vueltas a la idea de marcharse de una vez por todas.

Se relajó solo cuando sintió que Yun-yu cerraba las puertas de la casa bien entrada la noche, pues sabía que todos dormían y ya nadie la molestaría. Corrió las cortinas del ventanal central y abrió las puertas del balcón. Se aferró a la barandilla y observó que una tormenta eléctrica se aproximaba desde el sur, iluminaba el cielo varios segundos y entonces podía ver el suelo a kilómetros de allí. Se preguntó si también en ese instante, pero tal vez en otro universo, una tormenta sacudiría la bahía en 2010. Se preguntó si Sarah habría visto ese relámpago. Dio media vuelta y revisó los objetos de su alrededor: su dormitorio estaba plagado de cacharros inútiles y carísimos que no había pedido ni necesitado jamás. ¿Para qué le servían todos aquellos vestidos? ¿Y los broches y pulseras de oro? De pronto, alguien llamó a la puerta. Lo hizo dando dos toques breves muy seguidos y dos más espaciados y fuertes. Era Lucas. Habían inventado siendo niños una especie de lenguaje de símbolos, sonidos y gestos que solo ellos podían descifrar. Esa forma de llamar significaba: *ábreme la puerta o tendremos pelea*. Así que le dejó pasar.

Isabell aún no había asegurado el cierre interno de la puerta cuando Lucas

comenzó a soltar preguntas por la boca como si fuera una ametralladora.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? ¿Sabes en el lío que me has metido? ¿Puedes imaginarte las horribles explicaciones que recorrieron mi mente cuando te buscaba dentro de los pozos? ¿Sabes lo que he tenido que soportar por tu culpa?

—Oh, Lucas, por favor, no me agobies. He pasado un día horrible. Y tengo hambre, así que trátame con cuidado —dijo posando las manos en su cintura.

—Ya lo había pensado.

El joven abrió su batín de seda borgoña y extrajo de dentro varios bocadillos envueltos en servilletas y un par de naranjas. Isabell los tomó y sin retirar el papel comenzó a engullirlos mientras dejaba que el hermano se quejase por la desaparición de ella.

—...y padre se puso como loco. Y empezó a decir que no pasarías por encima de él. Que eso era del todo inadmisibile. Que su objetivo único contigo era el de proporcionarte un marido que te domara. Lo dijo con esas palabras: que te domara, como si fueras una fiera de la selva. Pero después la tomó conmigo y ahí empezó lo peor. Decidió que mañana me llevará al muelle. Quiere que me embarque en uno de los balleneros porque dice que así me curtiré. Oh, dios, Bell, me moriré si subo a ese matadero.

Lucas no había tomado asiento desde que entró en la habitación. Caminaba de un extremo al otro del dormitorio con todo el largo cuerpo temblando. La angustia se había aferrado a su garganta y ahí permanecía por mucho que tratara de expulsarla.

—No puedo, de verdad que no —continuó—. Y no sé qué hacer para convencerle de que no me obligue. Le propuse todo tipo de alternativas, hasta me ofrecí para labrar los campos de trigo, es un trabajo que se me da bien desde niño. Pero padre se empeñó en que la única vía posible para *corregirme* —dijo usando un tono impostado— es que me endurezca en el ambiente marino. Era eso o enrolarme en el ejército.

El joven entonces no pudo más, tomó asiento en el escabel frente a la cama y observó a Isabell casi acostada devorando la última naranja.

—¿Y dijo algo más sobre mi compromiso?

—¿Pero es que no has escuchado lo que quiere hacer conmigo, Bell? —protestó.

—Claro que sí, pero tú puedes escaparte en cualquier muelle en el que atraquéis y empezar una vida nueva. Explícame cómo podría escabullirme yo de un matrimonio que no deseo y ser quien quiero ser de verdad. Acabaré

como mamá, Luc —dijo con los ojos arrasados por las lágrimas.

Tras cientos, tal vez miles de preguntas a los sirvientes de la casa, los hermanos habían acabado conociendo algunos detalles de la vida de sus padres anterior a su matrimonio. La madre de los chicos había sido una joven despierta y curiosa, con alma de artista, que a los diecisiete años obligaron a casarse con el heredero del imperio Jenkins. Ella poseía una gran fortuna familiar amasada en la época de la fiebre del oro y su familia decidió que la mejor manera de conservar el patrimonio era uniéndolo al de otro clan poderoso. Así, tras una charla en la que ninguno de los dos jóvenes intercambió ni una palabra, asunto del que se encargaron los padres, los dos chicos se habían prometido. Un mes después celebraban la boda en los jardines de Mercury Valley. Un año después, un precioso miércoles por la tarde, nacía Isabell. Después, otro miércoles pero este lluvioso, lo hacía el pequeño Lucas. Y la madre, viendo cumplida su misión de traer un varón a este mundo, se dejó prácticamente morir. Pasaba los días encerrada en su dormitorio, sumida en un sopor del que no pudieron rescatarla jamás. Se aburría de todo y con todos. Y decía que donde mejor estaba era encerrada en su mente, escribiendo en sus diarios la vida que le habría gustado llevar.

—Podrías escapar, Isabell. Anoche pensé que lo hiciste —dijo desolado—. Creí que me habías abandonado.

—No, Luc, volví por ti. En parte por ti. Pero aquí no tengo nada —pensó que *allí* tampoco, salvo... un mundo entero por descubrir—. ¿Cuándo es la cita con Philipp?

—De eso quería hablarte—dijo. Hizo una pausa y tragó saliva—. Se enteró no sé cómo de que habías desaparecido y llamó diciendo que quería cerrar el compromiso cuanto antes. Durante horas, trató de convencer a padre para adelantar la fecha. Y padre acabó cediendo, pues dice que vuestra unión traerá consecuencias muy valiosas para la corporación. Han acordado que el compromiso se hará público en una fiesta dentro de tres días. Y en veinte días tendrá lugar la boda.

Isabell recibió esa sentencia como si un boxeador de cien kilos le hubiera dado un puñetazo en mitad del estómago. Una náusea interminable se instaló en su boca, pero la furia por esas decisiones que afectaban a su vida, dio paso a la acción.

—Lucas, tenemos que marcharnos ya. Esta noche. Tenemos que irnos de aquí.

Él la observó atónito y excitado. Quizá pudieran empezar una nueva vida

juntos.

—Conozco un lugar —siguió diciendo ella—, no es un lugar, es un tiempo —se detuvo, pues no sabía cómo explicarle a su hermano el destino que había pensado para ambos—. Es el mismo lugar pero en otro tiempo, Luc —dijo arrodillándose junto a él. Sonreía con emoción.

—No te entiendo, Bell. ¿De qué estás hablando?

—Lucas, escúchame por favor, escúchame sin interrumpirme y abre tu mente —dijo extendiendo sus manos por encima de la cabeza—. Ayer no me oculté en el establo. Corrí hasta la playa de Narrow y me refugié dentro de las cuevas. Y sucedió algo —al recordarlo su vello se erizó—, algo que no puedo explicar con palabras porque las desconozco. Cuando salí de allí el tiempo había pasado rápido y estaba en el año 2010.

Isabell tenía las pupilas negras muy abiertas, observaba sin pestañear la reacción de su hermano, las manos estaban frías y sudorosas y sentía la sangre fluir por cada rincón de su cuerpo.

Él cerró los párpados varias veces y se levantó dejándola a ella en el suelo.

—Isabell, no tiene gracia. No sé porqué haces esto. Ahora no es momento de bromear.

—Oh, Luc, por Dios, ¡escúchame! Hay aparatos llamados televisores en los que puedes ver la vida de las personas. Es como el teatro pero dentro de una caja pequeña —dijo dibujando con las manos el volumen de una pantalla—. También tienen otros inventos que sirven para hablar y verse con la gente que está lejos. Uno puede estar en París y hablar contigo instantáneamente. Y las cocinas son tan pequeñas, Lucas. Y la comida tan sabrosa... Y la gente es libre. Pueden hacer y decir lo que deseen. Allí podrías ser escritor, Lucas. Te prometo que es verdad —las lágrimas campaban por su rostro sin que ella se percatara.

Lucas negaba cabeceando mientras caminaba nervioso por el dormitorio. En su mente luchaba en una terrible batalla: ¿de verdad se habría vuelto loca su hermana?

Mientras se observaban en silencio Isabell recordó el penique que Sarah le había regalado. Le había dicho *guárdalo, te traerá suerte*. Así que corrió a por su falda vieja que yacía dentro de una papelera, desgarró el bolsillo interior en donde había ocultado la moneda y se la tendió a su hermano, que temblaba agarrado a la barandilla del balcón al verla a ella tan embargada de emoción.

—Mira, mira esto, por favor. Me lo dio una amiga de *allí*. Ella te gustaría

mucho, lo pensé nada más conocerla. Mira la fecha en que se acuñó. Dila en voz alta.

Lucas tomó el penique con sus dedos, éste brilló a la luz de los relámpagos y leyó en voz baja y pausada:

—Dos mil diez.

El joven palideció al instante mientras Isabell bailaba por el dormitorio al son de los truenos.

Capítulo 12

Mercury Valley, San Francisco, 6 de abril de 1906.

Doce días antes del gran terremoto.

Las olas rompían sobre la arena en un estallido suave y continuo y los relámpagos se duplicaban sobre la superficie del agua iluminando la playa por varios instantes. Las dos siluetas, esbeltas, veloces y cargando varios bultos, avanzaban dejando atrás la gran casa y cada paso los aproximaba a los acantilados. Hacía tan solo tres horas que habían urdido su plan. Nada más Lucas tomó por veraces las palabras de su hermana, sus latidos comenzaron a enviar pulsos de excitación a sus extremidades y la acción fue tomando forma casi por sí sola.

—No podemos presentarnos allí sin más —había dicho Isabell.

—¿A qué te refieres?

—Debemos tener algo con lo que poder establecernos. Dinero, Luc.

—Pero, ¿y si nuestro dinero no sirve?

—Entonces llevaremos joyas, las empeñaremos. Las venderemos, lo mismo da.

—Mi pluma es muy valiosa —dijo Lucas refiriéndose a una estilográfica de oro que había recibido por su dieciocho cumpleaños.

—No, Luc, no puedes deshacerte de ella. ¿Cuántos relatos has escrito con ese instrumento? —Isabell negó con la cabeza—. Yo tengo montones de pulseras, broches y anillos que no necesito. Son regalos de los clientes de padre y no les tengo ningún cariño. Con eso bastará.

Solo había un objeto que de verdad apreciaba: un pequeño camafeo en el que guardaba una fotografía de sus padres y otra de ella con su hermano recién nacido. Nunca se lo ponía porque temía perderlo, pero se dijo que debía llevarlo consigo. Sería su ancla al pasado.

—Bell, yo... ¿crees que podría llevarme mis cuadernos?

—Llévate todo lo que quepa en un bolso de viaje.

Los hermanos acordaron entonces verse una hora después en la cocina de la casa grande. Cada uno dispuso de sesenta minutos para hacer repaso de los objetos que querían portar con ellos en su viaje. Lucas invirtió todo el espacio de su bolsa en cuadernos y pliegos de papel en los que había escrito sus

relatos más recientes, poemas surgidos en su niñez y hasta el inicio de dos novelas que tenía pensado terminar algún día. Guardó también la pluma, un reloj de oro grabado con su nombre y varios juegos de valiosos gemelos.

Isabell por su parte apenas rellenó la mitad del espacio disponible: tomó una pequeña bolsa de algodón en la que apretó aquellas joyas que casi no distinguía, dobló varias camisas interiores que se parecían mucho a lo que las mujeres vestían en 2010 y unas cuantas mudas. Buscó en lo más profundo de su joyero aquel camafeo que era su tesoro, lo estudió cuidadosamente y lo ocultó dentro de su ropa interior. Después tomó asiento sobre el escabel y observó su dormitorio. Pensó en lo valioso que dejaba allí. Rosita, su madre, el bueno de Yun-yu. Y decidió que lo más justo sería dedicarles unas palabras de despedida antes de partir. Tomó una hoja de papel de su escritorio y con la tinta de su pluma dejó transcrito un breve y críptico mensaje en el que se despedía de todos ellos. Dedicó unas pocas palabras a su padre.

Cuando faltaban diez minutos para la hora convenida, le vino a la mente que no podían presentarse en el San Francisco de 2010 *así*. Ahora que sabía cómo vestían las personas en el futuro no podían aparecer con el corsé y los zapatos forrados de seda, ni con el chaleco ni el sombrero que portaba siempre Lucas. Así que salió en busca de su hermano. Golpeó la puerta de la habitación muy suave y entró.

—Pero, ¿qué haces? ¿No habíamos quedado en la cocina? Me has asustado, Bell.

—No podemos ir así vestidos. ¿Tú sabes dónde guarda Yun-yu su ropa del garaje?

—¿Yun-yu?

—Sí, esos pantalones azules de tejido tan fuerte.

—¿Los que usaban los mineros?

—¡Exacto! En 2010 todo el mundo los lleva.

Lucas le dijo que con toda seguridad habría varios de esos pantalones en el cuarto de plancha. Sin mediar palabra la joven salió corriendo del dormitorio de su hermano y bajó varios tramos de escalera en silencio y a oscuras. Llegó a la planta baja y se escurrió por el pasillo de servicio hasta esa habitación que las empleadas usaban para lavar, almidonar y planchar las prendas. Con los ojos achinados para ver mejor en la penumbra, recorrió cada estantería del angosto cuarto y al fin, la suerte estuvo de su lado: encontró varios vaqueros recién lavados y planchados amontonados en una pila. Desdobló y estiró uno tras otro hasta encontrar dos pares que podrían servirles. Antes de marcharse

cogió algunas camisas de algodón blanco sencillas. Con el montón de ropa usurpada apretado contra su pecho, deshizo sus pasos y regresó al dormitorio de su hermano.

—Vamos, desnúdate —le ordenó en cuanto cerró la puerta tras su espalda. Ella soltó los lazos y botones de su falda y la dejó caer al suelo. Desanudó la enagua y aflojó el corsé y quedó expuesta ante su hermano, que la miraba avergonzado, en ropa interior.

—¿Estás segura?

—No seas tonto, claro que sí —le aseguró mientras colaba la primera pernera del vaquero en su pierna. Metió la otra y tiró de ellos hacia arriba—, oh, qué apretados quedan aquí —dijo tocándose la entrepierna—. Vamos, cámbiate o no nos dará tiempo.

Lucas se desvistió dándole la espalda. Era un hombre joven, delgado pero de músculos fuertes que habría podido exhibir con orgullo ante cualquier público. Su piel era dorada y la salpicaban algunos lunares. Pero era tímido y humilde hasta la médula. Se puso los pantalones vaqueros, que le quedaban perfectos, y comenzó a abotonarse la camisa de algodón que Isabell le había tirado a los pies.

—No, espera, así no —le dijo ella mientras se aproximaba a él—. *Allí* la gente la lleva así... Con las mangas dobladas, enseñando los antebrazos, no abotonan los dos botones del cuello y algunos las llevan por encima del pantalón. ¿A que resulta más cómodo que llevar todas esas capas apretadas? —le preguntó sonriendo mientras daba una patada a su viejo traje —y algunas chicas, llevan la camisa así.

Se situó frente al espejo tallado con flores y anudó los bajos de la camina en torno a su cintura. Tiró de ella para cubrir su ombligo y miró a su hermano a través del espejo.

—Estaremos bien, Luc. Te lo prometo. Esto —dijo señalando a su vestimenta—, es de lo de menos. Lo que importa es lo que tenemos aquí dentro —se llevó las manos a la cabeza—. Allí podremos ser libres, hacer lo que queramos. Ser nosotros mismos sin que nadie nos dirija. No hay nada más valioso que la libertad.

—¿Y si nos equivocamos? —dijo el muchacho con hilo de voz que a Isabell le recordó a cuando era solo un pequeño.

—Pues volveremos a intentarlo. Tan solo fracasaremos si nos rendimos. Pero si mantenemos la fuerza y la ilusión por vivir, siempre habrá caminos, salidas que nos lleven al éxito. Juntos lo conseguiremos —dijo tomándole las

manos.

Después Isabell se tocó el lóbulo de la oreja derecha mirando sin pestañear a su hermano. Era otro de sus gestos secretos. Decía: *sé fuerte, al final todo irá bien*. Él sonrió y la abrazó.

—¡Olvidaba mi bolsa! Espérame aquí y nos iremos en cuanto esté.

La joven volvió a su dormitorio y tomó la bolsa medio vacía que había preparado. Echó un último vistazo justo cuando un relámpago iluminó la habitación. Sus ojos quedaron fijos en una fotografía de su madre que tenía sobre la chimenea. Sintió otra vez ese hilo invisible que la unía a ella. Corrió a cogerla, la metió en la bolsa y salió del dormitorio.

Aunque Yun-yu cerraba todos los accesos cada noche para evitar sobresaltos, los jóvenes sabían que había una puerta en la cocina que no podía ser candada desde que hacía años la cerradura había claudicado. Antes de que Lucas la abriera, Isabell metió algunas galletas con pasas, una botella de vino del valle, naranjas y queso dentro de su bolsa. Mientras cruzaban el umbral dirección al jardín se dieron la mano, sonrieron y asintieron con seguridad.

Quince minutos después, sus siluetas cruzaban la playa iluminadas por la tormenta eléctrica que no cesaba. Llegaron a la base del acantilado y sintieron el arrullo de las olas golpeando en el interior de la cueva. Lucas dio un paso atrás.

—Es por aquí, no tengas miedo.

—No lo tengo —repuso Lucas mientras adelantaba con decisión a su hermana.

Caminaron arrastrando las piernas a través del agua que les golpeaba cada vez más fuerte, y tras unos minutos en los que a cada uno les bombardeó la mente miles de pensamientos oscuros, ocurrió: todo el ruido desapareció y el silencio más blanco los abrazó.

Partículas metálicas penetraron en sus fosas nasales. Isabell buscó la mano de su hermano y se agarraron fuerte el uno al otro.

Sintieron que el peso de sus bolsas se desvanecía y al momento sus cuerpos comenzaron a flotar.

La oscuridad y el silencio dieron paso al vaciado de sus entrañas, Lucas apretó la mano de su hermana y cuando ésta quiso hacer lo propio, se sintieron caer y se golpearon contra el suelo seco.

Cuando fueron capaces de rellenar de aire sus pulmones, Isabell estalló en

carcajadas acompañadas de una tos asmática.

Tras varios intentos, por fin pudo hablar:

—Ya está, ya ha ocurrido. Bienvenido a 2010.

Capítulo 13

San Francisco, 6 de abril de 2010.

Las primeras luces del alba caían sobre el acantilado de Narrow. Conforme los hermanos avanzaban hacia el exterior de la cueva fueron conscientes de que no había rastro de la tormenta eléctrica. La niebla del océano penetraba sin pausa hacia el interior del laberinto de rocas mientras ellos aceleraban el paso para salir lo antes posible. Lo primero que percibió Lucas fue el aroma distinto de la playa. Ya no sentía el frescor verde de los pinos, ni el olor pegajoso de las hojas de arce mojadas. Dejó caer su pesada bolsa al suelo y llevando su cabeza hacia atrás, extendió sus brazos y salió al exterior observando el cielo. Aún distinguió algunos planetas y estrellas que reconoció. Caminó solo unos pasos y miró en rededor. El bosque no estaba. La playa lucía una cubierta de docenas de hamacas idénticas y casitas metálicas en donde había carteles con ofertas de bebidas y alimentos. Tan solo había una persona; una mujer casi desnuda corría sorteando las olas. Un perro labrador la acompañaba. Éste se fijó en Lucas y se separó de la mujer. Trotando, porque aún era cachorro, se acercó a los pies del joven y comenzó a retozar. *Así que todavía eres el mejor amigo del hombre, eso está bien*, le dijo entre susurros al perro, que trataba de mordisquear su mano mientras le acariciaba la barriga. Durante unos instantes, en los que su cuerpo iba dejando el dolor atrás, se dijo que todo marcharía bien. Que tendrían una oportunidad *allí*. Estaba enfrascado en esos pensamientos y no vio acercarse a la dueña del perro, una mujer de unos cuarenta años vestida con mayas de deporte de tejido brillante y un top amarillo chillón ceñido al pecho.

—Perdona, es que se va con cualquiera —dijo sacando la correa del perro de un bolsillo trasero.

Isabell se les acercaba portando las dos bolsas con el alivio y la satisfacción instalados en su gesto. Lucas alzó la vista, observó a la mujer. Y fue como si le tirasen un cubo de agua ardiendo por la espalda. Sintió tal vergüenza al verla tan cerca, tan desnuda, tan atractiva, que se dio la vuelta y

automáticamente dijo:

—Discúlpeme, por favor, señora. Lo... lo siento.

La mujer miró a Isabell sin entender. La joven no supo qué decir y echó a reír. Lucas cruzó los brazos sin poder mirar aún a la dueña del perro y ésta acabó yéndose extrañada con el cachorro cogido en brazos.

—Lucas, relájate. Solo era una mujer. Tenía la edad de mamá, por favor...

—Pero ella... ella estaba... y parecía tan...

—¡Alto ahí! —gritó alguien a sus espaldas con una potente voz —No os mováis, manos arriba.

Los jóvenes hicieron lo que la voz les pedía. Isabell alzó los brazos con dificultad, pues no había soltado las bolsas que sostenía sobre los hombros. Sintieron unos jadeos y pasos cada vez más cerca de ellos. Al cabo de unos segundos apareció ante sus ojos un hombre negro, con una gruesa barriga vestido de uniforme azul. Le quedaba tan apretado en torno a la cintura que temieron que los botones fuesen a salir disparados.

—¿Es que no sabéis que está prohibido entrar en la cueva? —dijo en un tono más relajado. Como los hermanos ni bajaban los brazos ni contestaban, el hombre continuó—: si no queréis meteros en un lío, más os valdrá que salgáis de aquí cagando leches.

—¿Perdón? —preguntó asombrado Lucas.

—Que os vayáis, coño. Mi turno acaba dentro de... —observó su reloj de pulsera, Lucas reparó en que no era de piel, ni de metal— siete minutos. Esta tarde me voy a Hawai con mi novia y lo último que necesito es tener que detener a un par de salidos que no encuentran otra cosa mejor que hacer que montárselo mientras se colocan con el puto gas este.

—Señor, ¿no estará insinuando que nosotros...? —preguntó escandalizado Lucas mientras buscaba apoyo en los ojos de su hermana.

—Luc, déjalo. Vámonos, por favor —le rogó Isabell—. Si usted nos deja marchar, le prometemos que jamás pondremos los pies aquí de nuevo.

El agente los miró entrecerrando sus ojos oscuros con desconfianza. Después dirigió su mirada hacia el amanecer, alzó las cejas resignado y asintió.

—Está bien. Vamos, que no os vuelta a ver por aquí.

Isabell le tiró a Lucas una de las bolsas, éste la recogió del suelo sin apartar la vista del agente, y echaron a correr en cuanto sus piernas respondieron a la orden.

Cinco minutos después se encaminaban por el paseo marítimo hasta la

marquesina del tranvía en la que había bajado Isabell hacía ni siquiera un par de días.

La madrugada anterior, tras recuperar la calma una vez que Lucas entendió que su hermana había traído aquel penique reluciente del futuro, mantuvieron una intensa charla en la que Isabell le narró, embargada de emoción, las cuestiones más maravillosas del siglo XXI. Pero por muchas descripciones, comparaciones e intentos por explicar cosas como los rascacielos, la televisión, los DVDs, Youtube...etc. Lucas no pudo dilucidar en su mente ni un ápice de lo que le esperaba.

El muchacho fue incapaz de cerrar la boca durante el breve trayecto: su mente descubría una maravilla tras otra y la emoción se desbordó cuando el tranvía se adentró en las calles viejas de la ciudad. Observaba los escaparates de las tiendas, los herbolarios, las tiendas de piercings, de tatuajes, de ropa de segunda mano de los años sesenta, videoclubs, clubs de caballeros, clínicas veterinarias...etc. Descubrió una calle en la que algunas personas hacían masajes y manicuras a los viandantes. Observó a otros que vivían en la calle, con grandes carros de metal repletos de cachivaches. Perdió la cuenta de la cantidad de personas que salían a correr con esas vestimentas tan apretadas de colores chillones. Vio a dos hombres abrazados caminar juntos hasta unos de esos vehículos de los que Isabell le había hablado la noche anterior.

—Bell, dime, ¿a dónde vamos? ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al cabo de un rato mientras cada rincón de la ciudad iba iluminándose por los rayos del sol.

—Lo tengo todo pensado. Cuando estuve aquí conocí a una mujer que me ayudó. La buscaremos y le pediremos alojamiento. Vive en un lugar asombroso llamado Stone Hills, te encantará. El apartamento te parecerá demasiado pequeño, pero créeme que es suficiente para nosotros. Estaremos bien.

Lucas asintió no muy convencido porque en el fondo temía dar ese paso. Exponerse implicaba que los conocerían y entonces podrían estar al tanto su procedencia. ¿Qué harían con ellos entonces? ¿Los estudiarían como a animales salvajes? ¿Los expondrían en un zoo? ¿Los obligarían a regresar a 1906 para robarles todo cuanto tenían en Mercury Valley? ¿Y si hacían daño a su familia?

Todos esos pensamientos salieron de su cabeza cuando el conductor del tranvía anunció la parada de Stone Hills. Isabell saltó como un resorte mecánico y arrastró a su hermano fuera del vehículo. La mañana era templada a pesar de ser tan temprano. Cada uno tomó su bolsa del brazo y echaron a

andar colina arriba entre los castaños de indias.

La biblioteca pública se alzaba en lo alto de la colina. Su torre central apareció ante ellos bañada por la luz del sol. La aguja de la punta lanzaba destellos como si de un faro se tratara.

Isabell sentía los nervios a flor de piel, pues reencontrarse con Sarah no sería tarea fácil. Prácticamente había huído de su casa sin decir adiós ni unas palabras de agradecimiento. Pero ahora no tenía más remedio que acudir a ella de nuevo. Lo había meditado largamente: Sarah Fresno era su mejor opción. Así que tragó sus miedos y los llevó mentalmente hacia lo más profundo de sus intestinos, a la vez que empujaba la pesada puerta de acceso a la biblioteca.

La recepción estaba vacía. Un teléfono sonaba en el escritorio pero nadie acudía para atender la llamada. Lucas se movía inquieto de un lado a otro de la habitación hasta que su vista se posó en la sala de lectura principal a través del cristal de la puerta. Dejó la bolsa a los pies de Isabell, que convino que lo mejor sería que permaneciera allí a la espera de Sarah, y traspasó el umbral que le separaba del reino de los libros.

A su mente acudió de inmediato la biblioteca de su padre, pues compartían la planta oval, pero las dimensiones de ésta eran mucho más extensas. Las librerías serpenteaban creando largos pasillos, recodos inesperados y convergencias que parecían pequeñas plazas. Caminó maravillado hasta el centro de la estancia, alzó la vista arriba y posó la vista sobre el interior del gran torreón que había avistado iluminado desde fuera. Los rayos de sol penetraban por las ventanas y un sistema de espejos y cristales los orientaban haciéndolos bajar en espiral hasta el centro mismo de la sala.

Y así, justamente así, fue como Sarah Fresno vio por primera vez a Lucas Jenkins, iluminado y rodeado por la luz del sol dentro de la biblioteca de Stone Hills. Durante esos segundos dejó de escuchar el insistente timbre telefónico. Y cuando recobró la conciencia y se preguntó qué demonios estaba haciendo allí parada como una estatua, él intercambió una fugaz mirada con ella. Sarah entonces salió disparada hacia la recepción y cuando iba a descolgar el teléfono se encontró con la sonrisa nerviosa de Isabell al otro lado del mostrador.

—Biblioteca de Stone Hills, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo Sarah al teléfono mientras amontonaba en el mostrador media docena de gruesos libros —Aha, entiendo... Permítame un segundo y lo comprobamos.

Tomó asiento en su silla, acomodó el terminal entre su hombro y su oreja y

sonrió a Isabell. Acto seguido entró desde la gran sala Lucas. Se colocó tieso como el Flat Iron de Nueva York junto a su hermana y juntos observaron los movimientos de una Sarah un poco más nerviosa de lo habitual. Tecleaba y observaba la pantalla tratando de concentrarse pero es que ni los dedos le respondían ni la mente encontraba lo que buscaba.

La última persona que había esperado encontrar esa mañana en la biblioteca era aquella chica que vestía raro. Y lo ultimísimo que habría de imaginar es que el chico que la acompañaba y que miraba tímidamente, podría ponerla tan nerviosa como estaba. Ni cuando le sacaron las muelas del juicio tembló tanto.

—Buenas noticias, señor Ripoll —le dijo al aparato—, tenemos el ejemplar que busca. ¿Quiere que se lo reserve? Muy bien, un minuto nada más y lo arreglamos.

La espera frente a la pantalla se le hizo eterna. Varias veces cruzó la mirada con Lucas, y éste, sonrojándose más cada instante, optó por regresar a la gran sala de lectura. Cuando Sarah dio el trabajo por terminado y colgó el teléfono, respiró al fin.

—Es mi hermano —le dijo de sopetón Isabell sonriendo de lado a lado.

Sarah asintió aliviada. ¿Aliviada? ¿Y qué que fuera su hermano? *¿Qué me importa a mí?*, bramó en su mente.

—Así que has vuelto —acertó a decir—. O sea, ¿has dejado atado ese asunto que tenías pendiente?

—Sí, así es.

Un atisbo de tristeza cruzó el rostro de Isabell, pero rápidamente lo desvió y siguió parloteando.

—Y he podido traer a mi hermano. Se llama Lucas. Lucas Jenkins.

—Una vez leí un libro precioso, trataba de un maquinista de tren llamado Lucas —*¿Y ahora por qué divago, pero qué me pasa?*

—Verás, Sarah Fresno, nosotros... Es decir, yo, había pensado que quizás podrías alquilarnos esas dos habitaciones que tienes disponibles en tu casa.

En ese momento Lucas regresó a la recepción, cogió las bolsas que habían dejado en el suelo y permaneció unos pasos por detrás de su hermana. Tenía el pelo alborotado, varios mechones alocados caían por su frente y posaba estirando la espalda. Sarah cruzó la enésima mirada con él.

—Me llamo Lucas Jenkins —dijo acercándose al mostrador mientras estiraba su brazo para dar la mano a Sarah. Ésta iba a tomársela cuando Isabell dijo:

—Ya lo sabe, tonto —le dijo a su hermano en un susurro—. ¿Las has

ocupado ya? —preguntó angustiada al ver que Sarah no respondía.

Ésta se había enmudecido con la mano de Lucas prendida a la suya. Sus manos irradiaban un calor extraño que parecía tener la capacidad de aislarlos del mundo entero.

—Podéis quedáros las —respondió la bibliotecaria mientras retomaba en hilo de sus pensamientos y recobraba la posición.

—Tenemos dinero, ahora sí —dijo al instante Isabell.

—Bah, no os preocupéis por eso, cobro el alquiler a quincena vencida, así que hasta dentro de dos semanas... En fin, ¿queréis instalaros ya? Tengo aquí una copia de las llaves.

Los jóvenes asintieron y tomaron las llaves que la bibliotecaria les tendía por encima del mostrador. Isabell las cogió con avidez y empujó a su hermano hacia la salida. Antes de marcharse, Lucas hizo acopio de un valor que no tenía y volviéndose hacia Sarah, haciendo ímprobos esfuerzos por controlar el temblor de su voz le dijo:

—Ha sido un placer conocerla, hasta pronto.

Bajó la barbilla levemente hacia el pecho y sostuvo la puerta mientras Isabell salía al exterior.

La mañana transcurrió en la biblioteca de Stone Hills como de costumbre salvo por un leve detalle que nadie notó: Sarah la pasó sufriendo palpitaciones, dolor de estómago y temblor de rodillas.

Se convenció de que estaba enferma y se perdió durante cincuenta minutos en la sección de fisiología. Como no entendía lo que leía, acabó trasladándose a la sección de medicina familiar en busca del origen de sus síntomas. Y tras otra hora infructuosa acabó visitando al Doctor Google y su interminable sabiduría popular.

Ella no lo sabía porque hasta ese día solo había tenido relaciones de amistad con otras personas, pero lo que le ocurría simple y llanamente es que Lucas la atraía como nadie jamás lo había hecho.

Él, con el roce su piel, con la visión de su pelo alborotado y con sus mejillas teñidas de escarlata, había puesto en marcha sus sinapsis del deseo.

Varios artículos y blogs la llevaron en esa dirección, y cuando fue consciente (*o sea, ¿que esto es lo que se siente cuando alguien te gusta...?*), un temor se materializó en su diafragma. Y era tan sólido que lo sentía cada vez que respiraba: *¿Dónde me he metido?* Esa era la pregunta insistente que golpeaba todo el organismo de Sarah desde que vio a Lucas y decidió que estaría

viviendo en su casa por un tiempo indefinido.

Estas cosas nunca salen bien. Piensa en Heathcliff y Catherine. O en Madame Bovary. ¡En Anna y Vronski, oh, por dios! En Francesca y Robert, o en Lisbeth y Mikael.... Y no seas idiota, reconócelo: piensa en Noah y Allie. ¡Cuánto sufrimiento!

Capítulo 14

San Francisco, 6 de abril de 2010.

—Lo primero de todo es solucionar lo del dinero. Tenemos que cambiar las joyas por metálico —dijo Isabell nada más cerrar la puerta del apartamento.

Lucas, boquiabierto como lo estuvo su hermana la primera vez que cruzó el umbral, dirigía su mirada atónita a todos los rincones del lugar: la preciosa ventana de tres hojas del salón, la selva en miniatura de plantas y libros, la minúscula cocina y el sofá fucsia que Sara debía utilizar para leer. Junto a él había una pequeña mesa de madera con una lámpara antigua y una taza vacía de té. Le resultaba enternecedor y le emocionaba la idea de conocer mejor a Sarah Fresno a través de su hogar, de sus objetos y sus recuerdos.

—¿Pero me estás escuchando? Haz el favor de espabilarte —le recriminó Isabell trayéndolo de vuelta—. Además, ya te dije que te gustaría, ¿o no? Una encargada de la biblioteca con un escritor en ciernes, ¿no era fácil de deducir?

El joven sonrió para sí y asintió sin decir palabra.

—Ven, vamos a mi dormitorio para decidir qué debemos vender primero. Después te mostraré el tuyo y podrás escribir todos los versos de amor que desees.

Se acomodaron sobre la colcha de la cama e Isabell volteó el saquito en el que portaba los objetos de valor. Tras meditarlo no demasiado tiempo separó tres pulseras y un anillo, se colgó su apreciado camafeo al cuello y ocultó el resto de joyas bajo el colchón.

—Esto será suficiente para empezar —confirmó mostrándole a su hermano el botín—. Cuando estuve mirando la televisión la otra noche... No pongas esa cara, luego te lo muestro... Bueno, te decía que cuando estuve mirando la televisión dos hombres dijeron que hay una tienda en la que se pueden empeñar joyas y otras cosas en este mismo barrio. No recuerdo sus nombres, pero tal vez podamos buscarlo en Youtube. No, espera, se buscan las cosas en Google —dijo alzándose sin darse cuenta de que Lucas no tenía idea de a qué se refería.

Juntos regresaron al salón y la chica encendió el iPad de Sarah. Lucas quedó asombrado y se lo robó de las manos. Isabell a punto estuvo de regañarle, pero se dijo que ella misma había pasado por todo eso. Sabía que era el momento especial de su hermano, uno de los cientos de ellos que tendría en las próximas horas, en los próximos días. Porque ese mundo nuevo no dejaba de asombrarles.

Le explicó lo poco que sabía acerca del funcionamiento del aparato y de sus aplicaciones —esto es un lector de libros, aquí se guardan las fotos, esta es una agenda...etc—, y le dejó hacer y deshacer hasta que el aparato se apagó por falta de batería.

Como pensaron que se había estropeado encendieron la televisión hasta que vieron el anuncio de un ordenador portátil y escucharon algo sobre la duración de la batería. Isabell recordó haber visto el teléfono de Sarah agarrado a la pared por un cable y buscaron un chisme similar por el salón hasta que dieron con el cargador enchufado a la pared. Reflexionaron acerca de la forma de conectar el iPad a la corriente y cuando lo lograron, éste se reactivó tras unos minutos en espera.

—Ahora me toca a mí —dijo ella.

Tras veinte minutos logró encontrar la tienda de empeños de Stone Hills. Y tras treinta había localizado una página de ofertas de trabajo locales. La gran duda entonces era: *¿qué sabemos hacer? ¿Quién estaría dispuesto a pagarnos un sueldo por nuestras habilidades o conocimientos?*

—Yo sé arar. Y sé recoger el trigo y manejar maquinaria.

—Creo que los terrenos cultivables quedan muy lejos de aquí, Luc. Será mejor revisar qué ofertas hay y ver si encajamos en alguna.

—También sé cuidar de los caballos —dijo estirándose sobre la silla del comedor.

Pero nadie en la zona requería agricultores ni cuidadores de caballos así que durante cerca de dos horas siguieron consultando ofertas.

—¡Lo encontré! —dijo Lucas sobresaltando a su hermana que descansaba la vista tirada sobre el sofá—. Este puesto es ideal para mí: buscan a un redactor para un periódico de aquí, y ¡mira!, fíjate, justo por debajo hay quien busca una tendera. Exigen experiencia pero...

—Yo me desenvuelvo estupendamente, me conozco todos los trucos de los puestos del mercado. ¿Qué venden?

—Aquí dice... *souvenirs*. ¿No será ilegal?

—Vamos, Luc, no seas tonto. La dirección de la tienda está en Union Square.

¿Cómo van a hacer allí algo malo? Ya verás cuánto ha cambiado, al principio no podía reconocer la plaza con tantos edificios nuevos y tanta gente... Pero bueno, dejemos la charla para otro rato y pongámonos en marcha. Deberíamos ir a la tienda de empeños antes de que caiga la noche y echen el cierre.

—¿Te importa si me quedo? Me gustaría seguir mirando... esto, ya sabes... —dijo mientras su mirada se dirigía en exclusiva a la pantalla brillante del iPad.

Durante el camino de regreso a casa Sarah tropezó con los adoquines del suelo hasta tres veces. Y cuando extrajo las llaves de su bolso, éstas se estamparon contra el suelo del descansillo. Al otro lado de la puerta, Lucas sintió el estrépito y se enderezó en el sillón fucsia. Desde que su hermana había salido él invirtió el tiempo en aprender a manejar las nuevas tecnologías. Desde hacerse una tostada, que dejó más negra que el cuerpo de un escarabajo, hasta poner en marcha el ventilador del techo. Pero sin duda donde más se entretuvo y se emocionó fue recorriendo las imágenes guardadas en la memoria del iPad.

Eran instantáneas que Sarah había ido atesorando a lo largo de los años trabajando en la biblioteca. La mayoría eran de personas enfrascadas en la lectura de libros, en las que se podía distinguir un sin fin de emociones grabadas por las líneas del texto en su rostro en ese instante. Y en especial se conmovió cuando encontró un álbum dedicado a las novelas preferidas por Sarah. Salvo las escritas en el siglo XX y XXI, todas las anteriores las conocía y admiraba profundamente. Supo que quienes compartían sentimientos y emociones gracias a ciertos libros, guardaban una conexión especial, una especie de visión única del mundo para la que no hacía falta conversación.

Sarah entró en el apartamento torpemente y Lucas le dio la bienvenida poniéndose en pie. Ella se sorprendió por lo alto que era. Y maldijo a sus pies por no soportar zapatos de tacón.

—Espero que no te importe que hayamos utilizado este aparato —le dijo él mostrándole el iPad.

—Para nada, todo lo que está en el salón es de uso común. ¿Qué tal el día?

Sarah se descalzó, se acercó a la cocina a por un vaso de agua y Lucas perdió el hilo al observar sus tobillos. Tenía algo escrito en uno de ellos.

—A veces me tatúo frases. Esta —dijo levantando el pie derecho—, es algo que me dijo mi abuela hace años.

—¿Y qué dice? —preguntó él absorto en la visión de la pierna de Sarah.

—Te lo contaré cuando seamos amigos.

—¿Podemos empezar ahora?

—¿Cómo? —preguntó ella riéndose mientras hacía malabares con el vaso de agua.

—Que si podemos empezar ahora a ser amigos —dijo con seriedad él.

—Eres tan extraño como tu hermana, ¿verdad? —preguntó inclinando su cabeza.

Él se encogió de hombros con desenfado y Sarah sintió un escalofrío dentro del estómago.

—Por cierto, ¿dónde está Bell?

—Ha ido a empeñar unas joyas.

—¿No serán robadas, verdad?

—En absoluto, Sarah Fresno. Son joyas de su propiedad, y ella y solo ella ha decidido intercambiarlas por dinero. No las aprecia y necesitamos algo de efectivo.

Sarah sintió que era cierto.

Pero se maldijo porque una parte de ella le advertía: *no puedes fiarte de ese chico. Podría decirte que el cielo es de lunares rosas y tú te lo creerías. Estás hechizada...*

Cállate y disfruta de las vistas, so mema, le decía la otra parte. Y le hizo caso a esta última.

El tiempo dejó de tener validez entre ellos. Pasaron los minutos sin que los apreciaran enfrascados en la conversación, que no dejaba de fluir. Jamás uno ni otra habían profundizado así en sus vidas con alguien a quien acababan de conocer. Sarah sentía que escuchar a Lucas era como bucear dentro de una gran historia: te seduce desde el primer párrafo. Algo en esas primeras líneas te promete en silencio que el viaje merecerá la pena. Así que recorrió el inicio y se adentró con gusto en el nudo.

Lucas, siempre tímido y retraído, parecía renovado. Charlaba tan pronto de banalidades como de sus anhelos más profundos. Le habló de su ilusión por convertirse en escritor. Y del miedo que le daba conseguirlo. Le explicó que su familia no le apoyaba, salvo Bell. Y le habló de ella y de su relación.

—Tenéis mucha suerte de teneros el uno a la otra. Yo no tengo familia más allá de mi abuela Gin. Ella me salvó cuando todo zozobró.

—¿Sufriste un naufragio? —preguntó Lucas asombrado.

—¡No, claro que no! —Sarah reía con ganas. Aunque instantes después su

rostro se apagó.

—¿Qué pasó? —le preguntó él.

—Mi madre murió cuando yo era una niña. Tenía nueve años y la directora del colegio fue a buscarme a clase. Tan solo llevábamos un cuarto de hora. Lo recuerdo como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Estábamos dando clase de aritmética, la directora entró con la cara constreñida, le dijo algo al oído a la maestra y tuvo que sentarse rápido sobre la mesa porque perdió las fuerzas. Creo que todos los niños supimos que había pasado algo malo.

Lucas la observaba sin pestañear. Veía cómo ella recorría esos momentos terribles en su mente y quería llevarse todo el dolor que pudiera para librarla de él, aunque solo fuera de una pizca.

—La directora nos miró uno a uno, estaba claro que estaba buscando a uno de nosotros y, bueno... se detuvo en mí. Sin que me dijera nada me puse de pie y salí fuera con ella. Lo último que vi fue a la maestra llevarse las manos a la boca. Un momento después me dijo que mi abuela Gin venía a buscarme, que debía esperarla en su despacho. Lo supe. Había sido mi madre, y debía haber sido algo terrible —Sarah tragó saliva, se limpió los bordes de los ojos y prosiguió—. El psicólogo del colegio estaba allí cuando mi abuela llegó. Venía llorando y rabiosa. Gritaba cosas que no entendía. Hasta que no llegamos a casa no supe qué había pasado. Mi madre conducía de camino al trabajo. Trabajaba en un viejo cine que reponía películas clásicas, era toda una leyenda. Cogió un chicle de fresa ácida de su bolso, lo metió en su boca y se atragantó. Cuando su coche se estrelló contra un buzón varios hombres que pasaban por allí corrieron a ayudarla pero ya se había ahogado —Sarah levantó los hombros resignada—. Así acabó la vida de mi madre. Y la mía y la de mi abuela. O al menos eso creí durante mucho tiempo. Demasiado tiempo.

—¿Qué te tatuaste? —preguntó Lucas.

—Léelo tú.

Sarah acercó su pie a las manos de él, sentado sobre el sofá y las pulsaciones de ambos se dispararon cuando sus pieles entraron en contacto.

Con la voz entrecortada por la emoción, Lucas leyó:

Toda gran historia comienza con una crisis.

—Es cierto —dijo pensando en su propia aventura. Miró a los ojos a Sarah y el silencio entre ellos, por primera vez, fue demasiado grande.

El ritmo respiratorio de Sarah aumentó, Lucas depositó el pie sobre sus piernas. Lo observó unos segundos y se decidió a acariciarlo. Primero solo

con el pulgar, que recorría el empeine. Después el resto de sus dedos recorrían la piel suave con avidez. No había cabida para la vergüenza que habría sentido de haber sido ella otra persona. Levantó la vista despacio, como si así pudiera evitar que el momento mágico que los envolvía cesase, pero de pronto la burbuja estalló cuando Isabell abrió la puerta de entrada.

Los jóvenes se separaron y Lucas corrió a dar la bienvenida a su hermana. Cayó en la cuenta entonces, y sintió una profunda culpabilidad, que no se había percatado del largo tiempo que Bell había estado fuera en ese mundo inhóspito.

—Estáis viendo a la nueva dependienta de *Souvenirs Union Co.* —dijo con el orgullo saliendo a través de todos sus poros.

—Pero... ¿no ibas a empeñar tus joyas?

—Sí, era la idea, pero al llegar la tienda estaba cerrada. Pregunté a un hombre muy agradable si conocía algún lugar similar y me aseguró que cerca de Union Square había varios. Así que lo sopesé: ¿me voy a casa y pierdo un día o me acerco al centro y de paso pregunto si el puesto sigue vacante? Y... ya sabéis lo que pasó. ¡Mirad! Me han dado un uniforme —dijo sacando de una bolsa de tela un par de prendas color verde oliva—. Lucas, a ti te he traído ropa nueva, la compré en mi tienda.

—Enhorabuena, Isabell —dijo Sarah desde su sillón mientras se calzaba—. ¿Sabes? Creo que deberíamos celebrarlo. ¿Salimos a cenar por ahí?

Capítulo 15

San Francisco, 6 de abril de 2010.

Tres paradas de tranvía después los dos hermanos Jenkins y Sarah Fresno recorrían la estrecha avenida más animada de la zona italiana de la ciudad. Un centenar de farolillos iluminaban las calles, algunas trattorias habían sacado mesas a la calle para que los clientes gozaran del buen tiempo. Todo el barrio estaba a rebosar de personas con ganas de pasar un buen rato. Los perros jugaban entre las mesas y hasta hubo varias parejas que se animaron a bailar en mitad de la calzada al son de una música que provenía de una gran terraza en la que se celebraba una fiesta.

Isabell y Sarah permanecieron juntas durante el trayecto seguidas por Lucas, que observaba absorto todo cuanto sucedía a su alrededor. La sensación de despreocupación que le transmitían aquellas personas anónimas era tal que todos sus temores quedaron atrás, convertidos en una pequeña bola de papel muy, muy apretada.

—Eh, Lucas, hemos elegido este sitio, ¿te parece bien? —le preguntó su hermana mientras tomaba asiento en una estrecha silla de mimbre.

—Sí, sí, es perfecto —contestó rápido.

El muchacho se apresuró a retirar la silla a Sarah para que pudiera sentarse. Ella, sorprendida por el gesto, se azoró y se le cayó el bolso al suelo. Lanzó unas carcajadas al aire y dijo mirando a Isabell:

—Tu hermano es como de otro siglo, ¿verdad?

Bell miró al suelo, sonrió como para quitarle importancia, aunque tomó nota mental de que tanto ella como su hermano debían adaptar sus costumbres a las del siglo XXI. Le lanzó a Lucas una de sus miradas y él entendió el concepto tan claro como si se lo hubiera escrito en una nota. Asintió levemente sin que Sarah se percatase de nada.

Un cuarto de hora después ya habían elegido los platos que querían cenar: calzone, tres tipos de pizza, ensalada César, lasaña de setas y una selección especial de seis postres. La camarera que les tomó nota carraspeó varias

veces tratando de indicarles que era demasiada comida para solo tres personas, pero es que los dos hermanos estaban tan ansiosos por probar esas nuevas delicias que en vez de elegir una o dos, decidieron que lo mejor sería probar un poco de todo para aprender cuál de esos platos era su favorito. Sarah los miraba asombrada. Tanto, que las dudas sobre su procedencia hablaban muy bajito dentro de su cerebro.

Entre bocado y bocado la charla no perdió fuerza, al contrario. Isabell les habló con emoción sobre su entrevista de trabajo, sobre las labores que debía desempeñar en su nuevo puesto y sobre las tremendas ganas que tenía de comenzar.

Hacia el final de la cena su energía comenzó a disminuir. Empezó a bostezar, se recostó sobre la silla y apoyó su cabeza en una mano mientras escuchaba (o tal vez no) la conversación entre Sarah y Lucas. Ésta había comenzado con la lasaña de setas y poco a poco se había ido cerrando en torno a ellos dos, dejando a Isabell fuera de esa burbuja que la pareja construía con facilidad en torno suyo.

—Espero que no te moleste que te lo pregunte, pero...

—Adelante, ¿qué quieres saber? —contestó Sarah

—No me atrevería a dar una cifra exacta para tu edad, sería de muy mala educación —dijo Lucas algo nervioso—, pero no hay duda de que eres una mujer muy joven.

—Tengo veintitrés años, quizá a mi abuela le cueste confesar su edad, pero a mí todavía me falta mucho para eso.

—Como decía, eres una mujer muy joven. La pregunta por tanto es: ¿cómo llegaste a ser bibliotecaria tan pronto?

Sarah sonrió aunque una sombra fugaz cruzó su rostro. Tomó unos sorbos de la copa de vino blanco con la que acompañaron la cena y alzó la mirada. Sus ojos solo podían centrarse en las pupilas de Lucas. Era como si en el mundo no hubiese nada más que aquellos dos agujeros oscuros repletos de misterios por descubrir.

—Cuando mi madre murió todo terminó para mí —comenzó a decir con una voz renovada—. Pasé muchos meses rabiosa con el mundo por lo que le había pasado. También estaba enfadada con ella, muchísimo. No podía creer que me hubiera abandonado de esa manera tan estúpida. Aquella Sarah de nueve años se reveló contra el mundo (mi mundo entonces lo constituían mis tres maestras de primaria, mi abuela Gin, nuestro vecino indio del piso superior y la empleada china de la tienda situada bajo el apartamento) y dejó de hablar.

Aquella Sarah también dejó de comer, pero esa decisión solo duró dos días: al tercero el estómago me rugía tan fuerte, tan seguido y tan estridente que acabé desistiendo y me comí de golpe medio pavo con salsa de arándanos que había horneado mi abuela la tarde anterior. Pasé una noche horrible, no se lo deseo a nadie —dijo dejando escapar unas carcajadas tristes—. Te preguntarás qué tiene todo esto que ver con que trabaje en la biblioteca.

Lucas asintió. Se dio cuenta de que tenía las manos doloridas, pues desde que Sarah había comenzado su relato tuvo que sujetarse muy fuerte a los laterales de la silla para no levantarse y tomarla en brazos para consolarla.

—Mi abuela no sabía cómo ayudarme. Pasamos unos meses muy duros. Ella había perdido a su única hija, ahora tenía que cuidar de una niña imposible y además estaba aprendiendo a trompicones a compaginar su vida con la nueva situación. La noche de mi indigestión tuvo una idea: acertó de pleno cuando pensó que el mejor remedio para mis males serían las miles de aventuras que esperaban pacientes en la biblioteca pública de Stone Hills. A la mañana siguiente fuimos caminando hasta el viejo edificio eduardiano. Era la primera vez que lo veía, se me apareció de golpe como una especie de gigante que nos espiaba desde la colina del barrio. Recuerdo que solo veía una mole de piedras grises y naranjas, adornada con una torre circular que nacía en el interior de la sala de lectura principal. Firmé el carné de usuaria sin convencimiento alguno, la verdad, pero resultó que al final pasé cada día y cada tarde de aquel primer verano en compañía de mi abuela entre esos muros. Claro que todavía echaba de menos a mi madre, porque ese es un vacío repleto de dolor que siempre me acompañará, lo mismo que mi sombra. Pero poco a poco el dolor se calmó, mi mente se curó página tras página. Y sin querer, sin pensarlo un poco siquiera, tan solo dejándome llevar como el viento mece a la hierba, terminé años después trabajando entre aquellas estanterías pobladas con los libros que me salvaron.

Sarah tomó su copa de vino, casi vacía y observó el fondo. Isabell abría y cerraba los ojos cada vez más despacio. Y Lucas permanecía inmóvil escuchando a Sarah, para él ese momento fue como leer el diario de un ser querido.

—Fue la anterior bibliotecaria, la señora Fuller quien me eligió para sustituirla cuando se jubiló. Tenía ya más de setenta años y aunque el ayuntamiento la presionó más de lo que ella me ha contado, no cedió a las presiones para contratar a un candidato con más experiencia y formación que yo. Ella confiaba en mí porque me conocía desde que era una niña. La había

ayudado con las tareas de la biblioteca desde que cumplí los once. Salía del colegio cada tarde, hacía muy rápido los deberes en la sala común y después me iba con ella a su mostrador a ordenar los libros, a elaborar los listados diarios y actualizar el fichero. Así que lo tuvo claro: yo debía sucederla — Sarah parpadeó varias veces seguidas y aterrizó en la mesa de mimbre que sostenía los postres intactos—. Vaya, lo siento, he acaparado la conversación. Esto nunca me había pasado —dijo en voz baja sacudiendo la cabeza.

—No hay nada que disculpar, en absoluto. Ha sido conmovedor.

A Lucas no le salían más palabras. Nunca en su vida había mantenido una conversación tan profunda y personal con nadie. No estaba preparado para el torbellino de emociones que aquella chica le estaba generando. Había leído tanto sobre el tema que antes de ese día se consideraba un experto en el amor y en el deseo. Y ahora, tonto de él, se sabía absolutamente perdido, como si una magia invisible le borrara pedacitos del cerebro y cada vez se sintiera más pequeño, menos capaz. Llegó a preguntarse si no se olvidaría de respirar cada vez que tuviese cerca a Sarah.

—Chicos, creo que va siendo hora de volver al apartamento, ¿no estáis cansadísimos? —preguntó Isabell mientras se llevaba la mano a la boca para ocultar el enésimo bostezo.

Pagaron la cuenta y regresaron al apartamento cruzando las mismas calles que hacía un par de horas. Y sin embargo Lucas y Sarah las veían con otros ojos. Porque sin ellos saber la causa, el mundo entero estaba cambiando a sus miradas.

Capítulo 16

San Francisco, 7 de abril de 2010.

Si la pared que separaba los dormitorios de Sarah y Lucas en aquel apartamento de Stone Hills hubiera sido de cristal, cada uno habría podido constatar que lo último en que pensaron ambos esa primera noche fue en dormir. Docenas, cientos de pensamientos se agolpaban en sus cerebros.

Para Luc, la mayoría eran positivos aunque se sentía profundamente confuso.

Para Sarah... no tanto. Tuvo que aprender demasiado pronto lo que significaba amar y perder a un ser querido. Y por ello durante todos esos años se había protegido de las emociones primarias con una coraza hecha con las páginas de las novelas. Su mundo había quedado reducido a unos pocos conocidos con los que salía de vez en cuando, a su abuela Gin y a su amada biblioteca. Más allá de esas paredes imaginarias, no había nada. Y ahora llegaba aquel muchacho que parecía llenarlo todo hasta la saturación. No imaginaba la manera de compatibilizar su modo de ser, *distante*, si se pudiera definir con una palabra, con lo que le gritaba su cuerpo con desesperación: tocar, abrazar, besar a ese hombre y no dejar de hacerlo hasta el final de los días.

Cuando Lucas salió del baño al día siguiente su hermana ya se había marchado: comenzaba así el primer día laboral de su vida. Para él la mañana se presentaba algo imprecisa: en la oferta de trabajo por la que se había interesado se instaba a los candidatos a una entrevista en la redacción a partir de las ocho y media de la mañana. Pero tras eso el futuro era un borrón.

—No sabes dónde quedan las oficinas, ¿verdad? —le preguntó Sarah mientras mano a mano, y en silencio, terminaban los cereales del desayuno—. Pues te acompaño, me da tiempo de sobra.

Lucas se arregló lo mejor que pudo con la ropa nueva que su hermana le había comprado el día anterior. Al mostrarse frente a Sarah, ella le hizo una mueca observando su pelo.

—¿Me dejas que te lo... actualice? —dijo mostrando los hoyuelos que se formaban en sus mejillas al sonreír.

—¿Cómo lo harás?

—Sé cortar el pelo, y si te parece bien puedo darle un aire más moderno. Ahora se lleva más corto a los lados y con más volumen en la coronilla.

Lucas alzó los hombros y se dejó hacer. Sarah preparó en el baño una peluquería improvisada y le mandó sentarse en un tajo de bambú poco después.

—Quizá deberías quitarte la camisa, no quiero llenártela de pelo...

Lucas, cohibido hasta la médula, accedió y botón a botón se liberó de la prenda. A Sarah le temblaban las manos, y aunque no quería mirarle directamente no pudo evitar hacerlo a través del reflejo que le enviaba el espejo. Fijó la vista en su torso, de piel firme, lisa y dorada.

—Toma, ponte esta toalla por encima y así no te mancharé la espalda con el pelo que caiga. No te cortaré demasiado, tranquilo.

El chico estaba tan apurado que a duras penas entendió las instrucciones. Se dejó poner la toalla sobre la espalda y fijó la vista al suelo.

Los dedos de Sarah hacían temblar la tijera sobre los mechones de Lucas, pero al cabo de unos minutos consiguió centrarse y acabó el trabajo en menos de un cuarto de hora. Le despojó de la toalla con cuidado, le pasó los dedos entre el cabello para darle forma natural. Él cerró los ojos y ella observó cómo se le erizaba la piel de la espalda. Sonrieron a la vez durante unos segundos.

—Está. Mírate, ¿te gusta?

Lucas abrió los ojos, se puso la camisa en primer lugar y después se observó con atención. Parecía otra persona. Era de hecho otra persona, Sarah lo estaba cambiando sin que él se percatara. Y él hacía exactamente lo mismo con ella. Desde que se habían conocido se había establecido entre ellos una relación invisible que los unía para siempre, como dos ramas de dos plantas distintas que alguien trenza para que crezcan juntas.

Diez minutos después los jóvenes se encaminaban a la redacción del edificio. Lucas se interesó por las labores en la biblioteca de Sarah y por su horario de trabajo. Le explicó que todo cuanto tuviera que ver con la literatura, los libros y la escritura lo fascinaba desde que tenía uso de razón. Sin darse cuenta del paso del tiempo llegaron al edificio de ladrillo rojo y ventanas negras que contenía la redacción del periódico. Un relámpago de miedo e ilusión cruzó el diafragma de Lucas: allí tenía puestas todas sus

esperanzas.

—Tranquilo, respira profundo y sé tú mismo. Casi nadie consigue trabajo en la primera entrevista, así que si eso sucede no te preocupes: buscaremos más. Y piensa que esto te servirá de entrenamiento. Aunque si te digo la verdad, creo que si no te dan el trabajo perderán a alguien muy valioso.

Lucas la miró agradecido. Era hora de despedirse. La duda era si debían darse la mano, o tal vez sería más apropiado un beso en la mejilla o quizás un abrazo. Al final solo se dijeron: *hasta la vista*, y se separaron.

Accedió al edificio por un pórtico de doble puerta de madera pintada de negro brillante. Al otro lado del umbral un mostrador de metal blanco iluminado por unas potentes pero invisibles líneas de luz le dio la bienvenida. En el frontis lucía el logotipo del periódico, y al leerlo los nervios volvieron a dispararse.

Una mujer de mediana edad le dio la bienvenida poco después. Apareció de detrás de un biombo y parecía haber estado tomando el desayuno, pues desprendía un fuerte aroma a café y se limpiaba las comisuras de la boca con una servilleta de papel.

—¿Vienes por la entrevista? —le dijo sin más.

—Sí, mi nombre es Jenkins, Lucas Jenkins.

—Ah, tranquilo muchacho, a mí no tienes que decírmelo. Sube a la tercera planta y espera en los sillones verdes. Te llamarán cuando sea tu turno.

Una vez tomó asiento en una de las sillas verdes, porque sillones no eran, desde luego que no, contó a otros seis hombres jóvenes que aspiraban al mismo puesto que él. Vestían de forma extraña: con pantalones muy ajustados, un calzado de tela con cordones y camisetas de colores que realzaban sus músculos. En opinión de Lucas algunas cosas, como ciertas reglas sociales, debían mantenerse intactas por el bien de la humanidad a pesar del paso del tiempo. Echó en falta su chaleco y su sombrero. Pero al recordar el nuevo corte de pelo sonrió y se relajó hasta olvidar para qué estaba allí.

Llegó su turno. Un hombre mayor le hizo pasar en último lugar, le mandó sentarse a su mesa y comenzó una ronda de preguntas sobre cultura general, historia antigua de la nación y literatura. Lucas respondía a las cuestiones planteadas con una sonrisa, pero con el punto justo de seriedad que la situación requería.

Justo en esos instantes, solo que en otro precioso edificio de San Francisco, algunos miembros de la biblioteca miraban a Sarah Fresno con una mueca

interrogante mientras ella deslizaba algunos tomos entre las estanterías: ¿por qué no dejaba de canturrear? ¿Qué era eso que silbaba sin parar? ¿Qué o quién la ponía de tan buen humor? Ella no era consciente pero desde que había puesto un pie en la biblioteca de su garganta no habían dejado de salir sonidos que formaban melodías alegres.

Lucas se dio cuenta de que su entrevista duró más tiempo que las del resto de candidatos. Al final de la misma, en lugar de mandarle marchar, el hombre le pidió que aguardase dentro de otra oficina de paredes de cristal desde la que se oteaba toda la redacción. Comprobó que el bullicio no cesaba: había media docena de mesas con ordenadores repletas de carpetas y archivadores que los trabajadores del periódico toqueteaban sin parar. En un rincón había una zona para tomar café y allí tonteaba una pareja de periodistas jóvenes. Al cabo de unos minutos, otro hombre, muy nervioso y muy delgado, entró con la mano extendida hacia él.

—Enhorabuena, Jenkins. El puesto es tuyo. Me han dicho que has barrido al resto de candidatos, si es que les podemos llamar así. Uno de ellos ni siquiera sabía quién era Joan Rowling —dijo el hombre para sí.

Lucas tragó saliva, él tampoco sabía quién era esa persona.

—Gracias, no le defraudaré —se apresuró a decir—. ¿Cuándo quiere que empiece?

—¡Hoy! —gritó el hombre—, por mí comenzarías hoy mismo. Soy Robert Levy, el director de todo esto, por cierto. Debemos arreglar los papeles del contrato antes de que empieces, así que... vuelve el lunes de dentro de dos semanas a primera hora. Para entonces ya será más que oficial. Puedes aprovechar a escribir algo, y si me gusta —dijo mirándole con los ojos entrecerrados—, y creo que sí, no tardarás en ver tu nombre entre nuestras páginas.

La conversación continuó durante algunos minutos más en los que Lucas rezó para que el director del periódico no notase que se había perdido todos los actos históricos, sociales y literarios de los últimos cien años.

Cuando el sol le golpeó en los ojos al salir del edificio de ladrillo solo pensó en regresar a la biblioteca para contárselo a Sarah. Así que un rato después, con el corazón más frenético que durante la entrevista, traspasó las puertas de la recepción en busca de su nueva amiga. La encontró leyendo un libro de poesía sentada en las baldosas granates del suelo. Como ella no percibió su presencia, él tomó asiento a su lado hasta que ella fue consciente

un par de minutos después. Cuando le vio, soltó el libro dejándolo caer en su regazo, ahogó una carcajada con las manos y le dio un empujón en el costado.

—Pero, ¿cuánto tiempo llevabas aquí?

—Quiero ser socio de la biblioteca para poder llevarme ese libro que te llevó a otro mundo.

Ella, abrumada de emoción, tan solo fue capaz de cogerle de la mano, apretarla con fuerza y asentir. Mientras caminaban rumbo al mostrador él le contó entre susurros que había conseguido el puesto.

—Así que empiezo dentro de unos días. Mi tarea principal es sencilla: tendré que revisar los artículos de los redactores senior. La mayoría de esos artículos tratan sobre literatura del siglo XIX así que lo tendré fácil, es mi especialidad —dijo tragando saliva—. Robert Levy me aseguró que con el tiempo yo también podré escribir y publicar. Aún no puedo creerlo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? Sois unos fenómenos. Diría que tenéis la suerte de vuestro lado, pero la verdad es que creo que es mérito vuestro. Ambos sois muy agradables y es fácil encariñarse con vosotros.

Lucas, enrojecido, se apretó las manos para no dejarse llevar, pues no quería acabar tomándola entre sus brazos, arrastrarla entre las librerías y besarla hasta dejarla sin aliento. Solo pudo susurrar: *gracias*.

Pasaron la mañana juntos, Sarah mostrándole sus novelas y poemarios favoritos de este siglo, y él absorbiendo todo cuanto daba de sí su cerebro, que no era mucho, para ser justos, pues no despegaba su mirada de las redondas y amplias curvas de la bibliotecaria.

A varios kilómetros de la torre redonda de la biblioteca, Isabell Jenkins corría escaleras abajo para buscar en el almacén de la tienda de souvenirs la camiseta de talla extra pequeña que un cliente le había solicitado.

Cerca de las cajas en las que ella trajinaba se encontraba el despacho de la dueña del negocio, una mujer casada y divorciada cuatro veces que daba trabajo a una treintena de personas con sus tiendas de regalos para turistas. La mujer llevaba largo rato observando a través de las cámaras de la tienda los movimientos de todos sus empleados y sus clientes. Había empezado la ronda media hora antes, como era habitual: le gustaba confirmar que todo marchase correctamente. Y además esa mañana tenía una nueva empleada.

Al hacerle la entrevista había dudado entre si darle el puesto a ella o a una estudiante francesa que pasaría allí la primavera y el verano. Pero al final, los modales de Isabell, que parecía tan refinada pero a la vez agradable y cercana,

hicieron que sintiera una corazonada. Y después de verla en acción lo tuvo claro: había dado en el clavo. La joven Isabell se esmeraba con cada cliente como si el objeto que les estaba vendiendo fuese lo máspreciado de sus vidas. Tenía un desparpajo innato y una elegancia de la que se percataban todos cuantos entraban en la tienda.

Cuando Bell consiguió abrir la caja registradora para guardar el billete de veinte dólares, dar el cambio al cliente e imprimirle el ticket de compra, la dueña de la tienda la llamó por megafonía.

—¿Sabes que tienes dos descansos? —le preguntó cuando Isabell traspasó la puerta de su despacho.

—Eh, sí, lo que pasa es que hoy no los necesito. Hay tanto jaleo que no quiero dejar solos a mis compañeros.

—No seas tonta, ellos ya han descansado una vez. Todos tenéis los mismos derechos. Así que tómate un respiro. Y cuando vuelvas pídele a Peter, el supervisor, que te traiga el bocadillo para comer igual que al resto, ¿entendido?

—Alto y claro, gracias.

—Ah, otra cosa, Isabell. Es genial contar con una persona cargada de entusiasmo como tú, pero te daré un consejo: tómallo con calma. Si derrochas esa energía cada día muy pronto te cansarás de vender gorras y camisetas. Sé que vales mucho, es más: no creo que llegues hasta septiembre porque encontrarás un trabajo en el que encajes mejor, pero durante el tiempo que estés aquí, intenta racionar tus fuerzas y tu motivación. Si no, no aguantarás el ritmo.

Isabell salió de la tienda con su uniforme puesto. No sabía muy bien qué hacer, no tenía sed ni apetito todavía, así que se acercó a un banco de piedra que había junto a una fuente y tomó asiento. Respiró satisfecha por cómo estaban yéndole las cosas. Reparó en que unos locales más al norte que el de su trabajo había una tienda mitad de empeños mitad de venta de antigüedades. Tocó su bolsillo derecho: allí guardaba una de las pulseras que quería vender. Observó la hora en un cacharro de metal enorme colocado en mitad de la plaza y confirmó que aún tenía quince minutos antes de regresar al trabajo.

El escaparate de la tienda era extraño: tenía un tono amarronado y grisáceo que le hacían sentir a uno cierta añoranza. Estaban expuestos todo tipo de objetos antiguos (aunque para Isabell, la mayoría le resultaban novedosos o desconocidos): había un viejo Mac de los ochenta, una bicicleta de los años

cincuenta, varias máquinas de escribir, algunos retratos y pinturas de no mucha calidad y docenas de cartelillos indicando que compraban cualquier cosa interesante o singular. Sobre la puerta de entrada, de cristal con un metal pintado de amarillo chillón, un cartel rezaba: *empeñe aquí, su tranquilidad intacta*.

Al traspasar la puerta escuchó el tintineo de una campana. Segundos después apareció frente a ella un hombre arrugado, con una voluminosa papada que trataba de ocultar con una barba gris.

—¿Qué quieres?

—Buenos días, caballero. Me gustaría empeñar un objeto.

—¿Sí? —respondió el hombre mirándola de los pies a la cabeza.

Isabell se ofendió pero no dio muestras de ello.

—Sí. Si me hace el favor, ¿podría indicarme su valor aproximado?

El hombre arrugó los labios, dio media vuelta y se colocó tras el viejo mostrador de madera.

—¿Y qué quieres empeñar?

—Esto —dijo ella con parsimonia mientras sacaba de su bolsillo una brillante pulsera con piedras azules—. Son zafiros. Y oro.

—Ya. Eso habrá que verlo —respondió el hombre cogiéndole de las manos la joya.

La observó a contraluz y la depositó con suavidad sobre la superficie. Después sacó un pequeño maletín que contenía lupas, pinzas y otras pequeñas herramientas que Isabell no conocía.

—Tardaré un rato, no te quedes ahí mirándome.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó ella visiblemente molesta.

—Pues date una vuelta. A lo mejor encuentras algo que te gusta y podemos llegar a un trato.

—Lo dudo —murmuró la joven mientras le daba la espalda.

El interior de la tienda resultó apasionante. Para Isabell era como embarcarse en un museo del siglo XX, pues aguardaban en las estanterías multitud de objetos irreconocibles y fascinantes para una mente que nada sabía de aquella época. Lamentó no tener más tiempo para poder disfrutar justo cuando un reloj de cuco silbó que eran las once en punto. Tenía cinco minutos para cerrar el trato y regresar a su puesto de trabajo.

Cuando daba media vuelta para acercarse al mostrador su pie izquierdo tropezó con un objeto colocado en el suelo. Estuvo a punto de caer y se percató de que el hombre la miró con desagrado. Se agachó para enderezar el

panel que se había ladeado y al tocarlo, la fina sábana de lino que lo cubría se soltó y terminó en el suelo justo cuando Isabell reconoció sin lugar a dudas el objeto: se trataba del retrato de su abuelo. Aquel que su padre tenía colgado sobre la chimenea de la biblioteca de Oak Mansion.

Trastornada por el extraño descubrimiento, tardó en recobrar la compostura unos segundos. Cogió el retrato y lo acercó al mostrador.

—¿Sabe quién trajo esto aquí?

El hombre miró el cuadro y negó con la cabeza. Tenía un cigarro entre los finos labios y un poco de ceniza de soltó del extremo.

—¿Tiene algún dato del cuadro, por favor?

—No sé nada, hija. Llevo aquí un par de años nada más y la mayoría de lo que ves ya estaba cogiendo polvo cuando me hice cargo de la tienda.

—Y, no sé, ¿no tiene un registro de quién trajo las cosas que vende?

—¿Vas a decirme cómo tengo que llevar mi negocio?

Isabell negó con la cabeza mientras asentaba en sus tripas las ganas inmensas de partirle la cara a ese hombre.

—Si quieres te lo cambio: quédate el cuadro si tanto te gusta y yo me quedo la pulsera.

—No, para nada. Quiero el dinero. El cuadro se queda donde estaba.

Dos minutos después Isabell salía de la tienda aturdida aún y con un pequeño fajo de billetes de cincuenta apretado en el bolsillo de su uniforme.

Capítulo 17

San Francisco, 7 de abril de 2010.

Lucas y Sarah decidieron salir a almorzar cuando el sol pegaba en lo alto de sus cabezas con la intención de recoger a Bell en su trabajo y comer juntos. Pero cuando llegaron a Union Square la encontraron tomando un bocadillo con sus nuevos compañeros. Ella contaba una anécdota que su hermano conocía muy bien, aquella de cuando siendo unos niños robaron el coche a su padre, y sus nuevos amigos reían dejando salir de sus bocas trocitos de comida.

Cuando Isabell se percató de que la pareja estaba allí corrió a por ellos y les estampó un beso a cada uno en la cabeza.

—Quedáis realmente bien. Cómo lo sabía —dijo guiñándole un ojo a Luc.

—Te veo muy relajada —dijo él cambiando de tema—, veníamos a por ti pero creo que ya estás comiendo.

—Oh, sí, es que mi supervisor trajo unos bocadillos realmente exquisitos, los llaman döner kebab y no pude decir que no. ¿Os importa dejarlo para otro día? Podemos comer juntos mañana o pasado, porque yo trabajo todo el fin de semana.

—Huele bien, muy bien ... —dijo Luc acercando su nariz al bocadillo—. ¿Sabes dónde podríamos tomar uno igual?

—Yo sí —respondió Sarah—, si te apetece, te invito.

—De eso nada, soy yo el que invitará. Bueno, Bell, si no necesitas nada... Nos veremos esta noche.

Tan contento estaba por pasar más tiempo a solas con Sarah que ni se acordó de contarle a su hermana lo del nuevo puesto de trabajo. Desde que conoció a esa chica se había transformado en una esponja que vivía para absorber cada detalle, palabra y gesto de esa tal Sarah Fresno. Tampoco le importó el hecho de que Bell tuviera que trabajar los próximos dos días. Eso significaba que tendría cuarenta y ocho horas disponibles para poner en marcha un plan cuyo objetivo sería besar a Sarah.

Cuando se habían alejado casi una manzana, Isabell les dio alcance y algo

nerviosa comenzó a hablar.

—Sarah, si no te importa, ¿podrías dejarme hablar unos minutos a solas con mi hermano? Se trata de un tema familiar, privado —dijo mientras le temblaba el labio superior.

—Por supuesto, el restaurante está ahí mismo —dijo señalando un local pequeño decorado con banderas de colores—, me acercaré e iré pidiendo.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, Bell dio rienda suelta a su lengua.

—Oh, dios mío, Luc, lo había olvidado... ¡Y no podía esperar a verte esta noche! Esta mañana tuve un descanso en la tienda. Así que me acerqué a un local de empeños. Cuando el hombre, que por cierto era un grosero de cuidado, estaba valorando mi pulsera de zafiros me puse a curiosear entre los objetos que había en la tienda. Y jamás, jamás en tu vida, te doy mi palabra, jamás, óyeme bien, acertarías a descubrir lo que encontré tapado bajo una sábana.

Bell se movía tan rápido a consecuencia de los nervios que llegó a pegar algunos saltitos en mitad del parque.

—¿No quieres adivinarlo? —preguntó mostrando sus dientes, que casi castañeaban de la excitación. Luc negó cabeceando—. Vale, te lo diré. Encontré el retrato del abuelo Jenkins. El que está, bueno, el que estaba colgado sobre la chimenea de la biblioteca de Oak Mansion. ¿Qué te parece? ¿No es increíble que lo haya encontrado? ¿Cómo demonios habrá llegado hasta allí?

Capítulo 18

San Francisco, 7-9 de abril de 2010.

Lucas Jenkins recordaría el resto de sus días aquellas jornadas gloriosas en compañía de su primer amor, una bibliotecaria nacida cien años después que él. Pasearon por la ciudad cada atardecer, tomaron helado de chocolate frente a las Damas Pintadas de Alamo Square, recorrieron el Golden Gate en bicicletas alquiladas y alimentaron leones marinos en el muelle. Llegaron incluso a planear un viaje en tren al valle de Napa para cuando las uvas madurasen e hicieron planes para la siguiente Navidad. Así de seguros estaban de su amistad. Porque no fue otra cosa hasta la tarde del nueve de abril.

Tras el paseo en bicicleta decidieron pasar el resto del día en casa, Sarah se encargó de la música y Luc de preparar algo para picar.

—Estas canciones son extrañas —dijo él cuando Sarah se sentó a su lado en el banco del mirador. Sonaba una canción pop cualquiera. La olvidarían nada más terminase.

—¿No te gusta la música actual?

—No, la verdad es que la encuentro cargante e insulsa. En casa solíamos escuchar otro tipo de melodías. Algún día te las mostraré.

—¿Por qué no ahora? Claro, no conoces Youtube, ¿verdad? Tan solo dime el nombre del artista o la canción que quieras escuchar y en un segundo, la tendrás.

—Es difícil elegir, pero, me vienen a la mente dos nombres. Scott Joplin y...

—¿De verdad escuchabais *ragtime* en casa? ¿Pero de dónde habéis salido vosotros? —dijo entre risas y asombro.

—¿Conoces sus canciones? —preguntó él animado.

—¡Cómo no! Pero dijiste que tenías en mente otro nombre, dime.

—Verás, era un nombre prohibido... pues solía ser famoso por actuar en burdeles.

—La cosa se pone interesante... ¿Quién era?

—Jelly Roll Morton.

—¡Uno de los padres del jazz!

—¿Le conoces?

—¿Quién no? Escucha...

De pronto el salón se inundó con los sonidos cálidos de *West End Blues*, una pieza posterior a 1906 que Lucas no reconoció pero al que maravilló. Se puso en pie y comenzó a moverse con los ojos cerrados. Sarah le observaba desde su asiento hasta que él se aproximó y le ofreció los brazos para bailar.

—Es maravillosa —susurró mientras se balanceaba—, vamos, baila conmigo...

Pegados el uno al otro y tocándose solo los brazos, primero bailaron siguiendo el ritmo pero tras varias canciones el sonido dejó de transmitirse hasta sus cerebros. Apretaron sus cuerpos y entonces solo hubo cabida para aquel murmullo eléctrico que separaba sus labios y que casi podía palparse. Sus miradas oscilaban entre los ojos y las bocas y cuando el contacto se volvió inevitable, necesario, explosivo, la piel de sus labios se rozó y sus lenguas terminaron bailando al ritmo de la música.

Lucas recorría con sus manos hambrientas las curvas del cuerpo de Sarah, que palpitaba bajo la ropa. Y ella apretaba con avidez la espalda y el pecho de él como queriendo abarcar todo cuanto fuese posible en un segundo. Como si fuera a sonar una campana de un momento a otro y rompiese aquellos instantes mágicos.

Ella comenzó a desabotonar la camisa de él, que no era consciente porque solo tenía activado el sentido del gusto: necesitaba saborear la lengua de ella hasta perder la cabeza.

Cuando Sarah dirigió sus movimientos a desabrocharle el pantalón, él se detuvo.

—¿Estás segura? —le preguntó entre jadeos y mirándola como si se hubiese convertido en un animal salvaje.

Ella por respuesta se desvistió. Lanzó su ropa interior al sillón fucsia y quedó expuesta frente a Lucas. Él tomó asiento en el sofá, algo mareado por la excitación y esperó a que ella tomara la iniciativa.

—Vamos a mi dormitorio —le dijo dándole la espalda y usándola como el anzuelo más portentoso.

Pasaron juntos la noche, apretados en la estrecha cama de Sarah y solo durmieron cuando el amanecer les lanzó sus rayos como afilados cuchillos dentro de la habitación.

Bell lo había sabido nada más conocer a Sarah Fresno. No es que lo hubiese deseado porque la chica fuera un encanto o porque lo hubiese intuido con un sexto sentido, es que lo había sabido con certeza. Desde niña poseía un don para calar a las personas y de Sarah pensó, la primera noche que compartieron en el salón y que ahora sentía tan lejana, que congeniaría con su hermano hasta en el más mínimo detalle.

Así que no le sorprendió ni un ápice saber al día siguiente que Sarah Fresno y Lucas Jenkins habían pasado la noche juntos. Se lo explicó él mismo, que salió de la cama cuando sintió a su hermana trajinando en la cocina.

Hacía casi tres días que no hablaban a solas, tanto es así que le había contado cómo consiguió su empleo en el periódico dejándole una nota en la cama la mañana anterior en lugar de darle la noticia charlando. Durante esas horas intensas, tan diferentes para uno y otra, ambos jóvenes habían acumulado algunas cuestiones que querían tratar sin testigos.

Pero antes, Isabell le abrazó fuerte y le atusó las orejas, aquellas orejitas que había visto crecer desde que no eran más grandes que una uva.

—¿Estás bien? —le preguntó él al sentir su añoranza— A Sarah le pareció bien, ha sido algo totalmente consensuado —afirmó con preocupación.

—Lo sé, Luc, sé que nunca harías daño a nadie. Es solo que me parece mentira que hayamos llegado hasta aquí.

—Lo sé, a veces me pellizco para recordarme que no es un sueño. Conocer a Sarah, este mundo, tu trabajo, el mío... Es todo demasiado bueno.

—Sí, tienes razón. Pero yo no me refería a eso, me refería a nosotros. Somos mayores, Luc. Hemos crecido y nos hemos separado de nuestros padres. Y de qué manera...

—¿Piensas en ellos, en Oak Mansion?

—Pues claro que lo hago. Y a veces veo a Rosita caminando entre los pasillos de la tienda, y a Yun-yu mirando el escaparate..., y echo de menos nuestra casa... Claro que lo añoro. Pero allí no podíamos ser felices —dijo más para convencerse a sí misma que a su hermano—. ¿Sabes que incluso he pensando en Philipp A. Cark? Jamás me habría casado con él, pero me pregunto qué sería de todos ellos. Y también he pensado mucho en estos días en cómo llegó el retrato del abuelo Jenkins a la casa de empeños —dijo con el ceño fruncido—. Padre lo tenía en gran estima, ¿por qué iba a venderlo? Formaba parte de la fortuna familiar. Más que eso, era un tesoro sentimental. No entiendo cómo llegó hasta allí. Le pregunté al dueño de la tienda si sabía

algún detalle de su procedencia pero no tuve suerte. ¿Crees que nuestro padre pudo venderlo?

—En realidad no sabes quién lo llevó hasta allí. Tal vez fuera algún antepasado nuestro posterior a padre. Sería fácil averiguarlo.

—No, Lucas. Prométemelo —rogó sobresaltada Isabell—. No creo que sea acertado remover el pasado. Quizá no nos guste lo que encontremos.

Lo había meditado largas horas. Mientras despachaba a sus clientes, cada vez con el ánimo más decaído, pensaba en ello. Valoraba la posibilidad de indagar en el pasado de su familia, pero acabó convenciéndose de que eso solo les traería sufrimiento. Porque fuera el que fuera su porvenir, ellos ya no formaban parte de él y no podrían alterarlo de ninguna manera. Ni para bien ni para mal.

—Ahora, aquí —dijo la joven posando sus manos en la mesa del comedor—, esta es nuestra vida. Antes de este momento no hay nada —dijo Bell sosteniendo el camafeo sin percatarse entre sus dedos.

En ese instante apareció Sarah en pijama por el pasillo. Medio dormida se sirvió un vaso de leche y sonrió a los hermanos.

—Me alegro mucho de teneros aquí. Bell, siempre soñé con tener una hermana. Eres rara y maravillosa. Eres Pipi Calzaslargas. Y Luc, aunque en mi vida no había cabida para las historias de amor, estoy muy feliz por haberte conocido. No sé dónde nos llevará esto, pero me gusta —hablaba con los ojos medio cerrados—. Ah, lo olvidaba: mi abuela me ha invitado a una de sus fiestas especiales. Creo que os gustará: la ambientarán como en el año mil novecientos y poco, os pega mucho —dijo bostezando—. Me vuelvo a la cama, estoy muy cansada. La fiesta es esta noche, cuento con vosotros porque *Gin la grande* quiere conoceros de una vez. Sobre todo a ti, Luke Skywalker.

—Ve con ella, no creo que acierte a colarse en la cama —dijo Bell con un halo de preocupación.

Isabell permaneció unos minutos más en el apartamento, reflexionando sobre lo hablado con Lucas, y después salió a la ciudad. Durante el trayecto al trabajo la cabeza no le daba tregua: continuamente le lanzaba preguntas y la bombardeaba con temores y malos augurios. Trataba de librarse de todo ello pensando en su buena suerte, pero al final acababa derrumbándose. *¿He terminado aquí para ser tendera? ¿Quién y por qué alguien se deshizo de uno de los tesoros más preciados de mi familia?*

Indagar en el pasado y entender se estaba convirtiendo en una necesidad

primaria que se esforzaba con ahínco por no ver.

Pero una certeza horadaba su cerebro minuto a minuto: quizá olvidar quién fue no era el camino para labrar su futuro. Y como esas dudas la desgastaban por dentro cada día, solo estando a solas durante la madrugada a la luz de las farolas, tenía la suficiente fortaleza como para abrir su camafeo y observar a su familia. Con ese gesto regresaba a su rutina en la casa grande, a sus charlas con Rosita, a sus paseos con Yun-yu, a su interés cohibido por su madre, a la esperaza, que nunca la abandonó del todo, de demostrarle a su padre quién era Isabell Jenkins y cuál debía ser su futuro.

Cada noche las lágrimas de angustia por no saber y por lo perdido en el tiempo se derramaban sobre la almohada sin que pudiera evitarlo.

Capítulo 19

San Francisco, 9 de abril de 2010.

—¿Cuándo le has hablado a tu abuela de mi? —preguntó Luc a Sarah mientras ésta se desperezaba en su cama bien entrado el mediodía.

—Hablo con ella cada día varias veces: o me llama o nos escribimos. Siempre estamos conectadas. Le conté que había alquilado las habitaciones, una de ellas a un chico muy interesante, y no paró de preguntarme hasta que le conté todo sobre ti.

Su gesto se endureció de forma casi imperceptible. Porque, ¿cuánto sabía de él? Cuando regresó a la cama hacía unas horas tardó en conciliar el sueño porque cientos de dudas la acibillaban como mosquitos en un lago. Su intuición era contradictoria: por una parte sentía que podía confiar en Lucas ciegamente, pues era un hombre bondadoso. Pero la realidad era que sabía tan poco de él... *Quien oculta información lo hace por una razón*, se decía. Y él trataba de exponerse lo menos posible. No sabía dónde había nacido, ni quiénes eran sus padres. No conocía el nombre de los colegios a los que había asistido. ¿Dónde había estado los últimos años? ¿Los habría pasado con su hermana y su madre en esa casa curativa del bosque? Esa explicación le resultaba cada vez más débil. Todas esas inquietudes le martilleaban dentro de las sienas de continuo.

—Esta noche te hará una inspección, tratará de ver más allá de tus palabras y de descubrir quién eres realmente —dijo mientras rebuscaba en el armario algo que ponerse.

Luc tragó saliva y su gesto advirtió a Sarah que algo así le preocupaba de veras. Ella hizo lo mismo con la intención de vaciar de sus intestinos esas dudas que la atormentaban.

—Y, ¿cómo es que tu abuela da fiestas? ¿No es demasiado mayor para esas cosas? —preguntó Luc desviando la atención.

—La cifra de su edad dice una cosa. Pero cuando la conozcas entenderás que es más joven de espíritu que tú y que yo. Toda su vida fue maestra infantil.

Pero cuando mi madre murió algo despertó en ella, no sé muy bien cómo explicarlo. Decidió que su tiempo estaría mejor invertido en adultos con dificultades que en niños. Mi madre murió, y ya no podía ayudarla, ni mejorar su vida. Supongo que pensó que había en el mundo muchas otras personas mayores que merecían un poco de felicidad. Y como es de la opinión de que el conocimiento nos hace libres, pidió trabajo en una escuela estatal que ayuda a los adultos a terminar sus estudios.

—Es una labor maravillosa —dijo Luc emocionado—. Pero, ¿una fiesta? ¿Por qué?

—Bueno verás, los maestros del centro organizan actividades recreativas para demostrarle a los alumnos que no es necesario meterse una raya para disfrutar con los amigos.

—¿Una raya?

—Drogas, Luc —dijo un poco molesta—. ¿Tampoco sabes lo que son las drogas? Pasado mañana hay una charla sobre el tema en la biblioteca, quizá podrías ir —le dijo en tono hiriente.

—¿He dicho algo malo? —preguntó él levantándose de la cama.

Sarah negó con la cabeza y chascó la lengua.

—No, lo siento. De verdad que lo siento. Estoy muy cansada, no he dormido demasiado bien y además no sé qué vamos a ponernos para la dichosa fiesta. ¿Cómo diablos vestía la gente en 1905?

Lucas sonrió y dijo:

—Tengo una idea. Pero mejor vamos a por Bell —propuso mientras confirmaba la hora en el reloj de la mesilla—, ella es mejor que yo en estas cosas. Si nos damos prisa la cogeremos en su tiempo para comer.

La abuela de Sarah, *Gin la grande*, solía encargarse de las fiestas temáticas y de las excursiones literarias, aunque éstas en verdad era su nieta quien las preparaba. La calidad de esos encuentros y el grado de diversión había ido creciendo de boca en boca y ya eran unos cuantos los alumnos del centro de adultos que se habían apuntado a las clases más por esos momentos especiales que por mejorar su nivel educativo.

Ninguno de los asistentes al sarao de ese sábado de abril, imaginó que entre ellos bailarían y charlarían dos personas venidas precisamente de aquellos años que trataban de recrear. Y todo se había puesto en marcha de la manera más extraña: Aida Revoir, una jardinera jubilada que decidió retomar sus estudios porque pensó que sería una forma estupenda de conocer gente y

ampliar sus horizontes, cuidaba aún de una vieja mansión situada cerca de los acantilados de Narrow. Sus dueños, una familia de origen sueco, le rogaron cuando colgó las herramientas que siguiera cuidando su casa de San Francisco. Apenas la pisaban dos o tres veces al año, pero la paz que respiraban allí era suficiente como para no pensar en deshacerse de la casa, los jardines y la pequeña playa privada a la que tenían acceso.

Se trataba de una asombrosa propiedad de varias hectáreas en las que se alzaba majestuoso un gran edificio de tres plantas, con una columnata que recorría la fachada principal de lado a lado. Había sido construida en piedra y ladrillo, de ahí que soportase con dignidad cualquier amago de incendio y los terremotos que a menudo sacudían la zona.

En el interior destacaba una impresionante escalera de mármol que parecía flotar hacia el tragaluz del tejado.

Hacia tres semanas Aida y Gin tomaban juntas el almuerzo en una de las terrazas de la casa. La jardinera tenía que programar el riego acorde al tiempo primaveral que se avecinaba y Gin como no tenía otra cosa mejor que hacer decidió acompañarla. Por un casual llegaron a hablar de las fiestas temáticas.

—Sería maravilloso recrear el ambiente de principios de siglo XX, aquí tendríamos un plus, una ayuda extra. Menudo ambiente, ¿eh?—dijo la jardinera divertida.

—¿No dices que los dueños te dejan usar la casa siempre que desees?

—Así es, pero una fiesta... quizá sea tomar el brazo entero —Aida se incorporó en el asiento.

—Oh, querida, no te apures —dijo Gin tocándole una pierna—, ya sabes cómo son nuestras fiestas: un poco de café, unas pastas, como mucho algo de champán. Lo más divertido de ellas es prepararlas y ver cómo llega la gente vestida. ¿Te imaginas? —dijo mirando al interior de la casa a través del ventanal abierto.

Minutos después Aida y Gin, con gran excitación, estaban tomando nota en un cuaderno de la lista de invitados, la comida que haría falta y cómo se repartirían las tareas.

Y al fin el día había llegado. La casa, levantada hacía más de ciento veinte años, resplandecía: docenas de velas eléctricas (no querían ser ellas las causantes de un incendio) iluminaban la planta baja de la casa y la gran escalera de mármol. Compraron ramos de hortensias blancas que decoraban cada mesa y repisa. Los ventanales se abrieron y las cortinas de seda color

crema se mecía con la brisa marina. Los invitados se repartían excitadísimos por la primera planta y las terrazas. Un ostentoso comedor y la cocina renovada al estilo campestre eran las joyas de la corona.

Los asistentes, haciendo gala de una inventiva asombrosa, vestían prendas adaptadas por ellos mismos que podrían pasar por buenas. Pero cuando los tres amigos, Sarah, Lucas e Isabell, traspasaron el recibidor todos los ojos se dirigieron hacia ellos y la charla grupal se convirtió en un leve murmullo de asombro que fue en aumento con el paso del tiempo.

Bell había tenido la acertadísima idea de acercarse a la tienda de empeños en la que días atrás había encontrado el retrato de su abuelo. Dedujo que si había objetos de decoración de aquella época, quizá también guardasen vestidos y trajes. Así que cuando Luc y Sarah la recogieron en el trabajo los llevó allí directamente.

En menos de una hora habían localizado justo lo que necesitaban. Para Sarah un traje de tres piezas; falda, chaleco y chaqueta, color coral, adornado con bordados de seda carmesí.

Para Lucas uno de esos fúnebres trajes negros como los que solían usar los hombres a principios de siglo, y hasta encontraron un bastón con la empuñadora de marfil que se parecía sospechosamente al que su propio padre había tenido con él toda su vida.

Y para Bell localizaron un vestido de encaje color tierra, entallado en la cintura y con las mangas abombadas a la altura de los hombros. Bell se arregló el pelo tal como solía llevarlo hasta hacía una semana. Su camafeo, colocado por encima del vestido, le daba el toque justo de credibilidad.

Así que cuando los invitados a la fiesta los vieron traspasar con paso solemne el umbral del gran salón, sintieron que el tiempo había retrocedido realmente y quedaron boquiabiertos. Poco a poco y con gran esfuerzo las conversaciones comenzaron a fluir de nuevo y en unos minutos los tres amigos estaban disfrutando del ambiente casi como cualquier otro invitado.

—Voy a por unas bebidas, y a por mi abuela —dijo Sarah antes de desaparecer en la cocina arrastrando la falda coral de su vestido.

—Es como volver a casa —dijo Luc observando con los ojos húmedos los muebles tallados que cubrían las paredes.

—No la reconoces, ¿verdad? —preguntó Bell muy nerviosa—. Es la casa de los Johanssen, ¿no te acuerdas de ellos? —le preguntó entre susurros—. Tenían tres hijos varones, mayores que nosotros, pero algunas veces jugamos con ellos en la playa.

Lucas entonces recordó. Y todo llegó como en estampida: en ese momento estaban dentro de la propiedad de una familia vecina y que generaciones atrás, había tenido amistad con sus padres.

Quería decir que Mercury Valley estaba a máximo tres kilómetros de allí.

Que Oak Mansion y todo lo que ello significaba quedaba a tiro de piedra.

Ambos sintieron un escalofrío recorriendo toda su piel y sus rodillas se convirtieron en algo tan blando como el cuerpo de un caracol.

—Abuela —dijo Sarah aproximándose a ellos—, estos son mis nuevos amigos. Isabell y Lucas Jenkins.

La mujer, con una corta melena de pelo plateado, delgada y vestida con una falda verde hasta los pies a juego con una camisa de lino bordado, sonrió ampliamente y asintió mientras acercaba sus brazos extendidos a los hermanos.

—Así que Jenkins, ¿verdad? —dijo cuando sostuvo sus manos—. Hace años vivieron cerca de aquí unos Jenkins de origen irlandés, ¿no seréis familiares de ellos?

Los hermanos negaron cabeceando. Y un silencio incómodo acuchilló el centro del pequeño grupo. Sarah lo solventó hablando de lo buenos inquilinos que eran y de la suerte que habían tenido en encontrar un trabajo tan pronto. La charla acabó relajándose y los cuatro consiguieron dejar atrás sus preocupaciones.

La música elegida, las velas repartidas, la ropa de los invitados, hasta las charlas que iban y venían, crearon una atmósfera especial que indujo en Bell un estado de añoranza único en su vida hasta ese instante. ¿Cómo podía echar de menos aquella otra vida que siempre detestó? Salió al jardín cuando Luc y Gin comenzaron a bailar al ritmo del *ragtime* y se perdió sendero abajo camino de la playa. Al cabo de unos minutos tenía frente a sí los acantilados de Narrow. El lugar donde todo empezó. O más bien, donde todo había terminado.

Sarah, sentada junto a la chimenea de granito negro labrado del salón, se percató de que su amiga bajaba a la playa mientras simultáneamente perdía de vista a Gin y Luc, que parecían hacer muy buenas migas desde que cruzaron unas pocas palabras. Sopesó si salir a buscar a Bell o dejarle algo de espacio, pues en los últimos días la había notado más triste, retraída y reflexiva. *¿Dónde tendría la mente?*, se preguntaba.

Sintió el peso de la responsabilidad en el estado de Bell: *quizá si no hubiera cedido todo mi tiempo a Luc, ella estaría mejor. Quizá solo necesita desahogarse. Y tal vez me cuente algo más sobre ellos...* Bajaba el camino a la playa con esas ideas yendo y viniendo de su cráneo cuando localizó a Bell acurrucada en un rincón rocoso con la mirada y la mente perdidas en el océano. Tomó asiento a su lado y no pronunció palabra alguna. Al cabo de un tiempo el silencio se rompió.

—Echo de menos a mi familia. La echo tantísimo de menos que me cuesta respirar, Sarah. Nunca pensé que pudiera sentir esto. Pero les necesito, yo formaba parte de ellos —dijo mientras sus lágrimas se precipitaban a la arena.

El sonido de las olas aumentaba cada minuto, el viento se había levantado y el cielo se cubrió de nubes blanquecinas que reflejaban las luces de la ciudad.

—¿Y no podrías acercarte a ellos? ¿Intentar arreglar aquello que esté roto?

—No, Sarah. Es demasiado complicado. Es imposible conciliar ambos mundos —dijo dirigiendo su mirada hacia las cuevas de Narrow.

—Tal vez si dejaras pasar un poco de tiempo acabarías recuperándote. O ellos entren en razón y todo vuelva a ser como debería —aventuró Sarah.

—¡Chicas! —gritó la abuela Gin desde lo alto del promontorio—. Vamos, alguien ha tenido la idea de mejorar esto... ¡Subid, no os quedéis atrás!

Bell permaneció sentada, incapaz de pensar o de moverse, hasta que Sarah se le acercó, le limpió las lágrimas con sus manos y tiró de ella para alzarla. Juntas, agarrándose las cinturas, ascendieron el camino de regreso a la casa y se toparon con Lucas. Éste, muy alterado y con la mirada disparada, no sabía cómo comenzar a hablar. Cuando Bell le preguntó qué ocurría respondió:

—Han propuesto trasladar la fiesta a Mercury Valley.

Los dos hermanos se miraron traspasando entre ellos cientos de preguntas y temores.

—Dicen que allí es como viajar realmente en el tiempo, que todo está igual que entonces —dijo tragando saliva.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —preguntó animada Sarah.

—Yo... de verdad que yo estoy realmente cansada, quizá podríamos regresar a casa —propuso Bell tratando de controlar el temblor de su labio superior.

—¡Vamos, chicos! —gritó Gin que había regresado a por ellos, mientras tomaba del brazo a Isabell—. Me gustaría mucho conocerte un poco más, querida, así que no pienso soltarte en lo que resta de noche —le dijo mientras le apretaba cariñosamente la mejilla—. Ningún otro lugar de este mundo es

más apropiado para nosotros esta noche —afirmó sonriendo inocentemente a los dos hermanos.

La niebla de la bahía se adentraba cada noche hacia Mercury Valley y Oak Mansion desde que sus edificios se asentaron allí, y antes de ello, desde que la ensenada se formó. Y esa noche de abril de 2010 no fue la excepción.

Conforme el grupo avanzaba por el camino de tierra que llevaba hacia la entrada oeste de la aldea, una capa de un vapor blanco y denso iba desparramándose en torno a ellos. Solo les iluminaba la luz de la luna, pues no había farolas ni ningún otro tipo de iluminación moderna.

Los dos hermanos conocían bien el camino. Dejaron atrás los tres pinos bajo los que de niños iban a recoger piñas para decorar la mesa en Navidad. Vieron a lo lejos la loma en la que algunas mujeres tendían las mantas los días de primavera. Y sortearon el viejo pozo situado casi en mitad del camino.

Había sin embargo una pátina indefinible que lo alteraba todo.

Un silencio que antes en aquella zona era inexistente. A pocos metros de entrar en la aldea ya se habrían escuchado los ladridos de los perros, los maullidos de los gatos y el alboroto de los niños fuera la hora que fuese. Pero no esa noche.

Esa noche el silencio lo regaba todo.

La mayor parte del grupo seguía a los hermanos unos cuantos metros por detrás, así que fueron Gin y Sarah, Luc y Bell los primeros que traspasaron la verja de hierro forjado en la que aún podía leerse: *Bienvenido a Mercury Valley*. Solo que estaba dolorosamente oxidada, la *V* desprendida estaba a punto de caerse y una de las puertas reposaba en el suelo con sus goznes reventados.

Caminaron por la que había sido la calle central del lugar, aquella en la que se montaba el mercado los días impares del mes, y observaron desolados cómo los edificios estaban vacíos con las ventanas rotas, algunos habían sido derruidos y otros parecían a punto de caer.

No había plantas en las ventanas, solo unos pobres visillos que oscilaban con la brisa marina.

No había árboles en las calles, solo cadáveres de madera putrefacta a punto de derrumbarse.

Y todo, cada recodo, cada piedra, cada grieta, estaba cubierto por un polvo grisáceo acumulado durante años y años, que parecía gritarles *huid de aquí*.

—¿No es maravilloso? —susurró Sarah a Isabell—. Es como viajar en el tiempo... Todo está igual que hace cien años.

—En absoluto. Esto no... No es ni la sombra de lo que fue —respondió Luc embargado por la tristeza.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó Bell al aire.

—Que todos los vecinos acabaron yéndose. Las cosas no fueron muy bien a raíz del terremoto de 1906 y las familias fueron mudándose a otros lugares del condado —dijo Gin sin perder de vista a los hermanos—. Venga, nuestro grupo parece haberse dispersado.

Y así era, los asistentes a la fiesta se diseminaron como los vilanos en primavera por una pradera. Se perdían entre las calles decrepitas, accedían a los edificios abandonados y otros admiraban la estampa sentados en las aceras.

—Podríamos acercarnos a la vieja mansión —dijo Sarah como quien propone ir al cine.

—Mejor no, podría ser peligroso —respondió sin perder un segundo Luc.

Pero Bell ya tenía puesta su mente, sus preguntas y sus temores entre aquellas paredes que habían sido su hogar y que quedaban a solo un paseo de distancia. Tomó a su hermano de la mano y dijo con la vista perdida en el horizonte:

—Deberíamos ir. Debemos saber.

Capítulo 20

San Francisco, madrugada del 10 de abril de 2010.

—Id vosotros, yo debo quedarme con el grupo. Creo que Aida necesitará a unos cuantos voluntarios para dejar la casa de los Johanssen como se merece —dijo Gin sonriendo y tomando el rostro de su nieta entre las manos.

La luna teñía de plata el sendero que conducía a Oak Mansion. Los tres amigos caminaban rápido y con dificultad por aquel terreno de grava y piedras que se colaban en sus zapatos. Pero como ni Luc ni Bell disminuían la marcha, y como Sarah intuía que algo estaba a punto de ocurrir, no abrió la boca para quejarse ni una sola vez.

—Por aquí, seguidme —ordenó Isabell tratando de apartar las ramas de unos tejos que crecían formando un muro.

—Pero, Bell, espera —pidió Sarah—, no es por ahí.

—Es un atajo —le dijo Luc mientras se colaba por el hueco creado.

Ella lo miró extrañada, ¿un atajo? ¿Cómo podía saberlo?

Al otro lado del muro de tejos se extendía ante ellos el gran jardín. Antes símbolo del lujo y la buena posición de los Jenkins, aparecía ahora poblado por cadáveres vegetales, desorganizado, asediado por las pocas malas hierbas que conseguían sobrevivir.

Más allá de la pradera otearon el perfil de Oak Mansion. A esa distancia parecía conservar toda su magnificencia. Pero según recortaban metros casi podían tocar con los dedos los años de soledad, tristeza y descuido que la habían acompañado durante ese siglo.

Isabell y Lucas se adelantaron ya sin disimular las lágrimas y la zozobra que golpeaba sus cuerpos y se plantaron frente a la fachada principal del caserón. Los ladrillos se habían desconchado, las ventanas estaban arrancadas y las pocas que quedaban en su lugar tenían los cristales reventados. Alguien había golpeado, tal vez con un hacha, la puerta de acceso que, aunque astillada, se mantenía en su lugar. El tiro de la chimenea grande estaba derruido y miles de

ramas de hiedra, que parecían los tentáculos de un pulpo negro y gigante, asediaban cada arista de la gran casa.

Bell sorbió por la nariz, se limpió la cara con la manga de la chaqueta y comenzó a correr hacia la parte trasera. Luc la siguió y Sarah, con el corazón palpitando fruto de lo que su instinto le gritaba —*aléjate, idiota, huye lejos de aquí*—, fue tras ellos.

Los hermanos palparon el muro de hojas enredadas que colonizaban la fachada hasta localizar una puerta de madera que consiguieron abrir al cuarto intento. Se colaron sin mediar palabra y caminaron en la penumbra del interior por aquellos pasillos y estancias que los habían visto crecer.

Las paredes parecían perder capas de sí mismas, el suelo estaba inundado de hojas secas y restos de muebles rotos, pedazos de cerámica y loza que antaño debieron formar parte de las vajillas de la casa, y hojas y más hojas de papel impresas, tal vez los restos de cientos de libros estropeados y dejados en el olvido.

Algunas estancias ocultaban sus objetos bajo sábanas polvorientas y otras estaban completamente vacías. Como lo estaban las paredes de la gran escalera, en donde los retratos de la familia Jenkins se habían exhibido décadas atrás con todo su esplendor. En el piso superior los dormitorios aún conservaban las camas, los escritorios y hasta algunas pesadas cortinas, pero todo estaba sucio, impregnado de descuido y desolación.

Bell corrió a su habitación y se encerró en ella. Observó el balcón, que había perdido la barandilla y dio rienda suelta a sus pensamientos. ¿Qué demonios había ocurrido allí? ¿Cómo su familia había derivado hacia tal decrepitud? ¿Habrían sido ellos los responsables?

Los lamentos y quejidos de Isabell Jenkins traspasaban la vieja puerta de su dormitorio y tenían doble consecuencia: en Lucas crecía aquel dolor situado en el diafragma que sentía cuando era niño y pensaba en el porvenir de su familia y de las gentes de Mercury Valley. Y Sarah, por su parte, se dejaba vencer por la angustia y la incomprensión de aquella situación. ¿Qué tenían que ver esos dos hermanos con esa casa? ¿Por qué estaban tan afectados? ¿No había preguntado su abuela si ellos eran descendientes de la familia que habitó entre esas paredes? Pero aunque así fuera, ¿cómo la visita a Oak Mansion podía causarles esa tremenda tristeza?

Lucas se alejó de Sarah por un pasillo cercano, con pasos pesados y lentos. Pero ella no podía dejarlo estar. Se dijo que lo justo era saber qué ocurría,

infló de aire polvoriento sus pulmones y caminó en su busca a través de los pasillos.

Lucas Jenkins, un piso más abajo, observaba desolado desde el centro de la habitación, los huecos vacíos en las estanterías que habían dejado los libros de su familia. En donde antes posaba con orgullo el rostro de su abuelo, ahora solo había una mancha, un vacío en la tela de la pared sobre la chimenea.

—Si no quieres decirme lo que ocurre aquí —dijo Sarah con la voz entrecortada—, os pediré que salgáis de mi casa mañana mismo.

Nada más pronunciar las palabras se arrepintió: lo suyo no eran las amenazas. Pero es que la situación estaba a punto de desbordarla.

—No me creerás —dijo él volviéndose para observarla.

—¿No crees que estaría bien probar?

Lucas no respondió. Las dudas le machacaban el cerebro. Si se lo contaba... podría perderla, podría tomarlo por loco, podría pensar que le mentía y entonces le haría daño... La perdería en cualquier caso. Podría perder su nueva vida allí...

—¿No vas a contármelo?

—Sarah, sé que pensarás que te tomamos el pelo —dijo una Isabell recompuesta entrando en la biblioteca tras ella—, pero te doy mi palabra: lo que te voy a contar es cierto.

Los hermanos intercambiaron una mirada cargada de cansancio y tristeza mientras Sarah fruncía el ceño preocupada.

—¿Recuerdas la tarde en que nos conocimos?

La bibliotecaria asintió. En ese punto estaba tan nerviosa que ya no sentía sus piernas.

—Unas horas antes de entrar en la biblioteca —dijo Bell hablando muy despacio— me desperté en un hospital. Huí de allí y fui a parar a tu biblioteca. Te preguntarás por qué acabé en un hospital. Es sencillo de contar con palabras, pero es difícil de comprender.

Varios segundos de silencio se adueñaron del momento. Isabell tragó saliva y continuó:

—Te pido que me escuches y me creas, porque lo que te voy a contar lo haré con el corazón en la mano, con el amor fraternal que siento por ti. Huí de mi casa tras una discusión con mi padre. Me refugié las cuevas de Narrow, las mismas que hemos visto hace un rato en la playa —dijo señalando hacia la ventana—. Y cuando salí... Cuando salí habían pasado más de cien años. Sarah, cuando yo entré en las cuevas era 1906. Y cuando salí estaba en 2010.

Y te conocí.

Mientras Isabell forcejeaba para abrir el camafeo y mostrarle su interior a Sarah, Lucas se apresuró a corroborar la historia como pudo.

—Después ella regresó a por mí y vinimos juntos a este mundo para encontrar nuestro lugar. Lo encontramos a tu lado, Sarah.

Cuando Lucas terminó de hablar, Sarah sintió cómo un torbellino de electricidad recorría su cuerpo desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Una mezcla de rabia, pena e incomprensión la lanzó a correr por los pasillos de la casa dejando atrás a los hermanos. Salió al jardín a trompicones y puso rumbo, con los ojos desorbitados, a Mercury Valley. La niebla le impregnaba la ropa, el interior de los pulmones y se sentía más pesada. Cada palabra que Isabell y Lucas habían ido depositando dentro de sus oídos le parecía más desacertada y fantasiosa que la anterior. ¿Una cueva por la que podían viajar en el tiempo? ¿Allí mismo, en la playa de Narrow? ¿Que ellos eran los hermanos Jenkins desaparecidos en 1906? Jamás habría imaginado nada parecido. Y aquel camafeo que le mostraba Bell con desespero mientras Lucas hablaba... Aquellas imágenes atesoradas en su interior... *Podría haberlo comprado en la tienda empeños, lo mismo que estos trajes y zapatos.*

Pero de pronto, sin caer en ello, sus zancadas comenzaron a disminuir la longitud al recordar la mirada de Lucas durante el relato. Era limpia y sincera, no había duda. Distaba mucho de ser una traición. Se detuvo mirando al frente, hacia el océano y le vino la idea como la chispa que enciende un fuego arrasador: había una manera de corroborar si todo aquello era cierto o no. Tenía que regresar. Cuando se dio la vuelta para volver a la casa se topó con los hermanos, que la habían seguido instantes después de su huída.

—Es cierto, Sarah Fresno, te doy mi palabra de honor que todas y cada una de las palabras que mi hermana y yo te hemos dicho son reales —dijo Luc aterrado jadeando.

—Algo me dice desde que os conocí que ocultabais algo. Si supiera rezar, lo haría para que lo que me habéis dicho sea real. Porque de lo contrario solo puedo imaginar que me habéis tratado de mentir porque escondéis algo mucho peor —hizo una pausa en la que observó sin pestañear a los hermanos—. Vamos a comprobar si vuestra historia es cierta. Pero si no lo es, no quiero veros nunca más. Quiero que os vayáis esta misma noche. Prometédmelo.

—Lo prometemos —dijeron al unísono los hermanos.

—Vamos, debemos ir a la biblioteca —dijo Sarah echando a andar.

Capítulo 21

San Francisco, madrugada del 10 de abril de 2010.

Sarah apartó la mano que Luc trató de sostener en el asiento trasero del taxi. Habían regresado a la casa de los Johanssen en donde los últimos participantes del sarao se afanaban por dejar impoluto el lugar. Se despidieron de la abuela Gin a distancia, pues ninguno habría podido ocultar los cientos de sensaciones que campaban a sus anchas por sus cuerpos, y tomaron el taxi que en ese momento les conducía en mitad de la noche por un San Francisco bullicioso hasta la biblioteca de Stone Hills.

Cuando Sarah había sido iluminada por esa idea estando en lo alto del acantilado con el Pacífico embravecido devolviéndole la mirada, le vino a la mente que 1906 era un año grabado a fuego literalmente para los habitantes de San Francisco. Cada aniversario, el 18 de abril, sus moradores encendían una vela que colocaban sobre el alfeizar de las ventanas como recuerdo de lo que pasó aquel año fatídico: un fortísimo terremoto que dejó a un cuarto de millón de personas sin hogar. Se contabilizaron más de tres mil muertos y heridos y las pérdidas económicas fueron desastrosas.

Eran casi las tres de la mañana cuando los tres amigos, en silencio sepulcral, penetraron al interior de la biblioteca. Cruzaron la gran sala de lectura y se maravillaron ante los rayos de la luna reflejados en aquel sistema de espejos y cristales que los proyectaban en espiral hasta el centro de la sala. Al fondo, Sarah empujó una puerta en la que un cartel rezaba “almacén” y encendió una pequeña bombilla que alumbraba la bajada al sótano. La primera vez que pisó ése lugar lo hizo en compañía de la anterior bibliotecaria, la señora Fuller. Ocurrió durante su primer día en el edificio como empleada, que no como usuaria, pues había pasado más días allí que en su propia casa.

Corrió escaleras abajo seguida por los hermanos, que no tenían la menor idea de cómo aquella incursión nocturna a las tripas de la biblioteca, daría credibilidad a su historia. Pero aún así siguieron a Sarah. El estado de vulnerabilidad que les había generado ver sus terrenos descuidados y

abandonados, hizo que se convirtieran en largas marionetas que solo podían moverse según los impulsos de cualquier otro.

Perdieron de vista a la bibliotecaria entre las estanterías que allí había. Al cabo de unos instantes un fluorescente empezó a parpadear al fondo de la habitación y dirigieron sus pasos hacia la luz. Encontraron a Sarah arrodillada en el suelo con dos amplios cajones abiertos de par en par uno a cada lado de ella. Estaban repletos de periódicos amarillentos y cubiertos de polvo. Fue entonces cuando lo comprendieron: Sarah buscaba la noticia de su desaparición, porque sin duda debía existir. Conociendo a su padre éste habría animado a los medios de la época a cubrir la noticia al ver que los chicos no daban señales de vida.

Sarah sacaba un periódico detrás de otro, leía la primera página, ojeaba el interior y lo tiraba al suelo tras ella. Los hermanos comenzaron a leer todo tipo de titulares relacionados con un horripilante terremoto acaecido pocos días después de su desaparición en 1906:

“Sonó como una estampida”.

“Parecía una locomotora a toda velocidad.”

“Aceras reventadas.”

“El tranvía en desuso, sus vías se han torcido.”

“Cientos de personas murieron mientras dormían.”

“¡El fuego es peor que el terremoto!”

“Cuiden sus estufas.”

“Escapes de gas por toda la ciudad.”

“La altura del humo se aprecia a 80 kilómetros de San Francisco.”

Los hermanos se miraban aterrorizados por aquella tragedia inesperada e inevitable. Estaban absortos en sus cavilaciones cuando de repente Sarah se giró hacia ellos con los ojos empañados por las lágrimas.

—Aquí está —dijo en un susurro mientras su mente se esforzaba por entender la situación—, todo es cierto.

Isabell le quitó con delicadeza el periódico y lo extendió delante de ella. Una imagen de los dos hermanos aparecía en el centro del pliego, Yun-yu la había tomado en el jardín de Oak Mansion a finales del invierno anterior, se veía al fondo de ellos la piscina. La noticia estaba fechada el 20 de abril de 1906. Lucas leyó en voz alta con esfuerzo.

LOS HEREDEROS JENKINS SIGUEN EN PARADERO DESCONOCIDO

La mala suerte se ha cebado en especial con la familia Jenkins. Si hace unos días informábamos acerca de los derrumbes en el astillero y en los telares propiedad de la Jenkins Corporation a consecuencia del terremoto, hoy se ha hecho público que los hijos del matrimonio Jenkins, Isabell y Lucas, desaparecieron de la casa familiar, Oak Mansion, en la madrugada del 6 de abril, tan solo unos pocos días antes del gran terremoto.

Se barajan todas las hipótesis: desde una huida consensuada hasta el secuestro.

Si alguien tiene información acerca del paradero de los jóvenes, se hace constar aquí que la familia ofrece una suculenta recompensa.

Informes en la policía del condado, se ruega seriedad.

—Hay más —acertó a decir Sarah que intentaba controlar las convulsiones de su voz.

Les pasó por encima de su cabeza un único pliego de periódico. Cuando Isabell centró la mirada en el titular y comprendió lo que significaba sus pulmones dejaron de tomar aire. El impacto de la noticia fue tal que la muchacha perdió el conocimiento y cayó contra el suelo del sótano sin que ninguno alcanzara a sujetarla.

Bell iba y venía de ese mundo de inconsciencia en el que se había sumido inevitablemente. Lucas, sosteniéndole la cabeza, trataba de serenarse mientras Sarah procuraba controlar su mente, que iba a la deriva en aquella historia imposible. *Es cierto, es cierto que son ellos*, se decía sin apartar su mirada incrédula de los Jenkins.

Transcurrieron largos minutos hasta que Isabell pudo recobrar el habla.

—¿Así que mamá murió? —dijo llevándose las manos al camafeo.

Lucas asintió cerrando con fuerza los párpados.

—Fue culpa nuestra, Luc. Nosotros se lo hicimos. Siempre pensamos que no le hacíamos falta pero... —estalló en sollozos.

—Eso no lo sabes —dijo él adueñándose al fin de su voz—, tal vez era su hora, es posible que su enfermedad no diera más de sí. Sin embargo —dijo haciendo una pausa para cargarse de valor—, hay algo que nuestra huida sí precipitó.

Le mostró un pequeño semanario local con fecha de 1923 en el que hacían un recorrido por la precipitada dilapidación de la fortuna familiar. El periodista explicaba que a raíz de la desaparición de los hermanos, el padre volcó sus

esfuerzos y todo su patrimonio en la búsqueda de los jóvenes.

Hombres y mujeres de todos los rincones del país, pero que tenían en común ser de la peor calaña, le exigían el pago adelantado por información fidedigna sobre el paradero de Isabell y Lucas. Información, por supuesto, salida de la imaginación de aquellos ladrones.

Cuando las arcas familiares se agotaron pocos años después, el padre comenzó a vender las empresas una tras otra. A continuación se deshizo de sus bienes inmuebles y por último, de todos y cada uno de los objetos de valor de Oak Mansion. Transformó su vida entera, y arrastró a cientos de familias que cayeron en la ruina, para alcanzar un único objetivo: traer de vuelta con él a sus hijos.

Capítulo 22

San Francisco, 10 de abril de 2010.

¿Cómo era posible que la culpa, una corriente química nacida en el cerebro, llegase a presionar físicamente los pulmones hasta el punto de no dejarlos insuflar y expulsar aire? Esa era la sensación contra la que ambos hermanos batallaban desde que hacía unas horas abandonaron la biblioteca de Stone Hills. Los tres amigos habían regresado al apartamento de Sarah cuando los primeros rayos del sol visitaban la ciudad.

Los Jenkins tomaron asiento en sofá del salón uno junto al otro, cada uno perdido en sus pensamientos. Sarah decidió dejarlos a solas y darse un baño, se llevó con ella los viejos periódicos para releerlos sobre la calma de las baldosas de su aseo. Su mente no daba crédito a la historia de la que estaba siendo protagonista. Pero tenía las pruebas frente a ella. Y además, cada una de esas líneas explicaba a la perfección el comportamiento, forma de ser y los modales de aquellos inquilinos. La ropa con la que vestía Bell el primer día que la vio. La forma de expresarse de él. Sus intentos de no darse a conocer, de no contar un detalle más allá de lo banal para no levantar sospechas... Tenía que ser real. Y si así era, sabía que esa noche acababan de iniciar el camino de su separación. Sarah sabía que acaba de perderlos. Al salir del baño los oyó discutir en voz baja.

—Dices que no fue culpa nuestra pero yo no estoy tan segura —decía Bell.

—Está bien, imaginemos que nuestra madre murió a consecuencia del disgusto de perdernos.

—Y no olvides la locura de padre, con él arrastró a todos cuantos conocía. Eso es culpa nuestra, Luc, no puedes rebatirlo.

—Está bien, supongamos todo eso. ¿Qué debemos hacer? ¿Regresar? ¿Volver a 1906 y dejar nuestras vidas aquí?

Como respuesta Bell permaneció en silencio. Cuando Sarah escuchó aquellas preguntas pronunciadas por Lucas sintió que cada una de ellas era una lanza que se clavaba en su tripa. De puntillas, porque no quería entrometerse,

recorrió el pasillo hasta su habitación y cerró por dentro. Se tumbó sobre el colchón y dio rienda suelta a su angustia.

En esos momentos Lucas caminaba de un extremo a otro del salón, tal como lo había hecho por el dormitorio de Bell la noche que escaparon por la cueva de Narrow. Pero ahora justamente luchaba contra los sentimientos contrarios: antes quería huir de Oak Mansion y todo lo que ello significaba. Ahora, en el fondo de su corazón, buscaba razones para no regresar. Pero no las hallaba. Ninguno de los dos se veía capaz de afrontar una vida en 2010 cincelada sobre la desgracia de otros. No podían soportar la idea de continuar con sus vidas sabiendo que ello conllevaba pisotear los cadáveres de tantos. De todos y cada uno de los trabajadores de la Jenkins Corporation. De su madre. De su padre que había agonizado desesperado por volver a ver sus hijos.

—No podemos —resumió Lucas manteniendo las lágrimas dentro de las cuencas al cabo de dos horas de reflexiones.

—No. Nuestro deber es regresar. Este no es nuestro sitio. Quedarnos aquí saldría demasiado caro. Tenemos que contárselo a Sarah.

—Contaba con ello —dijo ella entre lágrimas traspasando el umbral del salón—. Lo siento, quise irme y dejaros a solas pero no pude aguantar la espera y regresé al pasillo. Cruzaba los dedos porque esta conversación no tuviera lugar —dijo mirando con una sonrisa a Lucas—. Pero lo entiendo. Es vuestra responsabilidad. Yo haría lo mismo. Isabell, cuando hablabas de tu obligación de casarte y mantenerte en un segundo plano en la empresa familiar, pensé que eso sería imposible. No has nacido para que te conduzcan. Tú eres la directora de todo esto. No dejes que nadie pase por encima de ti, no pierdas tu bondad pero trata como puedas de agarrar las riendas de tu vida. Ayer te dije que tú eras Pipi Calzaslargas, pero no sabes quien es, ¿verdad? —Preguntó mientras extraía un libro del montón del suelo—. Léelo antes de marcharte. Me gusta mucho esta frase —dijo buscando entre sus páginas una con la esquina doblada—: “A los niños les conviene llevar una vida ordenada. Sobre todo si pueden ordenársela ellos mismos.” Ordenate la vida, Isabell Jenkins, no hay nadie más capaz que tú para conseguirlo. Da igual el año en el que vivas, sé que lo conseguirás —se limpió las lágrimas con las manos y dejó el libro sobre la mesita del salón. Caminó hacia el pasillo y con la mirada le indicó a Lucas que la siguiera.

Entraron juntos en el dormitorio de ella, que mantenía las cortinas cerradas y apenas estaba iluminado. Ella se sentó sobre la cama y él se arrodilló a su lado.

—Estos días contigo, Sarah Fresno, han sido lo mejor que me ha ocurrido en la vida —dijo él mientras apoyaba su rostro en las piernas de ella—. Jamás te olvidaré.

—Lucas, no sé qué decir. El amor no es lo mío. Mi mente está en blanco, no siento nada más que un dolor horrible aquí —dijo posando las manos en su pecho—. Cuando mi madre murió también lo sentí. Pero aprendí a vivir con ello y mi abuela Gin se encargó de rellenar todo lo que mi madre se llevó de mí al morir. Pero... contigo... ¿cómo voy a vivir con este vacío aquí? Nadie podrá llenarlo, lo sé. Cualquiera que lo intente me parecerá un impostor.

—Te escribiré, Sarah Fresno. Cada día de mi vida lo dedicaré a escribirte cartas que dejaré guardadas para que las encuentres ahora. Da igual donde esté, lo que haga, las personas de quien me rodee: mi vida tendrá sentido solo cuando me sienta a escribirte. Lo haré con la esperanza de que tú me leas más allá de los años que nos separan—dijo abrazándola.

Capítulo 23

San Francisco, 11 de abril de 2010 y de 1906.

Las calles de Stone Hills refulgían esa noche: los vecinos habían colocado banderitas de colores atadas en las cornisas de los edificios, la música improvisada bañaba las aceras, y los habitantes del barrio se agrupaban en corros repletos de comida para celebrar, como cada año, la festividad de San Fulberto. El ritmo de la música contrastaba con los rostros alicaídos de Lucas e Isabell que caminaban en dirección a la marquesina del tranvía. Tras la charla común los tres amigos habían convenido que lo más seguro sería regresar a las cuevas de Narrow bien entrada la noche del día siguiente, así evitarían a los turistas y a los agentes que guardaban en lugar. Sarah no encontró fuerza suficiente para acompañarlos, sentía el cuerpo vacío por dentro.

Una vez aceptaron que su destino era separarse sopesaron qué hacer con sus últimas horas juntos.

—Chicos, necesito estar sola, quiero dar un paseo y despedirme de todo esto —dijo Isabell señalando por el ventanal del salón.

Lucas la observó agradecido por el tiempo que eso le concedía para estar con Sarah a solas.

—Tengo que despedirme de los compañeros de trabajo, y le diré a mi jefa que tengo... no sé, asuntos familiares que resolver —dijo irónicamente.

—Por favor, Isabell, prométeme que no volverás muy tarde —le rogó Sarah mientras la abrazaba—. También quiero estar contigo. Todo esto empezó gracias a ti —dijo mientras ahogaba el llanto.

Una vez dejó zanjada su precipitada marcha del trabajo, Isabell regresó caminando hacia las calles de Stone Hills. Hizo el mismo recorrido que la había llevado hasta la biblioteca de Sarah: dejó atrás el bullicio de Union Square, contempló por última vez la Grace Cathedral y se adentró colina arriba al barrio en el que había encontrado su lugar en el mundo. En ese punto

las dudas iban y venían: ¿de verdad habría tenido una vida feliz en 2010? Con todas aquellas personas tan preparadas, ¿ella habría encontrado su oportunidad? ¿No sería más sencillo mantener su posición en la que era su época, su vida? Quizá trataba solo de infundirse valor para lo que le esperaba en 1906. Tal vez solo era la manera de parchear todos los miedos y angustias que aquel viaje de *solo ida* le generaba.

Mientras el sol del atardecer acariciaba sus pies, Sarah y Lucas se fundían el uno con el otro dentro de la angosta ducha. Ella estaba de espaldas a él, que la acariciaba mientras la enjabonaba.

—No sé cómo viviré sin tocarte cada día —le dijo él recorriendo la curva de la espalda de Sarah con la palma de su mano.

—Deja de decir esas cosas, por favor.

—Es lo único que tengo en la mente.

—Pero solo nos hacen daño.

—Separarnos es lo que nos rompe. No estar juntos es lo que nos resquebraja las vidas.

—Pero antes de conocernos sí teníamos unas vidas —dijo ella—. Debemos volver a lo que teníamos —rogó sin convencimiento alguno.

—Dime cómo. Dime cuál es la manera de olvidar lo que siento cuando toco tu piel. Lo que se mueve aquí dentro —le dijo dándole la vuelta para ponerla frente a ella mientras se llevaba las manos al pecho— cuando me miras dentro de los ojos. Porque tú no me miras a los ojos, tú sabes mirar dentro de mí.

Sarah dejó que las lágrimas cayeran por su rostro y se fundieran con el agua caliente de la ducha.

—No lo sé, no sé cómo olvidarte. No sé cómo seguir, Lucas. Pero lo haremos, sé que lo haremos.

En ese momento la pareja sintió el golpe de la puerta de entrada al cerrarse.

—Bell ya está de vuelta. Vamos con ella, tampoco lo tiene nada fácil —dijo Sarah limpiándose la cara con una toalla.

Los tres amigos pasaron las siguientes horas charlando en el salón del pequeño apartamento. Cenaron comida hindú que Isabell trajo con ella, brindaron (catapultados por la tristeza) por estar vivos, vieron las noticias de la noche y recogieron sus cosas, las pocas cosas que llevarían con ellos de vuelta a 1906.

—No puedo creer que tengamos que ponernos estos viejos disfraces para

volver a casa —dijo Lucas atusando su chaleco mientras caminaban a solas por las calles engalanadas de Stone Hills.

—Mejor así que en camiseta de tirantes. O que en shorts. ¿Te imaginas la cara de todos si nos hubieran visto aparecer con nuestra ropa de aquí? ¿Con mi uniforme de trabajo, por ejemplo? Habría sido la mejor anécdota de todos los tiempos —dijo con añoranza.

—¿Has pensando en lo que vamos a decir?

Bell negó con la cabeza.

—Improvisaremos —terminó diciendo—. Como sea como la última vez —dijo recordando la furia de su padre—, no creo que tengamos que hablar mucho. Padre nos dirá lo que quiere que hagamos y nosotros lo acataremos.

Los raíles brillantes del suelo silbaron levemente indicando que el tranvía estaba a escasos segundos. Cuando se detuvo frente a ellos echaron la vista atrás unos segundos, se despidieron mentalmente de aquel mundo que tanto les había ofrecido y, se ocultaron dentro.

Desde que los hermanos salieron de casa, Sarah Fresno estuvo plantada en una de las sillas del comedor mirando a la pared sin poder hilar un pensamiento útil con otro. Solo había una idea estúpida que se repetía dentro de su cabeza, incluso cuando cerraba los ojos la veía impresa en el interior de sus párpados: *¿Y si te vas con ellos?*

Los Jenkins se apearon cerca de la playa y caminaron en silencio hasta el aparcamiento. Constataron que ya no había ningún agente custodiando la entrada de la cueva, habían retirado la prohibición de acercarse, así se aproximaron a ella sin cuidado alguno. Isabell aferraba en sus manos el camafeo tan fuerte que sus dedos estaban blancos como el mármol. Dentro había ocultado el penique de 2010 que Sarah le entregó hacía una eternidad. Lo llevaría con ella a 1906 y sería su ancla a esa vida que le habría gustado tejer.

Justo cuando los dos hermanos, que eran la viva imagen de la pesadumbre, estaban traspasando el umbral de rocas afiladas sintieron unos gritos a sus espaldas. Aguzaron el oído y la vista a la vez que sus corazones se disparaban. Segundos después avistaron a Sarah que corría hacia ellos cargada de desespero.

—¡Esperad! Por favor, dadme un minuto...

Lucas la sostuvo entre sus brazos mientras ella trataba de hablar. Pero la

carrera la había dejado sin respiración.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Bell.

—Yo...es que yo pensé... Pensé en irme con vosotros.

Los Jenkins se miraron e intercambiaron una ráfaga de pensamientos telepáticos: *Podría funcionar... podríamos decir que nos conocimos en nuestra excursión... podría ser una de nosotros...*

—Pero después me dije que no podía ser —dijo modulando la voz—. Aquí tengo mi trabajo, que es más que un trabajo, es mi vida entera, mi pasión. Está mi abuela, juntas somos un todo, no puedo romperlo a mi antojo porque la rompería a ella —miró al suelo conteniendo el llanto—. No puedo abandonar mi vida para irme con vosotros. Pero al menos quería veros una última vez, quería... daros un abrazo antes de que os marchéis y entregaros esto también.

Sacó de su bolsillo una pequeña cartulina con algo escrito en letras rojas: era la fecha del día anterior. Al mostrarles el reverso vieron una imagen de ellos tres sacada en la fiesta temática, posaban Bell mirando al océano con una sonrisa, Lucas observando a Sarah y ésta mirando a cámara mientras una carcajada se deshacía en el aire.

—Creo que si alguien encuentra esta imagen en vuestro siglo no sospechará nada porque vamos vestidos igual que... —el llanto le impidió continuar.

Isabell cogió la fotografía de sus manos y agarró a su amiga por los brazos para llevarla contra ella. Se fundieron en un abrazo que coronó el cuerpo de Luc, que las abarcaba a las dos. Las olas les golpeaban los pies tímidamente y la niebla comenzaba a ganar terreno.

—Debemos irnos —susurró Isabell instantes después.

Deshicieron el abrazo. Pero Lucas, impulsado por el tormento que anidaba en su interior, tomó a Sarah y la besó hasta quedar sin aliento. Después, los hermanos caminaron hacia el interior, y cuando ya la luna no les iluminaba la voz de Lucas llegó hasta la playa.

—Te escribiré, Sarah Fresno. Me aseguraré de que recibas mis cartas.

Los hermanos Jenkins traspasaron el umbral del tiempo dentro de la cueva de Narrow, que se situaba justo sobre una de las subsecciones de la falla de San Andrés.

Cuando salieron a la playa escucharon unos ladridos insistentes muy cerca de ellos. Afinaron el oído y detectaron también las voces agitadas de varios hombres. Se adentraron en el bosque y un cuarto de hora después, el grupo de voluntarios que buscaba a los Jenkins sin cesar desde hacía varias noches, dio

la voz de alarma: *¡Los hemos encontrado! ¡Están sanos y salvos!*

Capítulo 24

San Francisco, 13-16 de abril de 2010.
Menos de una semana para el gran terremoto en 1906.

Cada mañana al despertar Sarah mantenía los párpados cerrados unos minutos más y recreaba en su mente algunas de las escenas vividas con los Jenkins. En especial con Lucas. La lógica matutina le gritaba que olvidase aquella historia de una vez, le llegaba incluso a susurrar que todo había sido una invención. Pero todavía sentía las caricias de Luc en su espalda. Y en sus labios aún permanecía el calor de los besos.

Se refugió en su trabajo hasta el punto de plantearse seriamente instalar un pequeño sofá en el sótano con tal de no regresar al apartamento. El vacío que lo ocupaba todo no hacía sino recordarle los detalles de su corta coexistencia con los Jenkins.

La mañana del trece de abril había decidido no desayunar, para qué si no sentía el menor rastro de apetito... El timbre de la puerta rompió el silencio del apartamento mientras Sarah miraba sin ver al interior de la nevera.

—¿Quién es? —preguntó con desgana.

—Traigo una carta para... Sarah Fresno.

El corazón se le puso del revés. *¿Será posible?*

Abrió la puerta vestida solo con una camiseta. El repartidor le entregó un pequeño paquete, más bien tenía el tamaño de una carta gruesa.

—Tiene que firmar aquí —dijo entregándole un iPad.

Mientras Sarah trataba de estampar su firma en el endiablado dispositivo el hombre la escudriñaba con curiosidad. Sarah intuyó que quería preguntarle algo, así que le devolvió la mirada, le sonrió y él se animó.

—¿Sabe que esta carta lleva en nuestras oficinas desde hace más de cien años? Los primeros compañeros en salvaguardarla fueron personas del otro siglo. Y generación tras generación la hemos venerado. Siempre creímos que se trataba de una broma pero a medida que pasaba el tiempo fuimos

cogiéndole cariño y... bueno, tratábamos de imaginar quién sería la destinataria y quién el afortunado de entregarla—dijo sonrojándose.

—Muchas gracias, dígame a sus compañeros que esta carta la escribió alguien muy especial. Era parte de mi familia y me la envía desde el pasado.

El hombre titubeó, pues no sabía qué responder a eso porque no entendía nada. Recogió el iPad, se despidió de la joven y se marchó escaleras abajo dándole vueltas al significado de la conversación.

Sentada sobre el almohadón del mirador, rasgó el papel y ojeó el contenido. Lo conformaban cinco pliegos de papel amarillento y de fuerte gramaje. La caligrafía era limpia y de curvas bonitas. Tardó catorce minutos en leerla. Sus últimas líneas decían así:

[...] Trataremos de aguantar por todas estas familias. No podemos permitir que la desgracia de nuestro padre (provocada sin duda por nuestros actos), eche a perder todo lo que estas personas han construido dando para ello sus vidas. Aquí somos queridos también (aunque jamás, Sarah Fresno, te lo prometo: jamás habrá nadie que pueda entrar en mi corazón. Porque tú llenaste cada recodo para siempre).

Mañana volveré a escribirte.

Finalmente convencí a mi padre para no embarcarme en el ballenero. A cambio me haré de cargo de los telares y de los asuntos del cereal. Estoy seguro de que Bell me ayudará en secreto, pues conoce mejor los entresijos de estas materias que cualquier hombre de negocios. Te echa mucho de menos.

Hasta mañana, Sarah Fresno.

Tuyo desde 1906, L. J.

Las siguientes tres mañanas el repartidor regresó al apartamento de Stone Hills portando cada día una nueva carta con una indicación de entrega distinta.

—Oh, dios mío —bramó Sarah la mañana del dieciséis de abril—, dígame cuántas más hay. ¡Voy a volverme loca!

—Lo siento de corazón, señorita, pero las instrucciones que dejó esa persona al depositarlas en nuestra empresa son clarísimas: no podemos dar información acerca de las cartas. Tan solo debemos ocuparnos de custodiarlas a buen recaudo hasta su entrega. Y ésta se indica claramente en el sobre.

Sarah chascó la lengua y se despidió del repartidor. Esos días había sido incapaz de conciliar el sueño porque no dejaba de recrearse en el momento de

recibir otra misiva. Pero las dudas le hacían perder la cabeza: ¿Y si mañana no había carta? ¿Y si le contaba algo que la entristecía? ¿Cómo podría luchar ella contra acontecimientos que ya habían ocurrido? ¿Algún día se alejarían de ella los pensamientos de huída a 1906?

Antes de separarse físicamente para siempre, Sarah le había prometido a Lucas que jamás indagaría en su pasado, no quería saber qué había sido de su vida para no hacer tambalear la suya propia. Las cuestiones eran cientos, miles: ¿Se habría casado Lucas? ¿Habría tenido hijos con otra mujer? ¿Cuántas veces se habría enamorado? ¿Cómo habría muerto...?.

El sobre de esa mañana era especialmente delgado, lo sostuvo unos instantes a contraluz antes de abrirlo. Su instinto le decía que algo no iba bien. Solo contenía un pedazo de cartulina minúscula y en ella leyó:

*Quizá este sea mi último mensaje, lo siento en el alma, Sarah Fresno.
Podrás saber qué fue de nosotros si revisas los periódicos de la hemeroteca
durante la madrugada del 18 de abril de 2010.*

L.J.

Capítulo 25

Mercury Valley, 16 de abril de 1906.

Dos días antes del gran terremoto.

El regreso a Oak Mansion estuvo marcado por el silencio de sus habitantes, la obediencia ciega de los hermanos y la alegría contenida de cuantos estimaban a los jóvenes Jenkins. También el enojo de Rosita Cruz fue reseñable, pues durante dos días mantuvo la boca cerrada y el ceño fruncido cada vez que coincidía con Isabell.

El grupo de voluntarios había custodiado a los hermanos hasta la puerta principal de la casa grande. Una vez allí, cabizbajos y temblorosos, los jóvenes vieron a su padre entregando un fajo de billetes a los hombres que habían encabezado la búsqueda. *Ya había empezado la deriva económica*, pensó para sí Lucas. Al menos habían llegado a tiempo para bloquear la sangría.

La dicha que sintieron al ver la mansión familiar en perfectas condiciones les desbordó, así que aunque profundamente apenados por haber dejado atrás una vida propia, la mayor parte del tiempo se sentían satisfechos con su decisión. Cada vez que un empleado les lanzaba una sonrisa de alivio al verlos allí plantados, con esas viejas y feas ropas que vestían, un granito de culpa desaparecía del montón que habían acumulado los días anteriores.

En esta ocasión no hubo tortazos ni amenazas: el padre se limitó a no mirarles a la cara y a mandarles mensajes a través de los empleados.

Al día siguiente a su llegada Isabell se adentró en el dormitorio de su madre. Cuando leyó la noticia de su muerte en esa línea de tiempo que esperaba hubieran detenido, el remordimiento por no atenderla mientras pudo la llevó a prometerse que mientras ella viviera, procuraría estar a su lado todos los días de su vida. Quizá tan solo era necesaria una dosis de paciencia por su parte para intimar con su madre, y tal vez incluso pudiera prender en ella una chispa de alegría. Esa mañana la encontró sentada sobre un sillón tapizado en terciopelo verde mirando al océano a través de uno de los balcones de su

habitación. La cama estaba deshecha y la bandeja del almuerzo intacta a sus pies.

—Me alegro de verla, madre. Hoy tiene muy buen aspecto —dijo Isabell cogiéndose a sí misma las manos.

—Gracias por regresar. Vuestro padre se estaba volviendo loco. Es la primera vez desde que le conozco en la que he sentido que tenía sangre en las venas más allá de sus negocios. Parece que os ama, a pesar de todo —dijo distraída.

—Madre, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, Isabell. Iba a mandarte llamar, pero te adelantaste y viniste hasta mí.

—¿Necesita algo?

—Que me escuches, querida. No sabes lo afortunada que eres —dijo sorprendiendo a Isabell—. El hombre que desea casarse contigo viaja a menudo y eso implica dos cosas: podrás acompañarle si lo deseas y, conocer mundo. O bien, podrás quedarte en tu casa. Sin él —dijo mirándola a los ojos por primera vez en años.

—Pero no le conozco. Es mucho mayor que yo y es demasiado frío, solo piensa con avaricia en sus negocios. No tiene conversación, jamás ha leído un poema, o una novela... Es terriblemente aburrido y...

La madre chistó a su hija levemente, gesto que bastó para enmudecer a Isabell.

—Cuando tu padre y yo nos casamos todo era distinto, yo debía ser para él como una sombra. Callada, perfecta y sumisa. Pero los tiempos han cambiado y ahora una mujer puede separarse de su marido por algún tiempo, sobre todo si él viaja a menudo, sin que ello levante sospechas. Cásate con Philipp A. Cark, hija. De lo malo, es lo mejor —zanjó.

—Pero, madre... yo... yo tengo otros planes...

—Pues olvídalos, querida. Piensa en lo que te digo: es tu mejor opción. Con diferencia.

Durante esa charla, pero justo dos pisos por debajo, en la gran biblioteca de Oak Mansion, Lucas Jenkins acordaba con su padre hacerse cargo de una parte de los negocios. Le había mandado llamar durante el desayuno a través de Yun-yu. Cuando el joven vio a su padre sintió un ligerísimo alivio al encontrarlo muy lejos de aquel modelo moralizante que tanto detestaba. Le hablaba en un leve tono cariñoso, cosa sin precedentes hasta entonces.

—Deberías haber hecho esto antes, hijo. Pero tu cabezonería y tus ensoñaciones te mantuvieron alejado del camino correcto —sentenció mientras estampaba su firma en una carta en la que cedía el control de los telares de Mercury Valley—. Si bien, nunca es tarde. Debes firmar aquí y aquí.

Con una mano temblorosa, porque dejar allí escrito su nombre significaba ligar su vida entera, despedirse de sus sueños y hacer polvo lo poco que quedaba intacto de su corazón, Lucas firmó el contrato y se convirtió así en el dueño y gerente de una parte de las industrias familiares.

Durante esos días de abril de 1906, previos al gran terremoto que nadie salvo los hermanos Jenkins temían, todos los habitantes de Oak Mansion sintieron que al fin la vida seguía los cauces correctos. Los jóvenes hermanos habían acabado cediendo a las exigencias que la vida y la familia les imponían y eso era el comienzo para que la normalidad y la seguridad acompañasen a las familias del valle por, como mínimo, otra generación.

Rosita acabó haciendo las paces con Isabell antes de lo que ella sentía era justo. Pero la había extrañado tanto y había temido tanto por su vida, que bastó verla entristecida tras la charla que mantuvo con su madre para que todos los malos sentimientos se esfumaran de un plumazo.

—Mi amor, ¿no me quieres contar lo que has hablado con tu mamá? —le preguntó mientras tomaba asiento a su lado en la cama.

Isabell había regresado a su dormitorio con el cuerpo desecho. La intención primordial de crear una relación con su madre era la de procurar mejorar su vida, pero no podía negarlo: también buscaba una aliada de peso en su cruzada por mantener su libertad. Ansiaba que su madre se pusiera de su parte y que juntas pudieran enfrentarse a los deseos de su padre. Pero aquella charla había sido tan útil como darse cabezazos contra la pared. O puñetazos en el estómago, porque era así como se sentía.

—Para qué, Rosita... ¿qué cambiaría el hecho de que te lo contara? Quizá solo consiguiera ponerme más triste... Si es que es posible.

—Pero no seas así. Piensa en lo bonita que eres, en que estás de vuelta en casa, en que tus papás ya están tranquilos... Piensa en que tienes toda la vida por delante...

Isabell se incorporó, se apartó de ella y salió al balcón. Observó a los gorriones con envidia.

—*Mija*, ¿por qué no sales con tu hermano a caminar para despejarte? O podrían ir a caballo al bosque. Pero regresen, por el amor de Dios, no se queden por ahí otra vez—dijo suspirando mientras ordenaba la ropa limpia en

el armario de Isabell.

—Me parece una buena idea —interrumpió Luc de pronto entrando en el dormitorio—, vamos, Bell, hace un día fantástico —dijo tocándose con fruición el lóbulo de la oreja.

Su hermana sonrió al entender el mensaje oculto y se encaminaron hacia el jardín. El lugar estaba exultante tras las últimas lluvias de primavera: los parterres centrales estaban repletos de flores jugosas y brillantes. Los sauces y los arces mostraban sus nuevas hojas con orgullo. Y la hierba recién segada desprendía un aroma delicioso. Ambos lo compararon mentalmente con la decrepita estampa que habían tocado con los dedos hacía nada más unos pocos días según avanzaban hacia el bosque de pinos y arces.

—Ya he firmado la cesión de las fábricas de tela. Y también me he comprometido a hacerme cargo del movimiento del trigo dentro del país —dijo Lucas mientras caminaban por la pradera principal del jardín. Bell permanecía en silencio—. Quizá no sea para tanto... Con el tiempo aprenderé y, si te tengo cerca no me faltarán las buenas ideas. Y he pensando que cuando nuestro padre fallezca cambiaré la política de la Jenkins Corporation y tú formarás parte de todo esto lo mismo que yo. ¿No dices nada?

—Luc... es que no sé muy bien qué decir. Me siento tan descolocada que estoy segura de que dejé en 2010 mi alma o no lo sé, la mitad de mi cuerpo. O al menos la mitad de mi cabeza —dijo susurrando aunque no tenían cerca a nadie—. Siento un dolor, un vacío, una bruma densa y angustiosa cuando pienso en el mañana que no me deja respirar. No tengo apetito, no soy capaz de dormir. No puedo pensar en nada más que...

—¿En qué?

—En que este no es mi mundo. Y sé que tú sientes lo mismo. O peor, Luc, porque te conozco y sé que estás sacando fuerzas de algún lugar que ni tú ni yo sabíamos que tenías. Todo lo estás haciendo por mí y por esas familias que dependen de nosotros. Pero es todo un reflejo, nada más que un deseo que se cimenta en nuestra tristeza y nuestra culpabilidad. Y tarde o temprano la presión podrá contigo, la presión de haber perdido a Sarah, la de los negocios, la de las familias, la de nuestro padre... y acabarás haciendo algo terrible.

Lucas no respondió al momento. Meditó unos minutos en los que avanzaron en su paseo y finalmente dijo:

—Hoy sí, es una idea vaga, solo una esperanza de que todo vaya mejor. Pero mañana, o al día siguiente o dentro de un tiempo, no lo sé, todo marchará bien. Esas familias dependen de mí, Bell. Aunque todo esto no permita que mi

corazón sane, no puedo marcharme y dejarlas sin nada —zanjó echando la vista al valle.

—Lo sé, Luc —dijo Bell tocándole el hombro—. Pero este no es mi sitio. No puedo vivir así.

Un grupo de golondrinas sobrevoló las cabezas de los hermanos como invitándolos a seguirlas en su vuelo hacia el océano.

—¿Quieres regresar a 2010? —preguntó Lucas.

Ella se detuvo y le miró sin pestañear. Sonreía. Pero su mirada estaba cargada de tristeza.

Capítulo 26

Mercury Valley, 17-18 de abril de 1906.

El día del terremoto.

La gran mayoría de relojes repartidos por oficinas y hogares a lo largo de la falla de San Andrés se pararon a las 5:12 de la madrugada de ese día. Fue el momento en que el gran terremoto asoló la ciudad de San Francisco. Su magnitud, según se estimó años después, fue de unos 8.3 grados en la escala de Richter. Se convirtió así en uno de los más feroces seísmos detectados en todo el planeta.

Pero eso Lucas e Isabell no lo sabían. Cuando leyeron sobre la catástrofe en la biblioteca de Stone Hills en 2010, apenas prestaron atención a los detalles. Por eso, cuando acordaron regresar a la cueva de Narrow en la madrugada del dieciocho de abril de 1906, ninguno de los dos imaginaba que el suelo a sus pies se tambalearía con tal fiereza y rugiría como lo hizo minutos después de haber llegado hasta allí.

Habían urdido el plan sentados sobre el acantilado de Narrow, con el Pacífico relajado y sugerente bajo sus miradas: saldrían de Oak Mansion por el acceso de la cocina a eso de las 4:30. Llevarían consigo tan solo un bulto. Se despedirían en la entrada de la cueva y jamás volverían a pisarla. Jamás volverían a abrazarse.

Durante el trayecto permanecieron callados pues no sabían qué decir en un momento así. Hacer lo que iban a hacer era como manejar una potente bomba que podía estallar en cualquier momento. Además estaba aquella creciente pena: ¿serían capaces de vivir separados para siempre?

Llegaron a la cueva de Narrow cuando el reloj de Lucas marcaba casi las cinco de la mañana. Él portaba la bolsa sobre su espalda, la posó en el suelo y abrazó a su hermana.

—¿Estarás bien aquí? —le preguntó.

—¿Y tú allí? —Respondió Bell posando la mirada al interior negro de la cueva—. Al menos, cuando llegues tú podrás averiguar qué fue de mí. Yo jamás podré volver a saber de ti —dijo con las lágrimas arrasando sus ojos—. Oh, Luc —exclamó de pronto—, ojalá te hubiese traído mi camafeo, así habrías tenido un recuerdo mío y de Oak Mansion. Volví a guardarlo cuando regresamos y lo había olvidado por completo.

—¿Estás segura, Bell? ¿Estás segura de que deseas hacer esto?

Hacia dos días, cuando Isabell sonrió a su hermano en mitad del jardín de Oak Mansion a la pregunta de si deseaba regresar a 2010, le contó la idea que había surgido en su mente mientras su madre trataba de convencerla de que pasar por el altar con Philipp. A. Cark era su mejor opción.

—Yo no, Luc —le había contestado con seguridad—. Tú deberías regresar al futuro. Tu lugar no es este por mucho que lo intentes. El mío sí.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —repuso él confuso.

—Lo he meditado, Lucas. Si tú te marchas a padre no le quedará más opción que confiarme la empresa. Yo seré la dueña de todo y tú podrás vivir tu vida cerca de Sarah, y ser escritor y disfrutar de todo aquello —dijo con añoranza.

Lucas se tumbó sobre la hierba, porque ni las piernas ni la espalda podían sostenerle un minuto más y observó las golondrinas jugueteando sobre sus cabezas.

—Podría salir mal.

—Lo sé. Sé que piensas que padre volvería a caer en ese estado de obsesión por encontrarte y que...

—No, en realidad pensaba en otra posibilidad. ¿Y si no quiere ceder y piensa que es mejor vender las empresas que dejarlas en tus manos? Tú te quedarías sin nada, Bell. Yo tendría una vida maravillosa pero manchada por la desgracia de mi hermana.

—Es un riesgo que debemos afrontar. Además, si decidimos hacerlo, al menos uno de nosotros vivirá feliz.

Un viento potente se levantó de pronto y removi6 sus cabellos, creó ondas que se extendieron por las briznas de la hierba y fue a morir al bosque.

—Sabes que tengo razón —insistió Bell.

—¿Y por qué no regresas tú a 2010? Allí las mujeres tienen muchas más oportunidades que aquí—dijo Luc incorporándose.

—Porque a mí nadie me espera allí. Y porque aquí puedo ser realmente yo. Cuidaré de mamá, le demostraré a nuestro padre que para dirigir cualquier negocio no hace falta llevar pantalones. Podré poner en marcha todas las ideas

que tengo... Aquí puedo luchar por todo lo que creo. Este es mi sitio, Lucas. Pero debo ordenar mi vida. Si yo me fuera sería como rendirme.

Y tras esa charla planificaron los detalles de la huída. Tan emocionado estaba Lucas por su regreso que solo fue capaz de enviar a Sarah una nota escueta en la que trataba de contarle, sin explicar nada por si alguien daba con la carta antes que ella, que los planes habían cambiado.

En esos instantes previos al terremoto, Isabell lloraba profusamente bajo las rocas de la cueva de Narrow y Lucas temblaba de los pies a la cabeza. Pero cuando el reloj marcó las 5:12 todo se precipitó. Primero sintieron un rugido ensordecedor proveniente del interior de la caverna. Ante el estallido se agacharon y cubrieron sus cabezas. Las miles de aves que dormían entre los pinos y arces aledaños, alzaron el vuelo en bandada con el miedo saliéndole por las alas, los ojos y los picos en cada batida. Después sintieron cómo la tierra que pisaban comenzó a vibrar. Primero lento, como si un tambor gigantesco fuese golpeado a kilómetros de ellos. Después fueron sacudidas rápidas y violentas que les cortaron la respiración y les hicieron perder el equilibrio.

—¡El terremoto! —vociferó Lucas.

El océano también respondía lanzando contra ellos olas furiosas, creaba remolinos y se adentraba más y más en la cueva.

—¡Vamos, no pierdas el tiempo! Tienes que marcharte ya —gritó asustada Bell.

Lucas tomó su bolsa y se aferró a su hermana por última vez.

—Espero que estés bien, Isabell. Nunca nadie podrá tener una hermana mejor que tú. Eres sabia y justa, y hagas lo que hagas, espero que seas feliz.

Bell hundía su rostro en el pecho de él cuando una fuerte ola se estampó contra ellos, deshizo el abrazo y los separó. A él lo lanzó al interior de la cueva y a ella la empujó contra las rocas.

—¡Siempre pensaré en ti, Lucas! ¡Te quiero, sé feliz!

Acto seguido las profundidades de la caverna llevaron hasta ellos un fuerte sonido, como el de miles de rocas precipitándose desde muy alto. Primero sintieron leves golpes en torno a ellos, pero después las piedras más grandes comenzaron a atorar la entrada. Lograron mirarse a los ojos por última vez instantes antes de que una gran roca golpeará a Bell en su pierna. Después cayó otra sobre su cabeza y la dejó inconsciente tirada sobre la arena como un

despojo vegetal.

El terremoto apenas duró dos minutos. Pero su paso marcó un antes y un después en la vida de los habitantes de San Francisco. Muchos perecieron en sus camas mientras dormían, pues las chimeneas y los tejados se desplomaron contra sus cuerpos. Las tuberías de gas de toda la ciudad se reventaron. Las montañas se movieron. Los campos, las aceras y las calzadas se partieron en dos. El fuego comenzó muy poco tiempo después y fue el protagonista de la mayoría de las desgracias. La columna de humo que acosaba sin tregua a la ciudad ascendió hasta seis kilómetros.

Los telares de Mercury Valley desaparecieron entre las llamas en menos de ocho horas. Tan solo quedaron en pie las chimeneas y los pilares y dinteles de piedra. Muchas casas se derrumbaron, la vieja iglesia perdió su fachada, cinco pozos quedaron inservibles, murieron veintitrés personas y desapareció una: el joven heredero Lucas Jenkins.

Cuando los temblores cesaron los habitantes del valle salieron de sus casas para sofocar los fuegos y ayudar a las personas atrapadas entre los escombros. Durante nueve días los trabajos de recuperación de cadáveres no pararon ni durante la noche.

En Oak Mansion, cuando Rosita consiguió dominar su pánico, acudió rauda al dormitorio de Isabell para comprobar si estaba bien. Fue ella quien dio el aviso de que los hermanos habían desaparecido una vez más. Al ver la cama de la joven sin deshacer salió disparada hacia el dormitorio de Lucas y corroboró que ninguno de los dos había dormido allí esa noche. El rumor corrió por todo el valle a pesar del caos sembrado por el seísmo. Al cabo de una hora, con el día ya iniciado, llegó hasta los oídos de uno de los hombres que había encabezado la búsqueda durante la primera desaparición. Decidió atar a sus perros y encaminarse a la playa a través del bosque. Una corazonada le decía que si los habían encontrado tan cerca de la cueva de Narrow, quizá fuese porque allí se habían ocultado.

Aquella intuición le salvó la vida a la joven Isabell Jenkins. Localizó su cuerpo queriendo ser fagocitado mar adentro por las olas. Tenía un gran moretón en la sien izquierda y su falda estaba rota y empapada en sangre. Los perros lamieron su rostro herido y él, segundos después, la llevó en brazos a la casa grande.

Los empleados entraban y salían entre gran alboroto portando mantas y cubos de agua. El hombre dejó a Isabell en el suelo del recibidor y gritó pidiendo ayuda. Al cabo Rosita y el padre de la joven salieron de la biblioteca y se toparon con la escena. La mujer echó a los perros, que no dejaban de lamer las mejillas de Bell, y el padre corrió en busca de Yun-yu para preparar un vehículo. Había que llevarla al hospital inmediatamente. Rosita le levantó la falda, completamente carmesí, y descubrió la pierna herida: de ella manaba un grueso hilo de sangre oscura y la tibia quebrada había traspasado la piel. Isabell recobró la conciencia unos segundos y acertó a ver su padre tratando de levantarla para llevarla dentro del vehículo que les esperaba fuera.

Si el camino al hospital fue un suplicio, pues la carretera estaba invadida por carros atarrascados, caballos nerviosos y vehículos que lo invadían todo, el hospital fue la locura absoluta. Se hallaba literalmente desbordado a cuenta de los accidentes originados por el terremoto y el fuego. Docenas de personas aguardaban a ser atendidas, algunas gritaban hasta desgañitarse y otras con un quejido silencioso mostraban aparatosos vendajes ensangrentados fruto de los accidentes que sucedieron al seísmo.

Cuando al fin consiguieron ingresar a Isabell hubieron de esperar más de cuatro horas para conocer el diagnóstico. Durante ese tiempo Rosita no dejó de rezar a su Dios ni un segundo siquiera. El veredicto fue transmitido en mitad de un sombrío pasillo por una joven enfermera con los ojos desorbitados y enrojecidos:

—Señor y señora Jenkins...

—Yo no soy su esposa, *mijita*... —dijo al quite Rosita.

—¿Qué más da, mujer? Silencio, y usted continúe —ordenó el padre.

—La paciente Isabell Jenkins de veintiún años de...

—Por el amor de Dios, ¿quiere decirnos de una vez cómo está mi hija? ¿Ha hablado? ¿Sabe dónde está su hermano? —ametralló el hombre.

—Lo siento, caballero. Me temo que es posible haya perdido ciertos recuerdos. Ha sufrido un traumatismo en el cráneo y es posible...

—Sí, eso ya lo sé, ya lo ha dicho, maldita sea —gritó embravecido—. Dígame, ¿se recuperará? ¿No va a morir?

—Claro que no. De la pierna se recuperará seguro. Con seis u ocho semanas de reposo será suficiente. Los rasguños en las extremidades no comportan riesgo alguno. Lo que más le preocupa al doctor es el golpe en la cabeza —la

enfermera dudó si continuar o no, pero como el padre parecía haberse serenado, siguió explicándose—. Ese tipo de traumas a veces provocan pérdida de facultades.

—¿Qué quiere decir? —preguntó una Rosita atemorizada retorciendo sus dedos.

—Por ejemplo, hay quien después de un accidente como el de su hija, no es capaz de tocar el piano aunque el día anterior hubiera tocado cualquier pieza de Chopin. Otros pierden la capacidad de hablar un segundo idioma que antes dominaban. Y otros, y creemos que es el caso Isabell, pierden algunos recuerdos.

—¿Y volverán a ella? —preguntó el padre abatido tomando asiento.

—No puedo asegurárselo, señor Jenkins, solo podemos rezar y dejar pasar el tiempo.

Al día siguiente, un policía con el uniforme sucio y roto en una pernera por los esfuerzos de sacar personas de entre los escombros, cruzaba las puertas del hospital. Sus superiores, después de docenas de ruegos y amenazas vertidas por el padre de la joven, le había mandado allí para preguntarle a una Isabell desorientada acerca del paradero de su hermano.

Aunque su cuerpo no había sufrido daños más allá de la pierna rota, su mente estaba a la deriva. Desde que despertó sentía que una bruma espesa se había colado en su cráneo y se afanaba por ocultarle recuerdos, personas, olores, sueños... Por más que se esforzaba en dar respuesta a la pregunta que el agente, sus padres, Rosita y demás empleados que la visitaron se empeñaban en repetir, ella no encontraba respuesta que darles.

Tan solo recordaba estar con su hermano en la cueva de Narrow, recordaba su mirada asustada y después el estallido de las rocas cayendo sobre ella. Lo siguiente que le venía a la mente con nitidez era las lenguas calientes de los perros. Después su padre conduciendo a toda prisa y los gritos de la gente en el hospital. Y sobre lo anterior a eso... nada, solo detalles sin importancia de su insulsa vida: una comida familiar, un paseo con Rosita por el mercado de la calle central, su hermano escribiendo sobre la hierba mojada... Nada que explicase qué demonios hacían allí aquella madrugada. Ni dónde podría encontrarse su hermano.

Los días pasaron en Oak Mansion entre carreras y malas noticias. El terremoto sumaba cada día más víctimas, desperfectos y tragedias, así que

toda la casa se sumió en una penumbra emocional que se prolongó durante todo el verano.

Bell estaba deprimida por haber perdido a Luc y frustrada porque sentía — lo sabía como tenía la certeza de que el cielo estaba sobre su cabeza— que había algo fundamental que se había esfumado de su mente. El médico la obligó a guardar reposo durante las semanas en las que su pierna se recuperaba. Le escayolaron la extremidad desde el tobillo hasta la ingle y fue necesario crear un cabestrillo de grandes proporciones que mantenía elevada la pierna en la cama. Como máximo le permitían moverse por la planta superior de Oak Mansion en una aparatosa silla de ruedas que llegó a odiar profundamente.

Mientras su pierna se recuperaba, y su cabeza zozobraba, dejaba pasar los días hastiada y demacrada. Era el vivo retrato de su madre. Tan solo sentía la sangre correr en sus venas cuando le mentaban aquel feo nombre que detestaba: Philipp A. Cark. Desde que ella regresara del hospital, éste se había ido colando en la rutina familiar como una acuarela negra dentro de un vaso de agua limpia: lo va oscureciendo todo y su avance resulta inevitable.

—Oh, por favor, si me alguien me vuelve a hablar de él vomitaré hasta la leche que mi madre me dio.

—¡Isabell, *mija*, no puedes hablar así! Y menos si él está en la casa —la reprendió Rosita mientras le lavaba el cabello en una palangana de porcelana.

—Pero es que no lo entiendes —sollozó Bell—, ese hombre es la ambición pura. Creo que la *A* de su nombre es precisamente de *ambición*. Cuando supo que Luc no estaba y que yo estaba enferma, su interés por el dichoso matrimonio aumentó exponencialmente.

—¿*Expo* qué?

—Da igual, no hay nada que pueda hacer —dijo dejándose transportar de regreso a la cama—, por favor, ¿podrías ayudarme en un detalle?

Rosita asintió como siempre, porque era incapaz de negarse a cumplir un deseo de su Isabell por loco o difícil que le resultase.

—Ve abajo y escucha qué es lo que dicen. Cuando tengas algo en claro, lo que sea, regresa aquí rápido y cuéntamelo. Iría yo si pudiera, Rosita, sabes que sí... Pero mira cómo estoy —dijo tratando de dar un poco más de pena.

Ese tal Philipp A. Cark era un hombre difícil de definir. Había sido una buena persona hasta que cumplió los veinticinco y la mujer a la que amaba le abandonó por un amigo más rico, más guapo y de mejor posición social. En

ese momento su confianza en sí mismo había caído en picado y cada día desde entonces se esforzaba por demostrarle a los demás cuánto valía, cuánto sabía, cuánto tenía. Se convenció además de que no había mujer en el mundo que mereciera tenerle a él a su lado. Hasta que conoció a Isabell. O, siendo justos, hasta que conoció al señor Jenkins, pues realmente se enamoró de sus negocios, de sus propiedades —en especial de Oak Mansion y sus jardines— y de sus posibilidades de futuro. Cuando le presentaron a Isabell no vio en ella a una mujer (jovencita en aquella época) sino a un vehículo que lo trasladaría directamente al corazón de la Jenkins Corporation.

La desaparición del heredero había sido celebrada en la intimidad de su guarida como la mayor de las fiestas, pues el feliz terremoto había borrado de la faz de la tierra el impedimento, la barrera infranqueable que ese joven suponía para los intereses de Philipp. Así que pasó todo el verano insistiendo, primero con diplomacia y después abiertamente, en que debían formalizar el matrimonio.

Toda Oak Mansion lloraba la pérdida inentendible de Lucas. ¿Habría muerto? ¿Habría huído con una bella joven para dejar atrás sus obligaciones? ¿Habría perdido la memoria como su hermana y vagaría por ahí como un leproso...? Pero alguien en especial se hundía cada día un poco más en los lodos de la tristeza: su padre. Por muy fiero, por muy insensible, por muy recto, por muy severo que se hubiera mostrado con sus hijos, lo ataba a ellos un afecto profundo que ocultaba a buen recaudo. El dolor por imaginar el cuerpo inerte de Lucas siendo digerido por los peces y los microorganismos del océano, con la tez verde, el cuerpo hinchado, mal oliente, le perforaba el alma. Cada pensamiento era como el picotazo de cuervo a sus entrañas. Y ahí es precisamente donde golpeaba Philipp A. Cark.

Rosita se acercó al umbral de la biblioteca y acercó su oreja a la puerta. Escuchó a los dos hombres debatir mientras luchaba por observar la escena a través de la estrecha rendija.

—Entiendo que es duro. Perder a un hijo de esa manera debe ser horripilante —decía Philipp—, pero no puedes seguir así. ¿Sabes cuánto dinero has perdido estas semanas?

—El seguro cubrirá las pérdidas —respondió el padre abatido—. Al menos una parte de ellas. Lo suficiente como para no perder...

—Sí, sí, ya lo sé, pero tienes que reconocer que si sigues en esta inactividad

la Jenkins Corporation caerá en la ruina más pronto que tarde.

—Espera un poco más, por favor —le rogó el hombre con la voz rota—. Es posible que Lucas esté en el bosque, aún no han podido peinarlo con detalle.

—Sabes que no es así. Debes afrontarlo: has perdido a tu hijo. Y con él a tu heredero. Sin embargo si Isabell y yo nos casamos, al fin yo podré hacerme cargo de todo. Tú ya no estás en condiciones. Es mejor para todos que llores tu pérdida apartado de la Jenkins Corporation. Yo me haré cargo cuando me case con Isabell —zanjó Philipp mostrando sus afilados dientes.

—Pero ella no...

—Podríamos formalizarlo el próximo sábado. Bastará con que haya dos testigos, pueden servir cualquiera. Ya haremos una gran fiesta más adelante... ¿Qué me dices? —dijo acercando su mano para cerrar el trato.

Rosita, que se mordía la lengua unos metros más allá y retorció su mandil con las manos, acercó la cabeza un poco más al hueco de la puerta y fue testigo de cómo el padre tomaba la mano que Philipp le tendía. Lo hizo con desgana, con el rostro pálido, sentado en su sillón mientras perdía la vista en el infinito y la pena invadía todo su ser.

Capítulo 27

Mercury Valley, finales de Septiembre de 1906.

Cuando Isabell Jenkins entendió que de nada valían sus pataleos, sus gritos, sus amenazas, sopesó largamente la idea de arrojarse al océano desde lo alto del acantilado de Narrow tres días después de anunciarle su inminente boda. El agua salada, docenas de metros más abajo de su cabeza, parecía amable, acogedora, divertida, y hasta le hacía guiños prometiéndole aventuras. Descansó el peso de su cuerpo sobre un pie, el viento meció su falda hacia delante y se balanceó hacia el precipicio.

Instantes después se dejó caer hacia atrás y observó el cielo.

¿Por qué no se lanzó? Porque le vino a la mente la imagen de su hermano escribiendo un poema en algún lugar. Lo recreaba en su imaginación medio tumbado bajo un gran olmo, rodeado por sus cuadernos y sus pliegos de papel.

Algo en su interior, un algo situado muy profundo pero que le transmitía una fortísima certeza, le decía que su hermano no había muerto a pesar de que eso fuera lo que todos pensaban. Ella fantaseaba con la idea de que al menos él hubiese logrado escapar de aquella cárcel a la que estaba destinado. Así que so podía soportar la idea de imaginarlo leyendo en algún periódico que una joven mujer, llamada Isabell Jenkins, había muerto presa del ahogamiento al precipitarse del acantilado. Imaginó la congoja de su hermano, la culpabilidad que sentiría al haberla dejado atrás, y así la idea de terminar con su vida se esfumó. Así que solo podía rendirse a medias.

Isabell se trasladó a la ciudad a finales de septiembre en busca de un vestido apropiado para la boda en compañía de Yun-yu y Rosita. Dentro de su abdomen sentía una maraña de bichos feos y asquerosos que consumían su cuerpo desde lo más profundo. Su pierna se había recuperado casi al cien por cien, de las heridas de sus brazos no quedaba rastro. Pero seguía teniendo en el cerebro algo tan molesto como el zumbido de un moscardón de verano. Durante la noche los sueños más extraños la asediaban, despertaba bañada en

sudor, con el pelo revuelto y las manos juntas y apretadas sobre el pecho, como si aferrasen algo importante. Así todas y cada una de las noches desde que regresó del hospital.

Isabell y su pequeño séquito notaron que las calles de San Francisco habían dado un vuelco de ciento ochenta grados en pocas semanas: de ser un montón de ruinas humeantes a encontrarlas limpias, ordenadas y con cientos de planes de futuro. Yun-yu conducía por Union Square despacio dejando que Isabell y Rosita admiraran la ciudad. Iban cogidas de la mano, como sumidas en un duelo del que no podían hablar. Al poco estacionó el vehículo cerca de un gran descampado.

Al apearse del coche Isabell sintió un murmullo imaginario, un picor insistente dentro de la cabeza. La sacudió para librarse de él. Pero cada instante lo sentía más hambriento de ella. Observó el entorno y una chispa brilló al fondo de sus ojos.

—Aquí había una gran iglesia —dijo automáticamente mientras señalaba al lugar que ocuparía años después la Grace Cathedral.

—Sí, *mijita*, algunas veces tú me acompañaste —confirmó Rosita refiriéndose a la vieja iglesia que primero ocupó ese espacio.

Isabell recordaba aquella pequeña iglesia pero sabía sin lugar a dudas que ella se refería a otra mucho más imponente, una gran catedral de piedra gris. Recordaba su gran rosetón central, coloreado por miles de cristales. Y sus dos torres gemelas a cada lado. Recordaba un parque, un banco, se recordaba a ella presa de la confusión y las voces de algunos hombres iban y venían de su mente. También veía fogonazos de un periódico. La mente de Isabell, que durante las últimas semanas se había petrificado, comenzaba a engrasar los engranajes sin que ella supiera por qué estaba ocurriendo. Y es que aquel espacio de la ciudad quería hablarle, quería gritarle cosas que aún no podía entender. Confusa, miró a un lado y después al otro. El picor de su cerebro se convirtió en un murmullo sordo que taladraba sus tímpanos. Apretó sus manos contra los oídos para que cesara. A su derecha observó una empinada cuesta que parecía ordenarle: *vamos, ven. Sí, es por aquí.*

—¿Qué hay allá arriba? —dijo señalando lo que años después sería el barrio de Stone Hills.

—¿Allí? Apenas nada, mi amor. Solo la lonja de pescado, algunos edificios de apartamentos y alguna fábrica. Pero vamos, mi cielo, se nos va a hacer tarde.

Sin permitir el diálogo, Isabell se encaminó hacia la colina seguida por Yunyu y Rosita que se apresuraban a no dejarla marchar.

—No me sigáis, por favor —dijo la joven tras recorrer unos metros—. Os prometo que no tardaré. Podéis ir haciendo los recados que tenéis pendientes. Nos encontraremos dentro de una hora aquí mismo, ¿de acuerdo?

Isabell intuía que algo estaba a punto de desencadenarse. Durante todas esas semanas fue consciente de que había perdido cientos de recuerdos. Esos sueños extraños que la atemorizaban cada noche le mostraban imágenes de otros lugares que, aunque lejanos, sentía muy próximos a ella. También tenía visiones de otras personas, en especial de una mujer joven rolliza y amable. Pero al despertar aquellos conatos de su subconsciente por mostrarle lo que había perdido se esfumaban igual que el humo de los cigarros en campo abierto. Y sin embargo ahora, al haberse personado allí, esas imágenes de aire comenzaban a volverse firmes y pesadas. Quizá la brisa de aquel barrio funcionase en su cerebro como un aceite que arreglaba las grietas y hacía que todo marchase por fin.

Aunque no entendía absolutamente nada. ¿Por qué iba a imaginar una gran catedral? ¿Por qué sabía que aquella zona a la que se dirigía se llamaría dentro de un tiempo Stone Hills? ¿Quién era la chica con la que soñaba?

Caminaba escudriñando cada edificio con sus miradores de triple hoja (lo que le proporcionaba una extraña sensación de calidez), cada recodo del pequeño barrio, cada tienda.

Echaba de menos castaños de indias por las aceras, porque sabía que debían estar ahí.

Buscaba en cada detalle y persona con la que se cruzaba una luz que iluminara su mente. Y encontró esa sensación de entendimiento cuando se personó ante el lugar que ocuparía la biblioteca pública de Stone Hills años después. Sobre el solar vacío había una niña que leía un ajado libro sentada en el suelo. Una corriente eléctrica se desató en su cabeza y le erizó el vello de todo el cuerpo. A la vez, un viento cálido se levantó e hizo revolotear su cabello. Cerró los ojos un instante y entonces los recuerdos estallaron: fue como si hubieran estado contenidos muy apretados dentro de una pequeña canica de pólvora encerrada en su cerebro. En un segundo por su mente se expandieron miles de imágenes de lo vivido en aquel viaje en el tiempo: y fue como si el alivio estuviera hecho de agua y se colara por todos los espacios de su organismo.

Vio a Sarah en su apartamento mostrándole la televisión, los vídeos de gatitos, su trabajo vendiendo souvenirs, su uniforme verde oliva, las camisetas anudadas que tanto le gustaban, sus divertidos compañeros, su jefa felicitándola, el delicioso döner kebab, estanterías repletas de libros, el mirador del salón de Sarah, su abuela Gin, ¡la fiesta en casa de los Johanssen!, el brillo de la aguja que coronaba el tejado de la biblioteca, su hermano enamorado cogido de la mano de esa chica...

—¡Sarah! ¡Sarah Fresno! —Gritó al viento con alegría.

Corrió por la colina de Stone Hills cargada con una energía potente y renovadora de espíritu. Se preguntaba cómo había podido olvidar aquel mundo de libertad. ¿Cómo no había disfrutado pensando en que Luc estaría viviendo en este instante aquella otra vida...? Cruzó las calles del barrio, aún recién nacidas, con la sonrisa impregnando todo su cuerpo. Y regresó una hora después al centro de Union Square. Se avecinaba algo grande y no sabía cómo contenerlo.

—*Mijita*, he visto unos vestidos fabulosos para el gran día —dijo Rosita nada más tuvo frente a sí a la joven. Pero supo que algo había cambiado al leer en su rostro la emoción que lo bañaba—. ¿Va todo bien?

—No necesitaré ningún vestido. Debemos volver a casa.

—Pero, su padre...

—No quiero oír hablar de nada más referente a la boda, ¿me habéis oído los dos? Debemos volver. Y no temáis, yo hablaré con mi padre.

De regresó a Oak Mansion subió las escaleras de dos en dos, de tres en tres a pesar de las punzadas de dolor que le lanzaba la pierna, hasta colarse en su dormitorio. Durante todo el trayecto de vuelta en coche fue incapaz de pensar en otra cosa: su camafeo. ¡Era eso lo que trataba de apresar en cada sueño durante todas esas noches! Lo había vuelto a guardar dentro de su joyero tras su vuelta a 1906. Y allí había permanecido inmutable hasta esa tarde.

Cuando lo tuvo entre sus dedos vacilantes, lo abrió sin levantar los párpados pues temía encontrarlo vacío. Palpó su interior y algo, de un peso liviano, cayó a su falda de lino rosa. Abrió los ojos y su mirada se topó con el brillante penique fechado en 2010, aquel que escondía nada menos que una historia imposible: la de cómo había viajado en el tiempo.

Justo por debajo de sus joyas había colocado pulcramente un fino pañuelo de seda añil. Lo desplegó con cuidado y allí seguía: la fotografía que Sarah les

había regalado meses atrás (años, muchos años después, en realidad) cuando se despidieron en la cueva de Narrow.

Las carcajadas de alegría y alivio invadieron el dormitorio, los pasillos y muchas de las estancias de Oak Mansion.

Jamás esa fuerza la abandonó.

Capítulo 28

Biblioteca pública de Stone Hills, San Francisco, 18 de abril de 2010.

Una serie de golpes rítmicos se difundieron por el sótano de la biblioteca. Sarah leía angustiada y sin entender aquella vieja noticia sobre la desaparición de Lucas el día del terremoto en 1906. Sorbió por la nariz y se dio la vuelta en dirección a la escalera, no había duda de que alguien bajaba por ella. Trató de calmarse, colocó las manos frías sobre sus mejillas ardientes e intentó pensar en algo que decir. Pero cuando la persona que se presentó frente a ella cruzó su mirada con la de Sarah, su cuerpo se resquebrajó y las lágrimas brotaron sin cesar acompañadas de un grito sordo que rompió la noche.

Era Lucas Jenkins, su Lucas, iluminado por la tenue luz del sótano. El joven corrió a su lado y la abrazó hasta que sintió que sus brazos iban a despegarse del cuerpo. A ratos él reía, luego lloraba y ella otro tanto.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sarah con la cara húmeda, hinchada y enrojecida.

—Fue idea de Bell. Ella se quedó allí, lo acordamos así.

—Pero esa carta, tú última carta... no entendí nada. Creí que me volvería loca...

—No podía explicártelo abiertamente. Imagina si en lugar de llegarte a ti, alguien de mi entorno la hubiera descubierto. Me habrían tildado de loco y eso habría sido lo menos malo. Porque imagínate que la gente de 1906 hubiera empezado a venir hasta aquí. O viceversa. No podía arriesgarme a que nadie lo descubriese.

—Lo entiendo —dijo ella sosteniéndole las manos y echando de menos a Bell—. Oh, Dios mío —exclamó de pronto—, quizá haya artículos sobre tu hermana. Quizá podamos saber qué pasó con ella. ¿Te gustaría?

Lucas cambió de posición y respiró profundo para tratar de insuflar calma a su cuerpo. Desde que había tomado la decisión una parte de él había comenzado a morir.

—No puedo imaginar un mundo en donde ella ya no está. Hoy mi hermana podría llevar bajo tierra al menos medio siglo. ¿Cómo puedo vivir con ello?

Sarah le abrazó y juntos tomaron asiento en una de las mesas. Había meditado largo y tendido acerca de ese tema tan complejo desde que recibió las cartas de Lucas días atrás.

—Verás, creo que se alguna forma ella está viviendo su vida ahora mismo. En este instante. Piénsalo bien, Luc. Si lo deseas podrías regresar a su lado en este momento y la encontrarías tal como la dejaste. ¿Lo entiendes? Si lo piensas como te digo, nada más es como si cada uno viviese en un país muy, muy lejano. En verdad, en un universo distinto.

—Pero... en realidad ella ya ha fallecido. Podríamos encontrar su esquelera. Su tumba —dijo con un hilo de voz.

—No, Luc. Ella está viviendo su vida ahora mismo. Y, conociéndola, estará creando algo grande.

—La entrada a la cueva se derrumbó, ya jamás volveremos a verla —dijo con la mente perdida en aquellos ojos de Bell que lo miraron cargados de terror por última vez.

—Podemos averiguarlo si lo deseas, podríamos hacer una búsqueda en internet y saldríamos de dudas. Lo haremos solo cuando estés preparado —dijo tomándole de la mano.

Él meditó unos instantes y asintió con decisión.

—Ahora es el momento. Ella pudo haber dejado lejos 1906 y todo lo que conllevaba, pero no lo hizo. Se hizo cargo de su vida y de sus responsabilidades allí. Yo sería un cobarde si me negara a saber cómo se las arregló. Vamos, ella jamás le daría la espalda a mi historia.

Subieron a la planta principal, que entonces ya estaba iluminada por la luz del sol, y encendieron uno de los ordenadores. Al cabo de pocos minutos la sorpresa, la emoción, el orgullo y la alegría desbordaron sus organismos. Al teclear las palabras *Isabell Jenkins* aparecieron miles de artículos que versaban en torno a su persona y sus hazañas. Eligieron leer la entrada en Wikipedia asociada a su nombre. Decía así:

Isabell Jenkins (San Francisco, California; 21 de octubre de 1885 - San Francisco, California; 1 de marzo de 1983) fue una exitosa empresaria, novelista de ciencia ficción y pionera en la lucha por la igualdad de los derechos de las mujeres.

Su vida temprana estuvo marcada por una fuerte rebeldía que le impedía seguir las normas marcadas por su familia. Desde muy joven aseguró que no quería casarse y mantuvo su promesa hasta que, al final de sus días firmó el acta de matrimonio con el que fue el compañero de su vida por más de cuarenta años, el profesor de física teórica Rupert Herbert.

La desaparición de su hermano, el heredero Lucas Jenkins, dio rienda suelta a las acciones que la joven quería llevar a cabo en el conglomerado de empresas familiares. Tras una larga lucha con su progenitor, este acabó dándole la razón y cedió la Jenkins Corporation en su totalidad a Isabell durante su veinticuatro cumpleaños.

Fue la creadora de las célebres galletas con pasas FRISCO. Sus fábricas se hicieron famosas por emplear únicamente a mujeres, tanto en la cadena de producción como en los altos cargos. En menos de una década se convirtieron en las galletas más vendidas del planeta. Título que ostentan aún hoy en día.

El artículo continuaba aportando preciosos detalles sobre la vida de Bell. Y finalizaba con una serie de imágenes, primero en blanco y negro, después a todo color: Lucas e Isabell de niños en una fiesta navideña. Sus padres con una triste Isabell tras ellos ofreciendo una rueda de prensa pocos días después de la desaparición de Luc. El entierro de su madre. El de su padre. La imagen de la inauguración de la octava fábrica de galletas en Norteamérica, en esa fotografía Rosita Cruz posaba orgullosa vestida con su uniforme de encargada. Isabell con cuarenta años. Isabel con cincuenta en su despacho, atendiendo al teléfono y justo por delante un marco con la fotografía que Sarah le regaló al despedirse. Isabell observando feliz a los tres niños que adoptó a los sesenta años. Isabell con noventa guiñando un ojo en el jardín de Oak Mansion.

Y en todas y cada una de esas instantáneas Isabell sonriendo y tocándose el lóbulo de la oreja. Enviando así, a través de la niebla de los años, un mensaje de luz al futuro para quien supiera interpretarlo.

NOTA DE LA AUTORA

¿Por dónde empezar...?

Creo que por lo fundamental: por agradecerte el haber hecho este viaje cogido o cogida de mi mano.

Imaginé esta historia la primera vez que viajé a Nueva York. Estaba en una preciosa y enorme plaza llamada Columbus Circle. Hacía un calor sofocante (era mitad de agosto en uno de los lugares en donde más asfalto y personas hay de la Gran Manzana) y estaba terminándome un helado que chorreaba. Me acompañaba mi marido y juntos uno contra el otro mirábamos a un montón de niños jugar en una fuente de chorros de agua que salían disparados desde el suelo hacia el cielo. Cerca de nosotros pasó una mujer con un cachorro precioso y no pude contenerme: me acerqué hasta ellos y jugué un rato con el pequeñajo. El perro me lamía (yo pensaba entonces que por amor pero viéndolo con distancia seguramente estuviera saboreando los últimos restos del helado en mi mano) e intentaba decirle a la mujer cuánto me gustaba el cachorro.

Poco después se alejaron y yo me quedé agachada a la altura del perro viéndolo marchar. Antes de incorporarme miré al suelo y lo vi: había un penique brillante y mojado justo entre mis pies. Lo cogí, lo sequé e intuí que me traería suerte.

Al sentarme volví a observar a las personas de nuestro alrededor y una idea estalló en mi cabeza: ¿cuál sería la historia de aquel penique? ¿De quién

sería? ¿Cómo lo habrían perdido: mientras su dueño corría para evitar un chorro de agua; mientras ese alguien le estampaba un beso en los labios a otro alguien; tal vez una persona lo lanzó al agua junto a un deseo? Me gusta pensar que ese deseo fue la historia de Sarah Fresno, Lucas e Isabell Jenkins.

Esta novela es mi pequeño homenaje a todas las obras, novelas y películas, que hablan de los viajes en el tiempo: siendo niña debí leer media docena de veces La máquina del tiempo, y de las películas Regreso al futuro, ¡memoricé muchos diálogos! (y sí, muchos lectores me lo han preguntado: el nombre de Sarah, la bibliotecaria, es por Sarah Connor).

Si aún no has visto Interestellar ve a por ella, es una delicia de principio a fin.

La idea de movernos a otros mundos, a otras dimensiones, siempre me cautivó. Como era muy consciente de que no llegaría a verme inmersa en esos viajes interdimensionales busqué la manera más eficaz de hacerlo por mi cuenta: la literatura. Primero como lectora, después como creadora de esos mundos.

Gracias por tu tiempo y por tu sensibilidad. Espero que hayas disfrutado con esta pequeña novela tanto como lo hice yo mientras la escribía. Si es así, recomiéndala. Porque cada vez que un lector o lectora recomienda este libro, esas palabras alimentan la escritura de mi próxima novela. Así que si es el caso, te debo un fuerte abrazo.

David Smith

ACERCA DE LA AUTORA

María Jeunet (Salamanca, 1983) saltó a la fama cuando en 2014 su primera novela, *Las hojas de Julia*, se convirtió en la segunda novela romántica más vendida en España. Meses después sorprendió al público y a la crítica con una novela de corte policiaco, *La foto de Nora*, que rápidamente se convirtió en un éxito de ventas. Después vio la luz *El nombre propio de la felicidad*, una fábula contemporánea ambientada en París, del que se han vendido miles de ejemplares en España y países como Alemania, Austria y Bulgaria. *Lo que esconde un penique* es su cuarta novela publicada, una historia entrañable de superación, libertad y amor con un curioso toque fantástico.

www.mariajeunet.com

Facebook: @MariaJeunet.Imaginadora

Instagram: @mariajeunet

Twitter: @MariaJeunet

CRÉDITOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a www.mariajeunet.com si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© *Lo que esconde un penique*, María Jeunet, 2019.

ISBN: 9781071347812

Todos los derechos reservados.

Imagen de la portada: CanvaImages

Imagen reloj: RawPixel

Imagen brújula: EvasPlace

Primera edición: julio de 2019